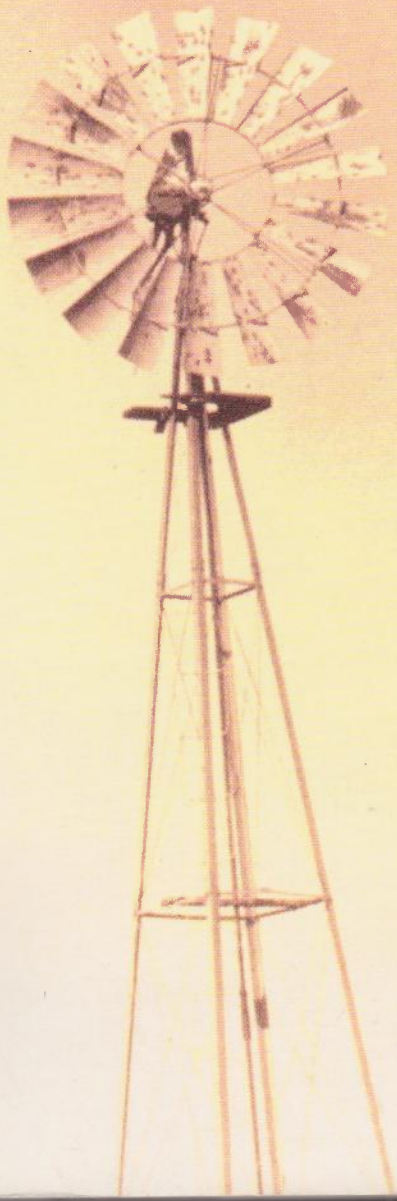
# A BARLOVENTO

Ricardo Aguilar



j.1

Colección
PAPELES DE FAMILIA

**COLECCIÓN PAPELES DE FAMILIA**

En el año de 1995, la Universidad Iberoamericana Laguna, inició el proyecto Papeles de Familia.

Éste, organizó un concurso destinado a recopilar documentos guardados en el seno familiar, todo con el fin de salvaguardar y reconstruir la memoria histórica de la Región Lagunera.

La respuesta de la sociedad en general, así como de las empresas públicas y privadas fue inmejorable. El producto de tal actividad es un valioso archivo histórico del cual proviene la información del presente volumen, que trata de volver la vista al pasado, escudriñar los tiempos, hacer juicios valederos para el presente, y alertar para el acierto de las decisiones futuras.

◆ ◆ ◆ ◆

La Universidad Iberoamericana Plantel Laguna, agradece el apoyo al proyecto editorial de Papeles de Familia, a las siguientes instituciones:

— Embotelladora de Coahuila, S.A.

— Maderera del Nazas, S.A.

— Holiday Inn Express Torreón

Colección PAPELES DE FAMILIA

**7**

♦ ♦ ♦ ♦

# A BARLOVENTO

♦ ♦ ♦ ♦

Ricardo Aguilar

D.R. Universidad Iberoamericana Plantel Laguna
Calzada Iberoamericana 2255
Torreón, Coahuila 27010
Tel. (01 17) 29 10 10 fax (01 17) 29 10 80

© Copyrigth Ricardo Aguilar Melantzón
Foto portada: *Sharon Lewis Fouillade*
Foto cuarta de forros: *Manolo Rosas*
Diseño: *MaryLety Cano Pérez*
1999

Editorial del Norte Mexicano
Allende 992 Pte.
Torreón, Coah.
Tel. (01 17) 169470

♦ ♦ ♦ ♦ ***Para Camila***

**Barlovento**, "costado de un buque
que está hacia el lado de donde viene el viento..."
Guido Gómez de Silva,
*Breve diccionario etimológico de la lengua española,*
México: Fondo de Cultura Económica, 1988.

♠

**Norte**, ártico, septentrión se deriva de las 7 estrellas que están cerca del polo norte, las siete estrellas más brillantes de la Osa Mayor... (635)

**Invierno**

**Agua**, manantial, vertiente, estanque, mar, lago, río, caudal, torrente, cascada, chorro, gota, rocío

**Vientos del Norte**, bóreas, aquilón, tramontana, albornés, chocolatero, cierzo, cércera, zarzaganete, descuernacabras

## A sotavento

*fuerte llega y gélido el surumato*
*la blancura transforma el rostro de los cerros*
*el desierto siente el azote*
*la cola del huracán cruza la sierra*
*asciende aquí, al páramo desde el mar*
*al parteaguas, al vértice de la rosa*
*los médanos, espinazos de arena, al río se vuelcan largos*
*jalados de remolinos con distintos rumbos*

*corre de sotavento sobre el enorme pergamino*
*cortándole el pómulo a cualquiera que se asome*
*ahogando a los miserables cruzadores de fronteras*
*transformado en simún ya hubo ensartado al zarzal durante días*
*ya hubo rasgado meses las aristas de las peñas*

*irrumpe en el ocaso*
*aúlla de noche*
*apaga la hoguera del borracho*
*carga su cosecha de flores heladas*
*limpia el cielo de basuras*
*jala nieves ya caducas*
*en marzo, abril y mayo.*

***in memoriam***

*víctor carlos garcía moreno*
*jim sagel*
*josé antonio burciaga*
*pedro cruz garay*

## *Ultima espera*

*Silencio en la noche*
*ya todo está en calma*
*el músculo duerme*
*la ambición descansa*
Gardel

♠

Sentado en la sala de última espera, bañado en el sol de las dos de la tarde que entraba de lleno por aquel ventanal inmenso del lado oeste del aeropuerto de la capital, cerca de una puerta donde otro día rayando el sol Mandi, Míriam y Rosi me daban un Valium de 5mg para poder subirme al avión, allí sentía el conocido terror. Como ya era costumbre, me estaba drogando con whiskey para sentir menos, para poder subirme al avioncito bihélice de Aeromar, la línea desconocida en que me habían fletado para San Luis. Ya creía que se me estaba quitando la fobia, pero no. Estaba seguro de que el bihélice gordito nunca llegaría a su destino, que se desplomaría por allá con todos a bordo y finalmente se haría realidad la pesadilla que desde siempre me acompaña cada vez que vuelo, el desplome sin remedio, la falta de resuello, la gritería, los objetos que vuelan por la cabina, trato de llegar a la cola pasando, tomando como escalera los mangos de los asientos sólo para caer hasta la punta sin más remedio que arder en las llamas que todo lo cubren. En México iba a verme con el Dennis pero éste sufrió retrasos. Claro que nada sucedió, ni tampoco a la vuelta. De regreso el bihélice voló a Morelia pues su compañero que hacía esa ruta estaba tirado en la capirucha. Pasamos por arriba de unos volcanes de lo más lindos, cráteres llenos de agua azul cielo y un pueblito encaramado por la ladera interior, negra de tanto pino. Aterrizamos. Nos tendimos al Museo del Templo Mayor. La última vez había quedado impresionadísimo. Antes, cuan-

do excavaban, habíamos visto las piezas, Matos Moctezuma nos había llevado de la mano por todo el recinto, acababan de encontrar el inmenso caracol de piedra granítica y tenían acostada la estatua de serpentina verde bajo un rectángulo de madera y plástico, la regaban día y noche con agua dulce para que no perdiera el color original, aquella vez caminamos sobre el lodo azteca que todo cubría. Las pinturas interiores de los adoratorios, las del Chaac Mool, de la piedra del sacrificio, de la casa de los caballeros águila aún estaban frescas y brillantes, la Coyolxauhqui ya había perdido las suyas pues el anacrónico López Portillo, creyéndose Quetzalcóatl, había querido visitarla *in situ* y como no había aún ningún encargado de ningunas luces, y como la acababan de descubrir los linieros de la Comisión Federal de Electricidad, algún hacendoso quiso limpiar la pieza con cepillo y jabón para que el iluso cacique la viera bonita. Con el jabón se fueron los colores originales.

Ahora no iba la Rosi, a Matos Moctezuma lo habían nombrado director del museo y yo subía por la escalera al tercer piso. El pecho me comenzó a molestar, me apretaba una fuerza poderosa, igual había sentido en el apartamento de Sandro del 12º piso del edificio Niños Héroes en Tlaltelolco, sentí la sombra del peligro, me senté en una banquita con el peso de un costal de cemento sobre los hombros, me levanté con un violento esfuerzo, quise bajar por un elevador pero el policía otomí que allí cuidaba me dijo que no, que ése era sólo para los enfermos y paralíticos, despacio, despacito bajé las escaleras, vi a Dennis en el segundo piso, se extrañó del color cenizo que me manchaba la piel, nos veríamos más tarde, seguí dando pasitos hacia abajo, arrastré los zapatos por el zócalo, tomé un taxi y dos whiskys fuertes al llegar, me aliviané un poco, toda la tarde me imaginé que la muerte me rondaba el viaje, esa noche tendría que volar al norte.



♠

Mientras me marcaban la ceniza en la frente me pregunté si sería verano o invierno, día o noche que entraría acostado en mi propia caja gris. Aún no me ha golpeado totalmente la vejez pero me canso por la tarde y en la noche. Entre más imagino, advierto que las cosas más diferentes se parecen a las más iguales. Ya casi nada me sorprende. Será que cada año reconozco las mismas cosas, un poco cambiadas pero no mucho. Tal vez por eso sea hermosa la ignorancia pues permite aprender algo verdaderamente nuevo. Como todas las tardes, como todos los años hoy visité a mi padre. Me fijé en las canas y en la sonrisa. No me cabe en la cabeza que algún día no esté pues siempre ha estado. Me da terror pensarlo, pues él siempre ha derrochado la fuerza, la constancia, la serenidad que todos conocemos, que nunca cuestionamos, algo que tiene que estar como los cerros y la arena.

♠

Se te descompuso la refrigeración del carro. También se te jodió la moto. Ya mero te matabas. Empezó a tirar aceite por debajo del motor sin que te dieras cuenta. Cuando quisiste dar vuelta, te fuiste de lado patinando como sobre cera recién untada, la llanta trasera estaba empapada, fue una de esas veces que *miras para abajo*, ves el charco negro, te dices —¿qué está pasando?— esto no puede ser —le acabo de checar todo de arriba a abajo —¿de dónde estará saliendo? *levantas la vista* despacito, adviertes que se acerca el cordón de la banqueta y *te acuerdas* de la única vez que te caíste, aquélla, cuando saliste apurado una mañana de primavera y a las dos cuadras quisiste frenar en medio de la calle, sucedió a dos cuadras de tu casa, en la esquina donde está el alto que has marcado mil veces y donde jamás pasaste por enmedio porque sabías bien que, si hubiera aunque fuera

un poquito de aceite, de agua, de arena, de eolo o de lo que fuera, te derraparías, la moto se te caería por entre las piernas o volaría en arco sobre ti, por los aires de marzo, y te quebrarías la nuca o las piernas o el brazo izquierdo, el más poderoso, los meñiques o la muñeca que todavía te duele exactamente allí, dos días antes de que llueva. Esa mañana trataste de frenar sobre un charquito, un charquititito apenas perceptible, te fuiste de cuernos, caíste a un lado de la moto y te torciste pues hiciste lo que sabías sin lugar a dudas nunca deberías hacer, la trataste de levantar de los manubrios mientras se caía y te diste cuenta de tu estupidez en el preciso momento en que te jalaron los trescientos kilos de acero, *levantaste la mirada* y viste la familiar esquina de la calle San Antonio, la consabida estación de autobuses, te fijaste en las letras rojas T-NM & O, extendiste la mirada por entre los edificios hasta más allá del río, hasta México, hasta el Pico del Aguila, hasta el recuerdo de tus idas en otra moto, una Vespa blanca, hasta las faldas polvorosas del cerro y las excursiones a pie hasta la cima, reviviste el hambre y el frío, los piquetes de la sábila y de cholla, las jadeantes caminatas por veredas pedregosas hacia arriba y hasta abajo, las voces de tus compas, el entumecimiento de la piel ante los aires picudos de la altura de aquella peligrosa aventura que fue tu precoz adolescencia, *levantaste la mirada* y observaste cómo se entrecruzaban las hileras de ladrillos rojos, córdoba y café oscuro de cada edificio, los letreros destartalados de otra época que aún presentaban productos Nesbitt, RC Cola que ya no se encuentran en las tiendas, *levantaste la mirada*, sentiste el cómplice olor de la creosota que te llegaba desde los patios del ferrocarril que yacen bajo el puente, bajo los viaductos del centro de El Paso, compañero olor que estuvo contigo todas las veces que caminaste con Sam hasta la Plaza de los Lagartos, que estuvo contigo ante tu nariz de niño, chaquetita de pana azul y rojo, camisa a rayas rojas y blancas verticales, pantalones de pechera y



botitas altas en los patios de la Compañía de Luz, frente a las oficinas de tu papá, frente al taller mecánico, en unas lagunas artificiales donde se empapaban postes de la luz antes de que las inmensas grúas los llevaran colgados como brontosaurios una rama y se mecían y mecían para que una cuadrilla de cascos amarillos hiciera un agujero profundo en alguna esquina y los irguiera despacito ante tu mirada absorta y las de una bola de mirones sin oficio, compañero olor que estuvo contigo en cada kilómetro de los cientos que viajaste sobre una almohada, sobre las rodillas de tu abuela, a la intemperie, sobre el asiento de madera, de lado a lado del motor de un motor de vía, sobre la vía del Noroeste de México desde Casas Grandes hasta Juaritos, *levantaste la mirada*, lerdo, perezoso, como película en cámara lenta, pero más pausado que en cámara lenta, torpísima, casi mejor como presentación de diapositivas o movimiento visto a la luz de estroboscopio, despaciiiíto me acercaba, la llanta delantera se acercaba a la banqueta, manos enfundadas de guantes verdes ceñían el embrague, el freno manual, los manubrios, por incrementos micrométricos, botas cafés protegidas de acero raspadas de las puntas se acercaban al freno y al pedal de velocidades con la calma, el ansia de quién ha perdido las facultades motoras e intenta recuperarlas, el cuello picudo de la chaqueta te batía contra el pómulo una y otra vez como queriendo despertarte, invocaste la figura de otro motociclista, el que observaste en otra esquina, calles arriba, lo viste acercarse mientras marcabas el alto, mientras esperabas el verde del semáforo sentado en la moto, la punta de la bota izquierda sobre el pavimento, te dijiste en silencio *ese cabrón se va a matar; viene muy recio y hay un chinguero de arena en la esquina, no tuviste tiempo ni de hacerle señas, ni de gritarle, de silbarle, de telepatearle —¡Orale, güey! ¡Te vas a dar en la madre, pendejo!* y además, con el ruido de los carros ni te oiría, pensaste que vendría a unas cuarenta, cuarentaicinco millas por hora y que no le

Bibliotecas
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

faltaban más que unos diez metros para llegar a la esquina, se dio cuenta, lo advertiste en su rostro, en los reflejos, observaste la luz refractada sobre el casco negro adornado de rayos rojos, comprendía que cualquier cosa que intentara sería muy tarde, apretó los frenos y la llanta delantera se congeló sobre la arena, el aparato se volcó sobre sí mismo, el motociclista voló dos metros por arriba parado de cabeza, recordaste las tomas que reiteradamente aparecen en la tele donde un campeón de esquí olímpico se vuelca de la misma forma, como una garra que vuela, cae sobre la nieve doblado en un ángulo tan irreal que sólo puede significar que se le ha roto la columna vertebral, el motociclista cayó sobre el pavimento como costal, se derrapó hasta muy cerca de ti, quedó tirado, inerme sobre el asfalto, la chaqueta rota de los codos, la cremallera desgarrada, los pantalones de mezclilla embarrados de aceite, manchados de sangre que manaba por una rotura en un lado, *levantaste la mirada* y viste frente a ti el cordón de la banqueta, la habías parado, la pierna izquierda sostenía tu adrenalina en carrera y la palpitante cadencia del motor. Te salvaste de puro milagro. Es una tragedia que se te descomponga pues sin ella estás al garete y fastidiándole la vida a medio mundo.

♠

Estábamos en el salón donde preparan a la gente para la cirugía. El médico nos había dicho que esa operación era algo de lo más sencillo en lo que a intervenciones se refería. Que no nos preocupáramos, que sería cosa de unas dos horas por lo tardado que era la microcirugía pero que nada pasaría, lo había hecho miles de veces, pero eso sí, la recuperación sería tardada y seguro tendría que dejar la moto. Nos observó con cautela como analizando los rostros para ver si le habíamos creído, nos presentó al anestesista, nos leyó su currículum, me buscaron la vena de la mano derecha pero no la encontraron, después si-



guieron escarbándome la izquierda, por fin entró la aguja, sentí un ligero calorcillo y un letargo que crecía a medida que entraba el suero. Me volteé con la Rosi y le dije: —*Mejor vámonos a Europa.*

*Cuente desde cien hasta llegar a uno*, me dijo una voz. —*Noventa y nueve, noventa y ocho, noventa y...* Me sentí bien livianito, las doscientas cincuenta libras se me habían caído al suelo, flotaba en un espacio totalmente oscuro pero con suficiente luz como para distinguir rasgos y direcciones, me deslicé, primero hacia ninguna parte, como viajando a lo Peter Pan por un cielo nocturno, pero sin preocuparme, sin estrés, no importaba hacia dónde, como relajado en una tina de agua tibia, luego dentro del túnel largo largo cuyas paredes eran de la misma materia que la noche. Todo muy placentero, tranquilo, silencioso, al fondo una luz, primero como un vago resplandor, como cuando vas manejando de noche y te acercas a alguna ciudad, luego más preciso, hasta que lo distingues claramente, como los faros o las boyas canalescas que observas por los catalejos desde alta mar, no sabes si es luz de verdad o si te la estás inventando porque ya te cansaste y quieres llegar a puerto. A medida que te acercas lento, aunque en el fondo sabes que vas a una velocidad extraordinaria, te invade un creciente sentido de gozo y sosiego. Te preguntas si viajas hacia afuera como astronauta o hacia adentro de ti mismo pero no te importa gran cosa, lo que sí es que eres tú, no alguna de tus máscaras, el que allí se encuentra y que te embarga una seguridad personal que jamás has sentido, completamente sereno, sin responsabilidad, ni miedo, ni angustia, ni conciencia del tiempo.

De pronto despiertas, no sabes si de noche, con un dolor terrible. Una enfermera teutona te voltea y te inyecta. De nuevo pierdes el hilo. Amaneces de día ante tu amigo Carlos y tu suegro, comienzas a platicar con ellos, de súbito te pierdes y despiertas muchas veces y te vuelves a dormir, cada vez ante otra cara, la del Fernan-

dão, la voz de Mandi en el teléfono, tus padres. Después te dicen que han pasado días. El dolor te acompaña dos meses.

♠

Antenoche le dio un infarto a mi papá. La Gabi me dejó frío cuando me llamó para avisarme, no sabía qué hacer, debí habérmelo esperado, sí, lo había esperado pero nunca creí que ocurriera. El mismo me lo dijo ayer: —*¿Quién me iba a decir que a mí me iba a dar un infarto?* Me sobrevino una inercia de ésas que no puedes decidir nada, lo que menos debe pasarme pues soy decididor profesional. Me estuve frente al teléfono como media hora, esperando no sé qué, no sé cuándo. Nadie más llamó, frustrado, agüitado quería hacer algo pero nada. Después me lo dijo un compa: —*No, tómalo de mi experiencia, lo mejor es que te calmes, que te actives, que no pienses mucho en eso, no puedes hacer nada más que fastidiarte pues no hay nada, nada que hacer.* Pero como soy un obsesivo me dedico a darle vueltas y vueltas al asunto. Por fin llamé al hospital. Me contestaron cortantes, que era un infarto, que estaba mejor, las voces me dieron a entender que yo era un insensible porque no había corrido para estar allí en el preciso momento. La culpa, esa manera de vertir, revertir y repartir la culpa de cualquier cosa para quedarse limpio y sentirse heroico, indispensable y a la mierda los demás. También me informaron que no debería ir a causarle ningún problema. Corrieron a todas las visitas posibles. Finalmente crucé el espacio entre las ciudades, llegamos tarde. Mi padre yacía inerme sobre la cama. Entré y comenzaron a chorrear gotas de sangre sobre el piso, el catéter del suero se había desconectado. Estaba pálido, sudoroso. Hablaba despacio, con trabajo. Parecía que le había dado gusto verme. Ayer viajaba con la Gabi, de nuevo íbamos a verlo, le platicaba que en aquel viaje que hice a Guadalajara con mi padre y mi madre cuando aún era muy niño, por el



parabrisas del Chevy 47, a lo lejos divisamos a un señor que iba jalando una mula, mi padre empezó a frenar y mi madre le dijo: —*No le vayas a pitar.* Al acercamos mi padre le pitó y la mula se sentó, por la ventana trasera advertimos que el labriego jalaba y jalaba la rienda sin que la mula cediera. Le platiqué de aquel día en que mi padre me invitó a acompañarlo al Valle de Juárez, nos subimos a la troquita colorada de la Com-pañía de Luz que llevaba un farol de mano sobre el techo y colgado en la defensa delantera un costalito de lona que cargaba agua y con el aire se enfriaba, llegamos a recoger a un señor muy elegante que olía a loción, iba vestido con un traje color café oscuro y un sombrero *fedora* de ala ancha, ese señor que después se convirtió en mi suegro, le platiqué de un carrito Volkswagen blanco que tenía mi padre y que llevaba un foco rojo arriba y que parecía un pastelito con cereza, le dije del día en que mi viejo había tenido que matar a un perro rabioso que era de mi abuelita y que lo había terminado con la escuadra de mi tía Estela. Ahora mi padre tiene el pelo muy canoso pero nunca lo recuerdo si no es con su pelo negro negro, un hombre vivo y enérgico. Pero ahora está aquí enfermo, muy cerca de la muerte, tan cerca que tal vez le haya sucedido lo que dicen, eso de que la vida pasa toda en un instante frente a los ojos, con multitud de detalles, a velocidad vertiginosa. Vuelvo a la escuela, al trabajo, a los problemas de todos los días, me pregunto si vale la pena la chinga artera, el desgaste, las confrontaciones por problemas ajenos. No sé si contestarme que no, que no necesito probarle nada a nadie, que hice lo que iba a hacer y punto, que se busquen a otro pendejo para que les trabaje como burro y luego pienso que si no lo hago, aunque siga recibiendo el mismo cheque, no me aguantaría ni solo. Creo que eso fue lo que me quiso decir mi padre: —*Después del primero, cuídate. Eso de que fumes o estés gordo tal vez contribuya pero quién sabe.* Me contó de su amigo Miranda que era bien flaquito y

deportista, que se retiró de su trabajo, que se dedicó a su jardín, a plantar flores y hacer caminitos de piedra muy ordenaditos... no terminó de decirme, entró Gabi y empezaron ellos a platicar. Sigo pensando en Miranda, difunto por dejar el jale. Mi padre me siguió hablando, me dijo que le acababan de dar la representación de unos reflectores muy efectivos para luces de neón...

♠

Marzo. Este mes cumple años Gabi. Ya lo anoté en mi agenda. También toman todos los alumnos sus exámenes de maestría. Este mes hay que sembrar las flores, sacar la piedra de las jardineras, fertilizar los árboles, la tierra y el zacate. Este mes comienzan a dar brote casi todas las plantas. Marzo. Hoy está supernublado. Me duelen el cuello y las articulaciones. Sopla un viento frío del carajo y empiezan a alternarse las mañanas y las noches frías con los días calientes. Marzo de Julio César, loco de vendaval. El otro día platicaba de la moto con la Gabi y de lo mucho que me hace falta, no para que me lleve a ningún lado sino porque, como en ella se viaja solo, sólo corre la conversación con uno mismo y se siente un calorcito muy suave como cuando entras a la casa un día de mucho frío y te pega la fiebre del calentador.

♠

Hoy mi papá anda caminando, le hicieron un puente cuádruple en el corazón, para eso le sacaron una arteria entera de la pierna. El viernes murió César Chávez, Mario Moreno unos días antes. Cruel ha sido abril de verdad. Ya el zacate y las flores, los rosales y la piracanta brotan bajo la pérgola. Allí fluye el whiskey y la cerveza junto a la conversación de los alumnos. Ahora volverá el hastío, se van los últimos, pero Pepe vaticinó entre las barajas, las hierbas y el vaso de agua que —*los amigos nuevos se van pero los amigos viejos te tiran la puerta*, cuánta cosa



junta, el veinte es la boda de Rosi, el veintidós el Bar Mitzvah de Ioni, descansar el verano bajo el sol, barbechar las jardineras, poner muy verde el pasto, abonar para el otoño.

♠

Ya van para dos años que murió mi suegro. He querido escribir algo pero no he podido, tal vez aún sea demasiado pronto para separarme lo necesario, tal vez la herida esté muy fresca. El viernes fuimos a visitar a Male, la casa aquella elegante, fresca y llena de luz, ahora está sucia y cayéndosele los pedazos de yeso y mezcla. Se siente la ausencia de don Roberto, desde la entrada hace falta, pues ya sabemos que no estará aunque nos cueste creerlo. Allí a la entrada, en el recibidor, estuvo parado muy derechito vestido de frac, con la elegancia que sólo él podía, junto a mi padre, mi madre y mi suegra con una sonrisa cálida, de oreja a oreja, con la luz del verano que terminaba sobre su negrísimo pelo, la seda de las solapas y el calzado brillante, ahí, como congelado sobre el mármol gris delante del espejo lo escucho decir aún hoy —¿Y quién es el mocoso ése que viene a ver a Rosita? Huelo la loción a limpio que siempre llevó, toda su eterna juventud, hasta el final, la nariz grande y picuda que lo distinguía y los pequeños ojos alegres, aunque otros me dicen que tristes, yo nunca los vi más que sonrientes y la voz de trueno, de huracán cuando enojado sorprendía a cualquiera, suave y dulce ante los niños y quienes quería, voz de Wagner cuando explotaba, de Verdi casi siempre, de Beethoven cuando hablaba de la sierra y de la cacería, su cacería con cuernos y colas de venados y gatos monteses, plumas de cócono y perdiz y colmillos de jabalí, allá en la salita, recostado en el sofá, cansado y polvoriento, las botas sobre alguna mesita y la gorra colorada de lado —Ande, qué bueno que vino, sí, déjeme contarle qué animalazos, no me lo va a creer pero andaba uno de ésos que no se encuentran más que una vez en la

vida, un venado enorme, los cuernos de ocho puntas, imagínese, lo vi allá arriba tras los miralejos, le dije a Mateo que me pasara el rifle, despacito, muy despacito, le apunté, medí la distancia con el lente y le solté el fuego, nomás vi cuando recibió el impacto en el codillo, fue como una nubecita color de rosa y que se rueda hasta abajo, bajamos desde la cumbre y el vaquero nos ayudó a cargarlo, cómo me hubiera gustado que usted lo hubiera visto, don Richard, venga, siéntese, hágame un jaibolito y déjeme platicarle. Son las doce y media, Agapita, Lencha y Margarita están todos en la cocina, huele a arroz, espinacas con frijoles, tortillas calentadas, queso menonita y verduras recién lavadas en yodo, el caldo de res con tuétanos y tal vez enchiladas por el olor a cebolla recién picada. Allí, frente a la ventana, en la cabecera de la mesa negra ha caminado taconeando desde la sala, se ha sentado frente a sus seis hijos, sus cuatro yernos, sus dos nueras, sus quince nietos y doña Male. A todos les reparte, les pasa un plato y otro y se preocupa de que coman bien, sin dejar de tomar el guacamole con la tortilla se voltea y les dice a Agapita y a Lencha y a Margarita —Aquí sí se cocina, que hasta estoy echando una llantita de bicicleta inglesa de lo bien que me sirven, levanta su vasito de cerveza con la izquierda y nos sigue conminando a alimentarnos bien, de elementos saludables y a gozar de la existencia, que la vida es hermosa y no la debemos despreciar.

♠

—¡Qué esperanzas!, diría el viejo. —Imagínese este bello país en manos de japoneses o hasta de americanos, sería una Suiza americana, un verdadero paraíso pero no, a chingar al que se deje y como se pueda. Nuestros políticos son unas verdaderas ratas, nomás acuérdese de Echeverría y de López Portillo. Nunca pudo opinar sobre el ratón Salinas pues dejó de vivir. Allí, frente al espejo del comedor midiéndose un saco amarillo a cuadros elegantísimo, perfumado y peinado escrupulosamente, listo para irse a jugar con sus amigos, a sus asuntos a El Paso. Amabilísimo siempre con los que quería y con los demás, caballero hasta el último momento, un verdadero ejemplo. Muchas veces, casi siempre, lo veía sonreírse ante la vida, contento de poder comer, de poder levantarse, bañarse con agua fría y correr por el patio, subir y bajar las escaleras y caminar las interminables millas de dieciocho hoyos en dieciocho hoyos de su campo de golf preferido. —Ande, Ricardo, no se malpase, siéntese aquí conmigo y tómese una cervecita helada, un whisky con agua, un tequilita con sangrita. A él le gustaba el vodka Vivorova con jugo de naranja, para hacer estómago, para vivir. —Mire qué linda es la vida, qué hermosa la naturaleza, por eso me largo de cacería tanto tiempo, o me voy a vivir al lago, allí estoy muy alegre porque me levanto respirando aire fresco, desayuno fuera, bajo el cielo, tapado de algún follaje, luego me voy a caminar, y caminaba rapidísimo, parecía que las piernas giraban como aspas no como piernas, al caminar, iba feliz, como si jugara a las carreras con los animales silvestres bajo el sol y el cielo abierto de Chihuahua, hacia arriba por los cerros, hacia adelante por la orilla del lago, un individuo sencillo, un genio escondido, filósofo nato que podía explicarte una verdad complicadísima con algún dicho popular o una ocurrencia: —Hay tiempos de tronar cuetes y hay tiempo de recoger varas, allí, frente al fuego o sobre el balcón de la casita del lago o en la carretera o de paso por la caldera de un volcán antiguo que hoy es un valle lindísimo de la sierra de Jémez bajando a Los Alamos o frente al Cañón del Colorado o ante el Desierto del Altar o las olas que se rompen sobre la playa de Kino, allí contempla la verdad con la mirada, con su rostro apacible, sereno, con esa sencillez absoluta que lo integra al universo, que engendra el conocimiento profundo de los hombres, de las cosas, de Dios. —Allá, allá lejos si puedo, acá es donde se me alteran todos los nervios, pues mire nomás,

antes aquí se acababa Juaritos, aquí enfrente pasaba el tranvía, aquí atrás estaban las caballerizas, en la mañana me montaba en el caballo y salía corriendo al sur por la Justo Sierra, allí adelante por la Insurgentes/Hipódromo estaba el hipódromo donde aterrizaba en mi avión biplano, luego en mi Volt-T... El día después de la muerte de mi suegro murió Mateo.

♠

Hoy ganó el Nobel el dramaturgo italiano Darío Fo y Carlos Fuentes siguió estando entre los finalistas. Hoy pegó un huracán en las costas de Oaxaca y rozó el puerto de Acapulco, se llama Paulina. José Manuel y yo vamos allí el jueves. Ya casi es medio semestre, a partir de la semana que viene faltan sólo seis y luego el sabático. Veremos qué tal. Ahora con las broncas personales y familiares parece que tendré que ir a Juárez y venir acá dos veces por semana. No sé si eso sea mejor que lo que me propuse al principio, o sea, quedarme aquí a terminar los libros. Lo cierto es que tengo que echar fuera todo en enero y febrero pues en marzo viajamos.

♠

Anoche premiaron a José. Me sorprendió ver a tanta gente en el museo. Llegamos tarde. Me equivoqué de hora y no pude coordinar la mesa que me tocaba. Afortunadamente el Quique salió al quite y todo quedó bien, los autores leyeron sus textos y el del ganador de aquel lado fue muy malo y muy largo. El de José fue bastante bueno y todo mundo se dio cuenta. Eso me hizo sentirme muy bien pues sentí que había decidido correctamente. Lo mismo sucedió con Kay West. Es muy emocionante ese tipo de reconocimiento. Ya se me había olvidado lo que se siente. Hoy me siento con el azúcar muy bajo, me faltó el huevo en el desayuno. Esto de estar cuidando lo que como es muy difícil y me hace sentirme muy extraño. Me



siento enfermo, náuseabundo, me hace falta la comida a mediodía y ya estaba muy acostumbrado a pasármela en blanco hasta la tarde. No sé cómo le hacen las gentes que requieren de otros tratamientos más agresivos, debe ser infernal. Me acuerdo de Ted Higgs de San Diego que requería de la diálisis cada tercer día y me da no sé qué. Ahora estoy sudando, como sudando frío, en pleno noviembre. Me recuerda aquel día en que la brucelosis me hizo crisis a mitad de julio. La Rosi me llevaba a la oficina del doctor Feener en el centro de El Paso. Ella iba manejando la camionetita VW azul. Llevábamos las ventanas cerradas. Ella a sude y sude y yo temblando de frío. Tenía pensado seguir trabajando hoy por la tarde pero esto es una llamada de atención importante. Voy a regresarme a la oficina caminando despacito, cojo mis cosas y me largo a la casa a comer. Voy a tirarme un rato a que se me balancee el azúcar y a leer algo "grato", como dijo Sullivan. No, no entiendo que se me hayan juntado los años, que ya no soy joven y que estoy enfermo, no, tiene que entrarme a golpes porque intelectualmente no lo estoy aceptando. Y me lo dio a entender Angélica cuando me recetó las pastillas: —No quiero que te vayas a enfermar cuando estés fuera de aquí. ¿Qué si se te baja mucho el azúcar por allá? Mejor espérate a regresar del viaje y luego empieza el tratamiento. Aquí estoy frente a mis alumnos, ellos escriben su prueba y yo escribo esto. ¿Y qué sucedería si de repente me caigo al suelo o me paralizo aquí? ¿Qué sucedería? Siempre he dicho que me voy a morir en la línea, y pues aquí estoy, en la línea pero no estoy listo ni dispuesto a terminarlo todo ni hoy ni mañana. Todavía me faltan más de diez años para retirarme de la línea y quiero vivirlos de la manera más normal posible. Tengo que aceptar mis limitaciones y cambiar la vida para poder con el paquete, este paquete inesperado que me define como un individuo que ha vivido mucho y bien y largo sin ningún problema de salud, que ha usado la misma y hasta abusado de ella y que ya

debe calmarse, pase lo que pase, venga lo que venga, sí, has dado y dado ya a tu comunidad y a tu familia, a tu mundo todo y mucho y largo. Este año cumples veintitrés años de trabajar de maestro, veintitrés y siete aquí, ya arreglaste lo que parecía no poderse arreglar más. Hace unos días pensaste que si el departamento se caía tú podrías entrarle al quite y volverlo a arreglar. Pues no. Entiéndelo, ya les toca a otros. A ti te toca seguir escribiendo, dando tus clases y hacer tu trabajo de uno que otro comité, nada más, nada más. Ahí están los jóvenes, tus amigos y colegas que tienen que crecer y darse los golpes que tú ya te diste. Convéncete, ya ganaste los premios y diste el ejemplo. Ya pasaste por todos y todas y estás en lo que dijo Isabel Allende, en la tarde, al atardecer de tu vida que se da a partir de los cincuenta, tiempo de calmarse y meditar, de observar el mundo, de sacar conclusiones. Mírate en el espejo, vete envejecer y celébralo. Ya eres el maestro decano experimentado, como dijo Carola, un profesor de a de veras que ve su obra casi terminada. No quieras cometer el error de tu padre que se rehusó a jubilarse cuando le tocó, creó su compañía y a final de cuentos le fue mal. Aprende su lección, velo cómo ahora está contento con su pequeña y voluntaria actividad. El trabajo, tu trabajo, el que te toca hacer es la escritura. Ya cumpliste los cincuenta, ya llegaste a la edad que, dijo Borges, uno debe empezar a escribir pues se tiene algo que decir. Ya no estoy sudando, se me ha calmado la náusea, me ha invadido más un sentido de tranquilidad. Milton me escribió para decirme que él ya también cumplió cincuenta, qué diferentes vidas nos ha tocado vivir.

♠

Durante aquel verano nos fuimos a la sierra, paseamos en camiones de redilas, nos subimos en el burro de la plaza, le tiramos cuchillos a los marranos de los trochiles de atrás de la casa de mi tía Beatriz, tatemamos elotes junto



al arroyo, ayudamos a que sacaran al gato del pozo junto al convento de las monjas, pusimos veintes y pesos sobre las vías para que pasara el tren y los dejara hechos panocha, nos fuimos a Cuiteco con mi tío en la troca Diamond hasta la casa de las paredes forradas de flor azul de las trepadoras y hasta la pared de piedra de La Bufa, regresamos todos cansados y sin gana alguna de regresar a sexto año. Si te fijas en el retrato de graduación de la primaria faltan cuando menos dos, Bayona y Beltrán del Río. Este último se fue a estudiar música al Conservatorio Nacional, guitarra, y hoy es un famoso concertista. El segundo era Manuel Bayona, mi compa, compinche y como se llame a ésos que nacieron el mismo día, en el mismo hospital y cuyas madres eran ambas de Juaritos y estaban atendidas en el mismo cuarto o sea que el pinche Manuel y yo dormimos y despertamos, nos cagamos y nos cambiaron en la misma sala de cuna, él vivía por la Madero y Galeana, en seguida del Vidrio Comercial, yo por la Constitución al sur del monumento, a los dos nos habían llevado a güevo al catecismo nuestras madres, a los dos nos cortaban el pelo muy chiquito contra nuestra entera voluntad y a los dos nos metieron a la pinche escuela María Martínez por burros y malcriados, que allí nos bajarían los humos las maestras de la calaña de la pinchísima y culerísima Simona Barba, Santa Simona para muchos de los que han sido y son panistas persignados o fanáticos contemporáneos de los castigos de tortura inventados por los europeos e importados a nuestro continente por la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana, a la mismísima Simona que pesaba fácil sus trescientas libras. Que vivía con un gesto permanente muy parecido al de una leona enojada y lista para atacar, algo así como una Diana Natalicio de hace 50 años, que gustaba de castigar a sus víctimas de seis a doce años pegándoles repetidamente y con güevos en los hombros con la pesada campana de bronce con que llamaba a finalizar el recreo o, aún mejor, como al Abel

Virgen, le jalaba del pabellón de la oreja una y otra vez hacia enfrente y hacia atrás hasta desprendérselo, o los pellizcaba en las partes más flacas de los brazos donde duele más o les pegaba en la mano con la regla del metro de madera o los agarraba del copete o del labio inferior y los jalaba de aquí para allá como si fueran de trapo hasta que se cansaba, ella, la que en otra vida había sido guardián femenino de la sección de mujeres del campo Bergen Belsen. Sí, allí a esa escuela nos mandaron, tanto sería el odio que nos tenían o sería que querían asegurarse de que jamás nos rebeláramos o que allí como en Tréblihka nos daríamos plena cuenta de que iríamos a perder hasta la última gota de carácter crítico, como en el infierno de Dante perderíamos toda esperanza aquéllos que entráramos allí. Manuel y yo sobrevivimos hasta el quinto, ese verano Manuel se fue a Charcas, San Luis Potosí, a visitar a sus abuelitos, nadaba todos los días hasta aquél en que nos avisaron que Manuel ya no volvería para cursar con nosotros el sexto pues le había pegado una congestión en la bella alberca y había muerto. Ahora que me encuentro con su madre o sus hermanos y siento que a mí se me fue un cachito también, estoy seguro de que su madre ve en mi cara la de su hijo...

♠

A Pirraco le dio un infarto, luego otro, luego lo supe, no sé cómo exactamente pero no esperaba la noticia, como con Garay, seguro que como es muy amigo de la familia alguien se dio cuenta y me llamó, la última vez que lo vi me hizo, me construyó una "muelita" sobre el poste que me dejó el endodoncista, que para que pudiera masticar, a mi me dio mucho miedo pues creo que se sintió mal, se puso muy pálido después de terminar, se levantó y se fue, hoy quiero pasar a saludarlo...



♠

Me dice mi mamá que a la Sra. Mora y al candidato les ha dado el terrible alzheimers, que ella ya no conoce, ayer platiqué con Luis Alonso, pasé por su joyería y me dijo que el candidato ya está mejor, que lo trae Darío para todos lados, ayer la convención del PAN seleccionó a Galindo como candidato a la gubernatura, un locutor dijo que mejor fuéramos todos a votar por el burro Chon entonces, yo más bien pienso que al pueblo panucho de Chihuahua le ha pegado una amnesia total y colectiva, si Barrio ha sido malo, ¿qué nos espera con éste? Pobre del pobre que al cielo no va, lo chingan aquí y lo chingan allá, mis condolencias a las regidoras insultadas ¿dónde están sus maridos? Doña Consuelo también está malita de lo mismo, ahora sí que es la enfermedad del olvido de los *Cien años de soledad*, en sus casas debe haber rótulos para identificarlo todo, pues qué sucede cuando olvidan cómo leer, ¿cómo llamarse Olvido? y ¿recordar?

♠

A mi querido amigo Erasmo ya hacía tiempo que se le iba la onda, estuvo muy malo del mal del susto, empezó muy despacio a sentir miedo por las noches, dice que no sabía ni a qué pues nunca le había sacado a nada, desde chavo, cuando yo lo conocí de aprendiz del maistro carpintero Jaramillo, en el taller que estaba por la Insurgentes cerca de la esquina de la Bolivia, era bien grandote y fortachón, de esos grandotes que parece que andan agachados por todos lados como anticipando bajar la cabeza para no pegarse con los marcos superiores de las puertas y un poco despaciosos en su respuesta más no en su acción pues se necesita mucha destreza y habilidad para hacer los trabajos peligrosos necesarios que se requieren en un taller donde se usan instrumentos y herramientas eléctricas para cortar y rebanar madera de todos tipos. Me dijo

que el susto le había pegado de tantos años de estar oliendo thínner como parte de su trabajo de ebanistería, que le fue pegando de a poco, primero un miedo que le iba y le venía, un sentido de vacío en el pecho, como siente uno de chavo cuando se asusta en la noche pensando que vayan a venir a atacarlo los monstruos, el chirlos birlos, el gorra prieta, el patas de catre, la llorona, el drácula, el frankenstein, el hombre lobo o cualquiera de esos monstruos peludos y negros que asustan a los niños, luego Erasmo empezó a sentir miedo de lo oscuro, de lo grande e incontrolable, la pequeña fobia que todos tenemos al vacío, la acrofobia se convirtió en un sentido enorme, exagerado, se refugió en su recámara, en su cama, debajo de la cobija y pronto ya no conocía a la gente hasta que poco a poco dejó de conocernos a todos pero fue con un curandero después de que su mujer había agotado a los médicos alópatas, el brujo bueno lo fue sacando, poco a poco y ya Erasmo estaba bien, ya trabajaba de nuevo, ya se reía y sentía mucha alegría de que una de sus hijas fuera seleccionada para el equipo mexicano de las Olimpiadas, creo que hasta fueron él y su señora a acompañarla a Corea a unos juegos asiáticos en donde México estuvo presente y participó, sus hijos todos estaban saliendo profesionistas, era la historia del milagro mexicano visto en la familia de nuestro amigo de tantos años, compró un terreno y construyó su casa buena y bonita de ladrillo colorado, lo fuimos a visitar una Navidad y vimos a todos sus niños como en escalerita, creo que eran doce, muy limpios y bonitos como sus papás, luego hizo un taller bueno y grande detrás de la casa, allí lo fui a visitar. Nos fumamos el tabaco y platicamos como siempre, me dijo muchas cosas de su tierra, él era de por allí de La laguna, de las penurias que había pasado su familia, de la belleza del desierto y la sabiduría de la naturaleza, de cómo a él le había tocado observar a las águilas más o menos de cerca, trepado en los cerros, de cómo se aventaban contra las peñas para sacarse las



plumas que ya estaban pelechando, de la inmensa velocidad con que se desplomaban del cielo y de cómo veían, tal vez sería mejor decir miraban a su presa desde allá en las alturas y se apuntaban con una certeza asombrosa sobre ella, cuando Erasmo narraba lo hacía con la voz prístina, inocente y luminosa de nuestro pueblo, de la colectividad hecha individuo, creíble, extraña, como poética y a la vez tan conocida, como si se fundieran las voces del abuelo y la abuela con los llantos del recién nacido en una sinfonía autóctona que te pone los pelos de punta y a la vez te tranquiliza como el té de yerbanís, un día abrí el periódico y supe que el susto le había vuelto pero ahora la tragedia era completa: *11 de enero de 1989, miércoles, Diario de Juárez, 14A* — policiaca: en el retrato dos bomberos cubiertos de abrigos de hule, uno lleva casco y manguera, el otro asiste, echan el chorro sobre la llamarada que se escapa de un aposento entre unas puertas de acero muy reconocibles, el pie de foto reza: *Elementos del departamento de bomberos combaten el incendio que ayer destruyó una humilde vivienda en cuyo interior murió calcinada la niña Noemí Varela Pérez de cuatro años de edad. Víctima de la imprudencia de sus hermanitos que provocaron un incendio y de su propia inocencia, ayer murió incinerada la niña... quien, para protegerse del fuego se escondió en un ropero de madera. Al generalizarse el siniestro en su hogar, Noemí y sus once hermanitos salieron corriendo junto con sus padres, Erasmo Varela y Ana María Pérez. Pero éstos, pensando que podrían apagar las llamas regresaron al interior sin darse cuenta que los había seguido la niña. Convencidos de que nada se podía hacer, salieron nuevamente, pero la niña quedó dentro. Fue hasta que llegaron los bomberos y apagaron el fuego cuando encontraron sus restos calcinados en un cajón del ropero. A un lado de la casa está ubicada una carpintería y los niños hicieron fuego y luego, según el relato de sus hermanos, llevaron palitos encendidos al interior de la*

*casa en donde había sustancias flamables. Se provocó el incendio, vino la confusión de los adultos y once niños, más la de muchos vecinos, los padres sufrieron un error de cálculo, regresaron y volvieron a salir, el saldo, una inocente muerta...* dice mi papá que últimamente Erasmo está mejor, que lo ha pasado a ver, que se ha sentado a platicar, que le ha preguntado por mí y que tiene muchas ganas de verme, yo desde que me cambié para acá he dejado de ver a mucha gente por necesidad primero y luego por costumbre, parece mentira que las pinches cuarenta y dos millas entre ciudades surtan efecto separador y es que una, dos, trece y hasta cien veces vas y vienes y son ochentaicuatro y si vas a Juaritos agrégale otras tantas y los colones de los puentes y ni modo de vivir allá y venir acá, no la hacemos, ya estamos muy rucos para tanto trajín, lo que sí es que me voy a proponer y voy a pasar a ver al Erasmo, ni está tan lejos, por atrás del Coloso de la carretera a Casas Grandes, tal vez no sea la desidia la que me ha hecho atajar ese camino, tal vez sea el miedo de encontrármelo muy mal.

♠

En mayo nos invitaron a hacer una lectura al museo a José Manuel y a mí, como a media tarde llego Garay, Pedro Cruz Garay, que nunca se puso el Cruz, sólo el Garay y tampoco supe nunca muy bien por qué. Aunque nos conocimos muchos años nunca nos llevamos bien, como que había un antecedente secreto que no permitía una amistad, como si nuestros padres hubieran estado peleados y nosotros como buenos hijos también, como antipatías, muy curioso, nunca lo entendí, en otras ocasiones hasta me rebelé contra ese seudo destino impuesto y lo invité a mi casa, a echarnos un pisto al Bar Fórum de la Chente Guerrero, hablamos de todo y creo que ambos hicimos un verdadero esfuerzo por congeniar pero de esas veces que sabes en el momento que lidias la batalla que tu lucha es inútil pues ya habían perdido



antes de empezar. Siempre andaba muy a la línea el vato, muy planchado, boleado y hasta elegante diría yo. Muchos decían que era grande y que no se había casado. Quién sabe, a mí me parecía muy normal en ese sentido, trabajó en el chuco mucho tiempo, a mí me dijo que en una imprenta, se movía en una camionetita Volkswagen brasilia amarilla y dorada ya muy cascarita, lo veía en el puente a cada rato, inconfundible con su mechón blanco a media cabeza que le cubría el copete y le corría hacia atrás dividiéndole la greña negra en dos, el Quique lo trajo de gato mucho tiempo también, casi desde que lo conocí, lo presentó con la intelectualidad mestiza de nuestro medio y país, el Charlie Fountains le dedica un capítulo de su novela *La frontera de cristal*, también menciona a tu servilleta y el capítulo nueve refunde el último de mi *Madreselvas* y otros de mi *Aurelia*, en fin, estimado de ellos, Garay también escribió ensayos, algunos literarios que merecieron lectura y publicación, otros políticos menos rentables y otros aún de dudosa factura, pero escribía y tenía algo que decir y eso es bastante por acá y en nuestro medio, pues *in media res* llegó a nuestra lectura, muy muy flaco, el pelo blanco blanco, tanto que de principio no supe si era él o no, con un saquito un poco arrugado y me percaté con extrañeza, sin calcetines. Después del dengue me dirigí al foyer del museo donde lo encontré sentado en un diván fumando, lo saludé y le pregunté cómo estaba, pero de a de veras y se dio cuenta, me contó de su mal, que tenía un mes con males del hígado, que las medicinas agresivas que le habían impuesto le habían provocado gota, que por eso andaba sin calcetines y que el dolor se le hacía intenso a ratos. Llegó el Quique a platicar, se rio al vernos y me dijo: —*Te presento a mi abuelito Garay*. Yo me sentí mal pues veía que el otro de verdad estaba mal. Nos despedimos, los viajes rápidos de Las Cruces a Juaritos y vuelta se nos hacen cada vez más difíciles por el regreso, si pudiéramos quedarnos sería muy diferente pero ni modo, hay que bregar. Ya no

lo vi a Garay. Como al mes y medio, hojeando *El Diario* me encontré con un artículo del Montañez dedicado a Garay. Aunque me pareció raro, no reparé, pues como Pedro escribía allí su columna semanal, cuestión de amistades me dije y seguí leyendo. Unos días después recibí la llamada de José Manuel. Me avisaba de la muerte de Garay. Primero pensé que se habría equivocado, que se trataría de alguien más, luego me pregunté cuántos años tendría pues se me figuraba que era más joven que yo...

♠

La semana pasada fui a saludar al Quique al museo. Cuando le dije de mi diabetes y que andaba caminando, me notó un poco más flaco y me dijo que él también andaba caminando y que estaba malo de la coraza, que le habían hecho no sé qué prueba y que estaba por operarse en Chirusa, que no estaban seguros de hacerle una angio plastia o un puente, creo que ayer operaron al Quique, no sé qué ni cómo, a nadie le han dicho pero sí dijeron que estaba bien.

—¿Pos cuántos años tienes? le pregunté esa vez, —Pos 53, me dijo, —Yo estoy en que fue la vida sedentaria y la mala alimentación, tanta pinche hamburguesa y tanta pizza...

♠

Hoy platiqué con el Chago largo rato, mi amigo que también ha sido mi peluquero de treinta años o más, me platicó de la muerte de Gilberto y me contó un chiste, dijo que a un cuate que tenía un bocho VW le puso con grandes letras en la parte trasera un rótulo que rezaba: *El señor de los cielos*. Un policía que conocía al famoso comerciante de droga cuyo sinónimo era precisamente ése lo paró para preguntarle por qué le había puesto así a su carro, el otro sonriendo le contestó que porque ése era su Amado



Carrillo, nombre verdadero del traficante. Nos acordamos de Gilberto, el otro peluquero de tantos años de la peluquería Continental, sí, era sumamente tragaños, parecía que tenía cuarentaicinco por el pelo negro negro y el bigote igual, muy moreno y muy delgado, parco, silencioso, parecía que estaba enojado pero no, era así de serio, nunca hubiera sospechado, pensaba encontrármelo en el correo o saliendo de la iglesia algún domingo como antes, o tal vez mejor allí a un lado de su sillón donde siempre se paraba erguido muy vertical, planchado hasta el fastidio luciendo sus zapatos muy boleados y la filipina blanca y allá muy de vez en cuando pelando la blanquísima mazorca, algo le había hecho gracia, algo le había cosquilleado el humor sardónico.

♠

Ayer por la tarde, martes, ocho de abril, llegué a la oficina de Daniel para felicitarlo por lo de su permanencia, jovial me dijo que sabía que yo había andado por gachupalandia y yo le dije que sí, que efectivamente había ido a visitar a sus parientes, fue entonces que poniendo la cara muy seria me dijo que le habían informado que mi amigo Jim Sagel se había pegado un tiro, primero creí que me estaba bromeando, luego advertí que no y me entró el choque, ese día estuve completamente ausente y desde entonces siempre lo estoy un poco, por la noche me llamó Denise, me dijo que ella estaba igual, que Jim se había colgado, que no había muerto de bala, allá por Los Lunas, en un lugar donde le gustaba irse a escribir, que ya andaba mal pues estaba muy deprimido pero que nadie se imaginaba que fuera para tanto, que después me hablaba para decirme más ...

♣

**Oeste**, poniente, ocaso, occidente

**Otoño**

**Tierra**, suelo, terrón, gleba, arcilla, arena, barro, piedra, humus, campo, mies, arado, cerro, monte, bosque, solar, labranza, rancho, granja, huerto, casa, corral, abono, cultivo, surco

**Vientos del oeste**, poniente, algarbe

## Viento de proa

*el otoño se me enreda*
*en los cabellos siempre sopla*
*agreste su poniente bisela campanarios*
*sobreviéneme incauto parpadeo me yergue*
*el remolino revela preñados los solares me genera*
*en vuelo penetra el sueño su amor de claridades sílbame*
*limpios horizontes me quiere advertir que: por el centro*
*de su aliento vivo mudaré sin sosiego elevado de suelo en suelo*
*entre médanos los cerros rodaré y hasta nunca clavaré mi*
*rumor dentro del Bravo oleaje en la figura de una playa injerto*
*al acabar la gira sin obstáculo hasta el golfo*

♣

## *Pasillos*

*All the leaves are brown*
*and the sky is grey*
*I went for a walk*
*on a winter's day*

Hace tiempo que observo lo que sucede en los pasillos, en todos los kilómetros de pasillos que camino, he caminado, que he vivido caminando, todas las emociones que he regado y que he recogido por ellos. Por el pasillo de la María Martínez no entraba la luz más que por las puertas de los extremos, este y oeste, por sobre el piso de madera muy oscura que se oscurecía más cada vez que le pasaban la mota aceitosa para levantar la tierra, las polvaredas que se juntan por todas partes acá, las paredes pintadas de verde tenue, un verde apenas perceptible, las grandes vitrinas de los lados, serían dos o tres las que se erguían apostadas contra los muros norte, los inmensos espejuelos de cada una presentaban al diminuto transeúnte la variedad más extraña de fósiles locales, ratones, chichimocos, lagartijas, conejos, alacranes, serpientes y tarántulas disecados, ahí cohabitaban objetos de toda calaña, de los tres reinos, era un pequeño museo de lo inusitado, por allá colgaba algún mapa, por otro lado los retratos de los Niños Héroes, de Hidalgo, de Morelos, todos desparpajados, sumergidos en la penumbra espeluznante. Las voces tipludas de tanto niño uniformado, sus pequeñas pisadas resuenan por todo el edificio, parece que pisan sólo con la puntita del zapato, como balanceándose sobre las piedras para cruzar un arroyo, algunas volando de ligeras, impredecibles y juguetonas, muy formaditos salen, entran, del recreo, por la mañana, a comer, rumbo a la casa a las cinco y media. Pisadas fuertes de maestras serias que infunden pánico pues casi siempre avisan de algún regaño,

algún castigo pero sin mezclarse con los golpes de las pequeñas suelas alegres, que a pesar de que sufren una disciplina feroz, aún no han perdido la inocencia, no son las cintas multicolores de pequeños tenis raspados, no las cintas blancas de niñas alborotadas, de zapatos blancos de punta y talón y una polaina negra en medio; ninguno de ésos, ni los tacones brincones que juegan a la roña y a los encantados, al engarrótateme ahi y al chinchilagua. Estos son zapatos de muchos ojitos de cinta y medio tacón gordo que llevaban cierto tipo de mujeres por los cincuentas, como de monja, que fabricaban y vendían en La Fornarina, son de piel muy fina, "cuero de mula", pero fieros, castrados, rehúsan la posible elegancia del tacón alto, de la punta estrecha. Los pasillos de la Jesuita, ciertamente más, mucho más aluzados aunque tal vez más tristes, más transitados de realidades metafísicas, la conciencia del pecado, la humillación, la fugacidad de la existencia y la pequeñez humana, son de marmolina vaciada color crema, largos, unos sobre otros, piso por piso. Las paredes blancas desnudas, sólo los números de los salones, algún pizarroncillo de corcho donde cuelga un anuncio que recuerda la fecha límite de un trabajo, alguna tarea, nuevas disposiciones, escritos a máquina o en letra de molde en retazos de papeles de color. Golpes del hule o vaqueta contra marmolina rebotan por los costados, rebotan palabras en inglés, el español está prohibido, contra la dura piedra, voces que se inician en la culpa, mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa, tacones y suelas adolescentes, saltadores, enérgicos a veces, otras cansados, hartos de desplazarse fuera y dentro del convento, hacia la cafetería, a los cuadros pavimentados de básquetbol, a la extensión terregosa donde se camina y camina para expiar cada demérito o donde juegan el Aga y el Lucy fut o beis, pasillos interminables que se dirigen a la oficina del prefecto, del director, a la oficina del hermano Rosenblatt que siempre recibe a quien sea de un golpe en el cráneo con el montón de llaves que lleva



colgado al cinto de la sotana. Los de los petroleros, el Kankakee y el Mississinewa, que los marinos llamaban corredores no pasillos, son estrechos y bajos, apenas cabe una persona de ida, cuando alguien viene, el que va y el que viene se ven forzados a ejecutar una danza elegante, ambos con la espalda pegada contra la mampara que no pared, y eso cuando caminan pues cuando corren es casi imposible, el protocolo exige que uno pare y se planche a la mampara o retroceda y se meta en cualquier escotilla para dejar pasar al otro, los zapatos de gruesas suelas, tacones bajos y puntas redondísimas son cafés, negros y blancos de los oficiales y negros de los marinos, las pisadas fuertes y sonoras, uno sabe, siente el temperamento, la edad y hasta el estado de ánimo de los compañeros que pasan por allí, la alarma más terrible no es la campanilla ni el silbato, son los gruesos golpes, las pisadas de quienes corren a sus puestos, la nostalgia más terrible no son las cartas de casa sino las pisadas lúgubres de quienes arrastran las suelas por la cubierta que no piso. Los corredores de la Unifront, dijo alguno, parecían de escuela secundaria, el piso de tile de plástico y las paredes forradas de cuadritos de cerámica a colores, tierra, verde y rojo. Lustros, décadas de pasos, largos, impersonales, gastadísimos, a las clases, arriba, abajo, más abajo, a la oficina del departamento, a las de los maestros, a la máquina de coca cola, al laboratorio, al elevador, al baño, cuatro pisos, voy, regreso, me fui de nuevo, regresé y me iré, finalmente para no volver. Pisadas carentes de niñez, siempre de gente grande, de desasosiego. Por allí caminé a mis oficinas, la de arriba, la de abajo, a las de otros edificios, a las de los colegas, a lavar las tazas, a traer agua para hacer café, muy de mañana, muy de noche, a pelearme con los jefes, a los seminarios, a buscar papel y el correo, a buscar escaleras para tapar las rendijas del aire frío en verano para no congelarme y del caliente en invierno pues hervía. Allí caminamos juntos mis amigos barrenderos, platicamos con toda la

gente, don Faustino Salomón, Chente, Alberto, Luis Arturo, ellos hoy los caminan por su cuenta, con el Fernandão, con Mandi y los alumnos, chorros de palabras de aliento, de agüite y desconsuelo. Los de Albuquerque, recorrimos de día, de noche. Limpiamos los pasillos, los barrimos, los trapeamos, les dimos cera, les pasamos las aspiradoras, los deambulamos todos de allá para acá, preocupados, muertos de cansancio, otras veces con el pánico de saber las calificaciones, aún otras, pero menos, los corrimos saltando de gusto, tocando el techo con los dedos de alegría, otras muchas nos paramos en los marcos de las puertas de las oficinas a platicar, a fumar, antes de que al humo lo hubiesen declarado asesino, Faros y Delicados. Los tacones puntiagudos de las compañeras cuando iban elegantes, las sandalias, los tenis casi siempre, los Wingtips de agujeritos de los varones muy boleados pocas veces, casi siempre todos jodidos pues qué tiempo ni de acordarse del aseo del calzado pero siempre, siempre arrastrando los tacones. Los zapatos de los maestros gastados ya de tanto caminar por los pasillos del mundo, algunos suavecitos suavecitos, arrugaditos. Ahí anduvieron las botas montañesas al norte de Nuevo México, de ésas que llevan dentro de la punta redonda un protector de fierro que siempre hace escándalo al pasar por las máquinas detectoras de metales en todos los aeropuertos, junto con los jeans azul oscuro y las camisas de lana. Allí me acompañaron los años, tres, caminaron por todos los jardines, por el lodito de invierno, a los seminarios, por los pasillos volados hacia afuera y por todos los parques de la ciudad, siempre junto a las sandalias de las Rosis, las de la grande elegantes y frescas, las de la nena miniaturas con suela de plástico y arco, saltarinas maromeras, después las botas fueron a rasparse contra el pavimento a cada frenada de la moto; los demás zapatos, cuántos habré comprado o me habrán regalado en esta vida, habré tenido que amanzar desde el principio cuando por primera vez te los pones y te quedan pero sabes que por



unas dos o tres semanas te van a pellizcar los meñiques y pulgares pedestres, te arrancarán a cada rato unos pelitos que ni sabías que tenías allí pero que sí están porque duelen como un demonio y a medida que los vas domando van perdiendo su forma original y amoldándose a la tuya y es más difícil bolearlos pues no agarran brillo donde se hacen las arrugas y se van acabando los tacones de vaqueta y de hule por un ladito, según pises, o les pones unos espikes como los tiraslongas que hasta parecían caballos cuando caminaban por las banquetas de las herraduras que les hacían clavar a los tacones grandototes de los Wingtips o las tablitas, chrin, chrin, chrin, chrin... —Orale ése..., hasta que con un agüite de los más terribles la Rosi te hace que te desprendas de ellos como resultado final de la bronca que armaste y tienes que dárselos a alguien más necesitado, como si pedírtelo implicara deshacerte de una parte de tu propio cuerpo, pero con dolor, no como cortarte el pelo o las uñas sino como cuando te desprendes la gasa de una herida o cuando te arrancan las puntadas después de la operación. Sólo me acuerdo de algunos, de aquéllos negros altos y picudos que estuvieron muy de moda durante los sesentas, otros como de piloto aviador, con correa y hebilla, altos y cuadrados de la punta, otros cuando niño que mi madre nos hacía llevar a güevo pues eran verdaderamente feos, llevaban un arco metálico por dentro y además unos como parches protectores de vaqueta más gruesa que el resto del zapato, sobrepuestos a las redondas puntas y talones de aquellas escrepas a cinta. Hoy traigo puestos mis fieles Florsheim, me compré dos pares gemelos hace siete, nótalo, siete años y a dale y dale a diario, ambos negros y cafés llevan tres suelas neolite con tacón, qué maravilla, me quedan como guantes, son del tamaño exacto y de la misma forma de mi pie, pero ya se les está cayendo poco a poco la piel de los lados, donde se arruga sobre los meñiques, la Rosi ya me trae, que si por qué me pongo esas garras de chan-

clas, que doy muy mal aspecto, que mis colegas y mis alumnos han de decir que me estoy muriendo de hambre pues parece que no tengo para comprarme unos nuevos, pronto se les hará un agujerito. Aquí en Las Cruces apenas llevo unos tres años recorriendo los pasillos. La primera vez que los caminé me recordaron los de Albuquerque, me parecía percibir el mismo olorcito y sentir la misma sensación de calma que ya hace mucho asocio con este estado. Aún no me provocan más que repasar los muchos otros.



♣

*Hay cosas que no se olvidan*
*que no se olvidan*
*de nuestra vida*
*hay cosas maravillosas*
*como recuerdos de nuestra vida*
*y la hierba se movía*
*se movía*
*se movía...*
(La hierba se movía: El Tropicalísimo Apache)

Ziiiiiiiip, zeeeeeeeeeeeeep, ziiiiiuuup.

—Descansa un ratito, a ver, muerde, muerde otra vez, más abierto y un poco a la derecha, vas a sentir un poquito más cuando te pula del lado del paladar porque no quise bloquearte por allí pues duele mucho... a ver, muerde otra vez... clic, claaac, clic.

—Mira Pirraco, quiero que sepas que no te visito más seguido sólo porque eres dentista. Si no fuera así, allí me tendrías a cada rato contándote todas las tonterías que se me ocurren, consultándote siempre acerca de las cosas más nimias y a veces hasta te platicaría algo interesante. Pero ¿qué te voy a platicar a ti si tú conoces este pueblo mil veces mejor que tu servilleta? A ver, mejor cuéntame lo de tu abuelo, aquél que fue director de orquesta, que anduvo el camino de Durango a Mazatlán cruzando por El Espinazo del Diablo cuando todavía lo hacían en mula. Sí, pero primero déjame recordarte de Los olvidados.

La primera vez que supe de ellos fue cuando jalaban en un changarro de la 16, se llamaba la Bolería Juárez, era un local amplio con bancas y sofás para siete personas. No me lo vas a creer pero esa bolería quebró por exceso de trabajo. La gente se fue retirando porque

siempre estaba lleno el lugar y no se podía atender a todos. Los que esperaban afuera parados, cansados de esperar, se iban a las otras bolerías. Así se fue acabando el negocio hasta que se quedaron solos. La bolería que está ahora se fundó como por el sesenta en un lugar que hoy se llama Callejón de la Mancha y que les viene bien por lo de la mancha, siempre y cuando se piense que se trata de mancha de bolo y no la que quisieron que significara los que convirtieron aquel cuchitril en Plaza Cervantina, ¿tú crees, Cervantes en Juárez? pero que antes carecía de dirección y sólo se conocía por Ignacio de la Peña interiores. Sí, allí, yéndote hacia el sur, vuelta izquierda en la Lerdo, por la Ignacio de la Peña, frente a la Peluquería Continental está el callejoncito, uno de los muchos de la plaza, ésa que se supone sea centro cultural al aire libre para exponer "al pueblo" los valores dramáticos, literarios y musicales de ésta, la mejor frontera de México, sí, allí al fondo a la izquierda están esos vatos que ya deben considerarse una institución juarense, el Beto, el José, el Anselmo, el Chilo Rivera y la memoria del +Alfonso que en paz descanse, que se le pasaron las pinguas, y que se parecía al personaje gordito de la gorrita con hélice de *Los Supersabios*, ahí están Los olvidados. Te lo digo con tanto detalle para que no te vayas a confundir, para que no vayas a pensar que en cualquier lugar encuentras lo que allí. Se trata de algo muy especial, de esas cosas que sólo se dan después de estar a jale y jale mucho tiempo, que se fabrican a grandes jornadas laboriosas como todo arte que valga la pena. Sí, allí se encuentra la mejor bolería del norte de este maravilloso país. Desde que te paras a hacer cola y paso a paso vas acercándote a la puerta, desde que te pega el aroma de la tinta, de la grasa y escuchas el chirrido de los trapos sobre la vaqueta, desde que por fin te trepas al sillón y acomodas los pies sobre los sostenes metálicos ante el amable saludo de los verdaderos caballeros que allí ejercen su oficio, desde que te empieza a arrullar la guapachosa tonada del grupo



Tropicalísimo Apache que se avienta una rola de esas de aquellitas como "La hierba se movía",

*Hay cosas que no se olvidan*
*que no se olvidan*
*de nuestra vida*

—¿Con tinta fuerte joven?

—Simón, te entona la tórica con el Beto porque sabe contar, pausado, como saboreando el momento, te re-cuenta, describe los colores y el aire de las cosas de aquel mundo, que eran los tiempos de la chaviza que se dejaba arrastrar por los ritmos roqueros clásicos de Los Seventeens, los danzones del Fili Muñoz y sus Caballeros Victoria y los muchachos de don Carlos Aceves y don Cuco Valtierra y las chavas flotaban enamoradas bajo la magia escurridiza de las canciones de Enrique Guzmán y César Costa.

—Ese carnal, ahi nomás le encargo que me limpie las costuras para que queden bien blancas. —¿Cómo le va, mi estimado? Sirol, estas botas siempre se las traigo a usté porque es el único que le sabe dar bien al cuero de avestruz. Simón, una vez se las llevé al ruquito de aquí enfrente y en vez de limpiarlas con la cremita ésa que usté les da me las mojó todas con la brocha de agua y el pinche jabón Fab, hasta se me hacía que al pinche avestruz se le hacía el cuero de gallina, pos no ve...

—Oiga, compa, mire nomás cómo traigo estos calcos, ahi le encargo que les dé fuerte y les tape todos los poros porque se me hace que ya la piel anda muy partida... Simón, también el espitcháin.

El Beto es un vato buti de atolle, siempre a la línea con su lisa bien planchada y a sus tiras hasta les resalta la línea por arriba de la rodilla, los calcos brillosos brillosos que hasta parecen espejos negros, objetos de obsidiana, la greña alisadita alisadita con su agua de colonia y todo, allá entonces creo que algunos vatos todavía

traían sus tanditos negros, lisas de seda muy planchaditas que se quitaban y colgaban en un gancho por allí para quedarse nomás en camiseta y en pantalones de caqui, de ésos que traían valenciana y pliegues desde la cintura. Allí entonces se usaba que para que no se arrugara el caqui almidonado las jefitas les cosían las rayas de enfrente y atrás para que pareciera que nunca se desplanchaban...

El Beto y sus compas son vatos son caballeros cabales, lecciones nos podrían dar a todos y nos las dieron en ese renglón; una vez se me salió decir una sandez, de ésas que acá son *vox pópuli*, cabrón o puto o algo así, cuando el Beto la oyó, se volteó para donde yo estaba y con la voz de autoridad y respeto que lo caracteriza desde mi niñez me dijo:

—Oiga, amigo, no es necesario que invierta usted una palabra tan fuerte...

Qué va. Así también los demás de ahí. Si no me equivoco, El Chilo es un ampáyer muy famoso de acá. Que siempre lo mandan llamar de todas partes para que sea árbitro de algún partido, ha estado en todas partes de México y creo que hasta Corea ha viajado como árbitro de los equipos mexicanos, ha sido compa de muchos nombres importantes y hasta de vatos que de acá se han ido a vacilar con las ligas mayores de los iunaites.

Simón, desde la niñez más temprana, desde que muy trajeaditos nos parábamos a hacer cola para bolearnos y a soñar con quien bailaríamos en la tardeada del casino o en los bailes de rompe y rasga que se hacían los domingos en la tarde en el Club Continental, allí pasamos todos desde su servilleta hasta secretarios de estado y jueces de la corte mundial de La Haya si no me equivoco, ese Juaritos de entonces, qué putada le hemos hecho todos, qué malagradecidos hemos sido y para acabarla de chingar, hemos dejado entrar a esa sarta de chilangos culeros que le han hecho de todas y de todo...



Desde chiquillo me sorprendieron la imaginación aquellos instrumentos de trabajo, las motitas al extremo de un alambre que utilizaban para embarrar la tinta, las brochas de pintar que cortados los mangos usaban para lavar el calzado con el agua enjabonada que vertían de un baldecito a la cubierta de una lata de grasa, los cepillos de dientes para limpiar las costuras de la suela, los de cerda gruesa para quitarle la capa seca de grasa que ya tenía rato de haberse embarrado sobre el calzado y los de cerda delgada para sacar lustre, las franelas de colores y los trapos largos y lisos para extraer superlustre, las distintas tintas regulares para teñir, las tintas fuertes para pintar y para cambiarles el color a los zapatos, las grasas del osito, el pingüino, el ajedrez y muchas otras marcas mexicanas y hasta unas gabachas como el Kiwi, negras, córdoba, cafés, neutrales, azules, color vino y blancas y el chorrito mágico azul vidriera del espitcháin que ellos inventaron en Juárez y que ahora ya usan todos los sardos gabachos pues les pasó la receta un compinche chicano que estaba en el Fort Bliss cuando les llevó una botella de varios galones, luego el vato se desapareció ya hace unos 25 años.

*Hay cosas que no se olvidan*
*que no se olvidan*
*de nuestra vida*

Te toca a ti, te sientas en alto rodeado de periódicos, revistas *Alarma, El pavoroso caso, Siempre!*, un chingo de cómix y la última *Caballero*, toda una biblioteca si tú ves, saludas a la raza que está sentada de a perico como tú y a los maestros boleros, están hablando de beis, que el jonrón de Higuera que se aventó ayer, que los porcentajes, que los famosos Indios y sus últimas hazañas, que si vas a ir al partido del sábado que va a estar de aquéllas, no te lo pierdas, el Beto saca un cepillo de cerda gruesa, lo pone sobre la tablita que sale por debajo del banco donde estás sentado, observas que cuidadosamente te enrosca la bastilla del pantalón para que no se

manche, te coloca derechos los zapatos sobre el sostén de fierro en forma de suela y te amarra las cintas con cuidado, vuelve a tomar el cepillo de cerda negra, pasa las cerdas sobre la mano izquierda un par de veces y luego empieza, despacio, como cariñosamente, a limpiar el polvo del calzado, en seguida guarda ese cepillo y toma una motita, la sumerge en un pomito de tinta fuerte negra, azulea de lo oscuro, la pasa únicamente por los lados de la suela de cada zapato, el sol de mayo entra como estruendo de trompeta por la puerta abierta y por las ventanas, te pones la mano extendida sobre los ojos para ver mejor, en eso te llegan de lleno los olores de los elementos del mester de bolería, el perfume de las grasas entre dulzón y diáfano como la gasolina o la nafta que usan en la tintorería, los de las tintas fuertes que te recuerdan los olores del ferrocarril, luego pasa el Beto a cubrir la piel con manoteo fuerte y rápido, para que no se esfume pues el fuerte es un elemento volátil, sigue la espera, hasta que la capa toma un color tornasol, entonces el maestro toma una garrita negra especial para limpiar esa capa, la pasa por todo el calzado y saca otra garrita, ésta como restos de camiseta o de alguna prenda interior, de ésas que son flexibles y permiten amarrarse alrededor del índice y el cordial de la mano derecha y lo suficientemente larga para sujetarla apretada entre el cordial y el anular, prosigue a poner una finísima capa de grasa seguida de otra y otra y muchas más, hasta juzgar que todos los poros están cubiertos, luego con un cepillo de cerda ancha va sacando el primer lustre a su faena, de nuevo se amarra la garrita y le pone otras capitas, las va quitando con aquel cepillo y finalmente, después de unos veinte o veinticinco minutos se lanza al golpe de gracia, toma el cepillo de cerdas finas, de nuevo las acaricia con la palma de la mano izquierda y dulcemente lo pasa y lo pasa por sobre el calzado, poco a poco emerge un brillo increíble, cuando tú ya estás seguro de que te va a dar un par de golpecillos por debajo de la punta del zapato para



indicarte que ha terminado, saca una botellita del líquido azul vidrio, sacude unas gotas sobre la punta y con una media de nylon comienza a frotarlo rápidamente, sigue esparciendo el líquido que sale a gotas de un agujerito que ha perforado en la tapadera del frasco, sigue frotándolo por los lados y por el talón, luego lo mismo del otro lado y con el otro zapato, finalmente toma el trapo liso, lo enrosca por los extremos hasta que juzga que está del largo correcto para pulir, lo extiende y lo truena una, dos veces y luego lo aplica con fuerza sobre el calzado, lo jala rápidamente de un lado para otro, pausa un poco, como para examinar su trabajo, lo vuelve a jalar de aquí para allá, esta vez con más fuerza hasta que se desprenden unos chirridos como si el zapato se quejara, sólo cuando está satisfecho lo enrolla y te da los golpecitos en la punta de la suela.

—Servido, joven.

Te levantas, le das las gracias, le pagas la modesta suma que se anuncia afuera del changarro como cobro por la creación de esa maravilla. Cada vez que vas te quedas igual, atónito ante la destreza del maestro, boquiabierto ante el producto de su labor. Los zapatos te han quedado mejor que nuevos, nunca los habías visto brillar de esa manera o si lo habías visto evidentemente ya *se te había olvidado, se te había olvidado.*

*hay cosas maravillosas*
*como recuerdos de nuestra vida*
*y la hierba se movía*
*se movía*
*se movía...*

♣

El jumbojet de American se meció bajito sobre las corvas colinas punteadas de olivos que asedian Madrid. Reconocí el paisaje pero en otro territorio, el ascenso de Albuquerque a Santa Fe, dislocados los sentidos, la orientación. Algo parecido debe sucederle al chileno que llega

al noroeste americano. Descendimos al aeropuerto, al silbido de las eses y a las ubicuas zetas, a la peste de Ducados y jamón serrano. Muertos. A pleno sol cuando es de noche por dentro y a correr para alcanzar el Iberia que parte para Alicante. Allí, bajo otro sol y humedad intensa, tropical, mediterránea, el rostro quemado de verano, Arturo espera. Nos monta en su Seat y echamos a correr por carreteras delgadas como hilos, siempre rebasados de motos y carros aún más apurados por llegar a las playas atiborradas de mujeres desnudas, al conmovedor alarde de limones, mejor sería llamarles melones, colgados de múltiples ramas suspendidas hasta el suelo de la floresta que tupe la región y raya sobre la laguna color de rosa, salada, de Torrevieja. En la inmaculada casita de Arturo, cercada de laureles rojos, tumbados en sillas playeras sobre la terraza de piedra, discutimos de lo que nos importaba y de lo que no nos incumbía, nos sumimos en el *Mare Nostrum* y nos empapamos con la manguera, Arturo nos trajo por los mercados, me enseñó a preparar la salsa con dentros y vino morado y a cocinar el conejo, bebimos Mahou, abundante y prodigiosa cerveza Mahou, a las tres, a las cuatro de la mañana y volvimos a dormir y a comer hasta que se cumplieron aquéllos, los mejores días de aquel periplo para luego largarnos a recorrer el vetarro continente. Arturo me lo previno a gritos, me lo pronosticó, me regañó, me hizo saber que estaba por cometer un gran error y no le hice, no le hicimos caso, claro, cómo íbamos a hacerle caso si éramos los grandes viajadores, los trotamundos veteranos dispuestos a avenirse a todo y a todos. Por fin, agüitado, nos llevó a Alicante, a comprar los boletos de las literas. Muy temprano, otra mañana nos dijo adiós en la estación del tren.

*We were to travel on the Spanish Talgo from Alicante to the French border; transfer to a French train at Cerbere. We paid 800 pesetas for train reservations and 6828 pesetas for the couchettes.*



De Alicante a la frontera el Talgo es una maravilla. Los carros son más amplios, más chaparros que los de nuestros trenes, con unos ventanales enormes, butacas como sillones y a cada rato pasa un señor con un carrito atorado de tortas, bocadillos dirían los gachupas, de jamón serrano, cerveza y vino, empinas el pico verde de la botella cuajada y observas la geografía por la ventana o miras una película de la guerra civil por un monitor a colores que cuelga desde el techo. Te repites que este sitio tú ya lo conoces, que es igual que el camino de Juárez a Villa Ahumada, de Bermejillo a Torreón, el suelo seco, arenoso, las plantas, gris y olivo, los cerros pelones, pero no, no es igual porque del otro lado está el Mediterráneo. Pasa Valencia y tu memoria marinera te recuerda el café tostado de los edificios de ladrillo, de la plaza de toros, cruzan los naranjales empolvados, se marchan rumbo a Tarragona, a Barcelona, allí lejos pasa Gerona por la tarde y al fin se acerca la frontera, otra frontera. Es el 14 de julio. El pueblito de Cerbere no está dormido sino muerto. El hambre nos jala rumbo al aroma de una pizzería de frente al puerto, al aire libre. Frente a nosotros comen y beben unas bestias peludas, malolientes y gritonas, unos skinheads ingleses. Ya saciados invadimos el pueblito, recorremos callejones hasta llegar al quiosco. Tomamos helado a la sombra de un tejabán. La plaza está vestida de bandera francesa. Oscurece pronto. Una banda de guerra lugareña inicia con vientos La Marsellesa y sigue con redobles de piezas populares. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos elegantes bailan sobre el cemento, las luces tricolores que cuelgan de los árboles y de las esquinas de los edificios, las camisas blancas almidonadas y los sombreros de paja se iluminan, niños y niñas vestidos de domingo se mezclan entre los viejos, se empiezan a repartir los fuegos artificiales, las estrellitas y todo se vuelve un juego de luz. Se está haciendo tarde. Según el boleto a las once y media sale el tren.

*When we tried to board the train at Cerbere, we were met with pandemonium. First, the cars were not marked so it was impossible to tell which were first and which were second class. We were forced to jump onto the car in front of us because the train started to move. It was leaving early. There were so many people already on the train and so many others trying to board that we could not move through the corridors to find our compartment. The lights were turned off inside. We could not read what was written in the cards on the compartment doors. After groping along the entire length of this seemingly interminable train, stepping on baggage and on people sitting wall to wall inside compartments and along the corridors, I was fuming. I found our compartment in a second class car. I finally groped back to the car we had boarded. It was now close to one in the morning. We picked up our bags and slowly started to make our way through ten or eleven rocking cars full of people. We had gotten through about four of them when we came to a door between two cars. It had been locked by the conductor. A dozen people were already there and it became increasingly difficult to stand and wait. The heat and the humidity were terrific. More people arrived and stood in back of us. There were people sitting below us. There was no place to set down our bags. We could neither go back nor forward.*

Del lado derecho estaba un sudafricano. Se veía muy preocupado porque algunos ya no podían respirar y el calorón se iba haciendo insoportable, las gotas de sudor se habían convertido en chorros. Algunos nos precipitamos contra la puerta y desesperados, iracundos, con ganas de matar, empezamos a golpearla, a tirarle de patadas, a gritar insultos y amenazas en muchos idiomas, que si el puto del conductor no abría la puerta al instante le íbamos a hacer su pinche puerta añicos y que si nos daba cualquier lata le íbamos a partir la madre, lo íbamos a descuartizar y luego le íbamos a romper el alma. Mientras la cólera colectiva montaba, el sudafricano le dijo a la



Rosi chica que iba a tratar de abrir la puerta un escante para que entrara un poquitín de aire, aquélla no tuvo tiempo de contestarle, el tipo le dio vuelta a la manivela y la puerta que se abría hacia donde corría el viento se voló. En cámara lenta vimos al tipo levantarse del suelo y volar agarrado de la manivela. Igual de despacito vimos la mano de la Rosi chica prendérsele del hombro de la sudadera y salvarlo de desaparecer en la oscura noche del bicentenario francés. Entró una ráfaga que nos secó a todos al instante. En medio del griterío y ante la sordera del conductor sapo, la multitud entera cayó en el peor de los absurdos, empezamos a registrarnos las bolsas buscando una llave que cupiera en el cerrojo de la puerta, como si por milagro o por el hecho de que lleváramos llaves éstas fueran a poder abrir un cerrojo tan especializado como el de una puerta de tren. En medio del desmadre a todos se nos ocurrió pedirle consejo al de enseguida o al de atrás y todos nos empezamos a hablar en las lenguas que sabíamos para poder comunicarnos. Volteé hacia atrás y le pregunté a unos jóvenes que parecían africanos —*¿Hablan español? Parlez vous francais? Do you speak English?* y uno de ellos me contestó —*Yes, I speak English: door, table, fork, knife...*

*After about an hour, the face of the conductor appeared on the other side of the glass. He was extremely rude to us. The impossibly irate mob attacked the door once more, shouting, screaming, wanting to dismember him right then and there and to throw his body parts into the night. From the expression of richtus on his face, I am sure that he felt the size of the danger, true fear helped him open the door. At around two in the morning, we reached the compartment. We went to sleep. At 6:30AM the conductor came by and asked for our bedcovers. We were at Vintimiglia, on the Italian border. Drowsily we complained that we were still sleeping. The ugly French conductor told us that the bedsheets were French and that we were now in Italy and that he was not concerned for*

*our sleep but only for recovering the bedclothes. He didn't stop there. He forced us to get out of our couchettes while he rearranged the compartment to sitting positions.*

*—Adieu, pauvre con, porco, cretino, figlio de tu putana madre.*

Benvenutti a Italia. A las doce entramos a la estación de Génova. Ibamos a Padua. Para llegar allí todavía debíamos tomar un tren a Milán que partiría de allí quién sabe cuándo y luego tomar otro de Milán a Padua. Ya estábamos cansadísimos del tren, sin dormir, alterados por la violencia de la noche anterior y de las actitudes prepotentes de estos putos europeos que tanto se las dan de civilizados y de cul(t)os. Quisiera verlos en mi tierra tratando de viajar como lo hacen aquí. Primero, si es en el norte, seguro que los bañan a jabón de lejía y estropajo para quitarles lo fétido y luego los dejan lisitos lisitos con una madriza de a de veras pues allí no gritamos cuando peleamos. Nos dedicamos a partirles la madre sin hacer ruido. Mejor rentamos un carro pues si nos íbamos en tren llegaríamos a media noche y seguro que sería de nuevo sin dormir.

*We rented a little, white Fiat Uno, stuffed the bags in the minitrunk and started our trek on the wonderful, supermodern autostrada. The trip through the green countryside from Genoa to Piacenza to Cremona to Brescia to Verona to Vicenza gave us back our collective smile, the radio played polkas and the AGIP roadstations had delicious sandwiches, wine and real coffee, the kind Americans call expresso but Europe and Latin America call simply coffee. We arrived in Padova in the late afternoon.*

Para variar, en el hotel Al Giardinetto de Padua también nos chingaron. Mucho antes de llegar, yo había mandado un pago parcial por correo. Negaron haberlo recibido aunque sí tenían nuestra reservación. Ibamos tan cansados que preferí no hacerle caso a la encargada italiana prepotente y grosera. Nos fuimos a dormir y me



quedé pensando en lo increíblemente buena onda y civilizados que somos los mexicanos y cómo nos preocupamos por acoger a los putos extranjeros siendo que se lo merecen una pura madre. A un lado del hotel se encuentra el famoso parque del Prado, una inmensa plaza en forma de elipse cubierta de pasto. Al fondo queda una serie de edificios de altos sobre unos arcos. Por la noche, ya descansados y limpios, por fin habíamos encontrado un baño desde que salimos de Torrevieja, caminamos para allá todos. Bajo los arcos estaba un restaurante agradable, manteles limpios y un ambiente tranquilo. Nos atendió un señor serio y muy atlético de camisa blanca muy almidonada. Pedimos los favoritos tortellinis rellenos de queso que la Gabi empezó a buscar en todos los restaurantes de ésa y otras ciudades italianas, concluyendo por fin, después de un sinnúmero de probares, que los mejores siguen siendo los que sirven en el restaurancito al aire libre que está directamente al cruzar la calle de la basílica de San Antonio de Padua. Pues todo estaba *de lo más bien*, como diría la cubanísima Ceci, nuestro mesero sirvió el agua y el vino y nos trajo unos panecillos deliciosos mientras estaba el plato fuerte, mientras tanto platicábamos del viaje hasta allí y planeábamos seguirlo el día siguiente hacia Venecia. Tan distraídos estábamos que no nos dimos cuenta de que por la acera bajo los arcos se acercaba a nuestro lugar un joven medio jipi. Los meseros platicaban también en bola enmedio del lugar. Pronto escuché alzar la voz a nuestro mesero, volteé a tiempo para ver y oír la cachetada y el estruendo que nuestro mesero le propinaba al jipi. Este último, muy quitado de la pena, se vuelve y regresa por donde vino. Nuestro mesero entra al restaurante, trae nuestra orden y regresa a seguir trabajando dentro. Nosotros pensamos que el asunto había terminado. Nada, a los quince minutos vimos cómo el jipi regresa y se mete al restaurante y le empieza a gritar al mesero. El mesero, silencioso esta vez, se abre y le atasca otras dos galletas. El jipi sale muy

espichadito y desaparece en la noche, o cuando menos en la parte de la noche que permanecimos allí.

*The next morning, we took the train to Venice.*

Durante el corto viaje recordaba la belleza inigualable de la Serenísima, de sus pulcras plazas, de sus alegres y bien ordenadas calles y canales, de los lugarcitos ubicuos, coloridos y cuidados, de las orquestas que tocan sobre estrados en la Piazza San Marcos, del bonito hotel en que nos quedamos el último viaje sobre un lindo canal por donde se deslizaban góndolas negras hasta muy entrada la noche y en cuya recámara el radio empezó a tocar congas y rumbas como en casa, los viajes en lancha a Murano y a Burano, sopletes de vidrio como en Juaritos, cerca del puente allá hace mucho y las toallitas y manteles tejidos como los que le traían a venderle a mi mamá unas viejitas de Durango y Zacatecas, los paseos por los pequeños campos o placitas de aquí y de allá, frente a la universidad, en el barrio judío y los hermosísimos vaporetos, las ruteras acuáticas que se mueven por el agua con la gracia de bailarinas obedeciendo semáforos y tránsitos lagunescos. Recordaba cómo el viaje anterior un seudomaletero de ésos que aparecen de nadie sabe nadie supo se acercó a nosotros mientras bajábamos las maletas de la cajuela del Opel Cadet rojo que habíamos rentado en Doitchland, se jalaba el pico encharolado del quepis marino que lucía más gris que blanco y nos prevenía que tuviéramos cuidado con los *ladri*, ladrones, que por ahí mucho abundaban y que agarra nuestras maletas y sale corriendo rumbo al muelle. Corrimos tras él creyendo que nos habíamos chingado, otra vez, cuando las aventó sobre la cubierta de una lancha de madera pulida que estaba por partir. El chófer de la lancha, otro fornido atleta a la Víctor Mature se le queda viendo, se le acerca mucho, casi tocándole la nariz con su nariz y despacio configura una seña con la mano mientras hace un gesto, junta todos los dedos como si fuera a decir acá en México que eran muchos, se lo



coloca frente a la nariz y frunce el visaje como si estuviera oliendo a mierda. El chaca chaca de los rieles contra las ruedas de metal me avisa que ya vamos llegando, ya vamos sobre un carril levantado en pontones por arriba de la laguna. En la estación tomamos un vaporeto que nos lleva por el Gran Canal. Ya acercándonos a la *Piazza* San Marcos, observamos un inmenso foro que se mece sobre el agua. A medida que nos acercamos nos damos cuenta de que todo, la plaza, los muelles de ambos lados de los canales, están cubiertos de gente, unos sentados, otros acostados, otros parados y unas como serpientes de perambulantes se arrastran por todas las pequeñas calles de esta otrora hermosísima ciudad. Desembarcamos entre aquella hedionda humanidad. Caminamos a pasitos, tras miles de otros que no sabían ni a dónde ni por dónde iban, sólo preocupados por no pisarle los pies o el pelo o una mano o la mochila a cualquiera de la turbamulta de jipis europeos, que es decir como al triple de cochinos que los nuestros, y atravesar la plaza de San Marcos hacia la otra Venecia, la que recordaban y recordábamos. Caminamos y caminamos buscando aquella ciudad prístina, de luces y reflejos de luz, de chispeantes colores, de vitrales y tejas recién lavadas, de callejones misteriosos y de explanadas bañadas de sol, de cafecitos al aire libre, de bodas frente a los templos todas de blanco y negro, de góndolas y de cancioneros sobre los canales. Atravesamos la ciudad, nos agotamos y no la encontramos. Finalmente, ya en algún lugarcito lejano donde la chusma no encontraba ningún interés paramos a comer alguna cosa. Entré a pagar y le pregunté a la señora que atendía qué pasaba, qué había sucedido con la pequeña joya del Adriático que a todos nos había enamorado una y mil veces. Ella hizo un gesto de fastidio y me contestó como si me no me revelara ningún secreto sino una verdad fundamental de plomería, —*Mire, Venecia es como una cloaca, usted le suelta y se va toda la mierda...*

*In a couple of days, after the Italian Army was called in to help clean up the city, a hill of trash 20 feet high was gathered in the middle of the Piazza San Marco, we were ready to leave. We went to the Eurail Adriatica Lines. We wanted to travel to Brindisi by train and then use the Eurailpass to sail to Patras by ferry. We were informed that there was no space available for passage to Greece on Adriatica for the next two weeks, that if we wanted to go there we could travel to Brindisi and try to get something on the spot.* Pinche Eurailpass, puras mentiras. *So we took the train to Bari. We reserved a first class cabin and were charged 275,200 lire which I really thought excessive considering we had already paid for first class Eurail passes. In Bari we were told that Adriatica only sailed on Fridays and only to Dubrovnik, but that Ventouris Ferries sailed that night to Patras.*

Compramos los boletos muy de mañana y esperamos a que Pasquale abriera el depósito de maletas. Mientras esperaba, me di cuenta que fuera del edificio del embarcadero platicaban muy animadamente tres uniformados. Entendí que discutían acerca de las revoluciones, de la rusa, la italiana, la francesa, la china y hasta la cubana pero que ninguno había mencionado la mexicana. Me acerqué y ellos como la cosa más natural me incluyeron en su plática. En mi italiano mocho les dije una que otra cosa acerca de nuestra revolufia y ellos muy contentos, creo que me entendían y que yo no estaba tan pendejo. El más simpático del grupo, un marescialo de rango de la policía fiscal aduanera que se llamaba Filipo Gianelli, me preguntó mucho acerca de mí y de mi familia y yo encantado de estar platicando con gente de Bari le hice la historia con detalles. Ellos tenían que irse ya y nosotros también pues ya había llegado Pasquale pero el oficial me dijo que esperaba verme de nuevo a la hora de salida del barco pues quería invitarme a tomar un helado. Salimos a pasear por la linda Bari, de cabo a rabo, por el pueblo viejo eternamente encalado, a lo largo de un mercado sobre ruedas yugoeslavo en donde se conseguía todo lo soviético que uno quisiera y se compraba mezclilla de la que fuera, íbamos pasando muy quitados de la pena cuando un grito espavorido me hizo saltar, era un vendedor de *pesce* que me había gritado esa palabra con toda la fuerza que le permitían sus pulmones, luego nos subimos a los autobuses de la comuna de Bari que eran gratuitos para todos los que los requirieran, después de un corte de pelo en una peluquería de barrio y una opulenta comida en un café callejero regresamos al embarcadero en donde ya esperaba el barco. Buscamos a Pasquale, sacamos las maletas y nos sentamos a esperar el abordaje. Llegó mi amigo el marescialo, le presenté a toda la familia y mientras platicábamos me percaté de que unos raros, medio árabes, comenzaron a hablar con mis hijas, el marescialo me tomó del brazo y me llevó a comprar los helados, mientras pagaba me preguntó que si los raros aquellos eran amigos nuestros, yo le dije que no, que allí estaban cuando llegamos, luego me pidió que desde lejos le dijera cuáles exactamente eran nuestras maletas, yo se las describí una por una y de repente vi que mi amigo corría y les hacía señas a otros oficiales, todos se abalanzaron sobre los raros, mis hijas quedaron frías, los agarraron y registraron sus maletas y resultó que llevaban grifa empaquetada, luego supimos que les habían pedido a las niñas que les cuidaran las maletas mientras iban a comprar algo de comer, el marescialo quedó muy contento con nosotros pues le habíamos ayudado a resolver un caso más o menos delicado sin darnos cuenta siquiera, nos pidió que tomáramos nuestras maletas y que lo siguiéramos, nos llevó hasta el ascenso y les dijo a los encargados que nos dejaran subir, que éramos personas muy importantes y que él, el marescialo Filipo Gianelli de la policía fiscal italiana se hacía responsable de nosotros, le dimos un caluroso abrazo y subimos cubierta tras cubierta hasta llegar al centro del barco y luego bajamos hasta llegar a nuestros camarotes que

estaban muy abajo y cerca el centro de gravedad de la nave, al principio nos pareció un poco feo el lugar pero cuando el barco empezó a bogar nos dimos cuenta que el local del camarote era perfecto pues casi no se movía. La Rosi chica nos dijo que ya estaba muy cansada y que se quería bañar porque se sentía muy pegajosa, entró al pequeño cuarto regadera de al lado por el pasillo frente a los camarotes y se dio su regaderazo, ninguno de nosotros se dio cuenta que entre el momento en que entró hasta que oímos el primer grito desgarrador, desaforado, algún empleado del barco había pasado por ahí y había cerrado con llave la puerta del bañito. Pues a correr. Mientras los pasajeros apenas entraban a sus camarotes y cada quien se acomodaba, Gabi y yo corríamos por todo el barco buscando al tipo de las llaves o a cualquier persona que nos pudiera ayudar, por fin, después de largo rato lo encontramos y la salvamos de la claustrofobia y del vapor. Pasamos el Adriático con tremenda calma, tomando café frapé a cada rato y jugando a la canasta en la sala del bar.

*After docking rapidly in Cephalonia, we arrived in Patras. The next leg of our trip we made on a bus that rode the entire northern coast of the Peloponesus until reaching the Straight of Corinth, after about four hours we came into Athens.*

En la cuadra donde empieza la Odos Atinás, junto a las callecitas que pasan por Monastirakis y el mercadito que van a dar al Acrópolis por la derecha y a Plaka por la izquierda, queda el Hotel Átalos, nuestra residencia mientras estuvimos en esa extraordinaria urbe, limpio, cómodo y elegante aunque nunca se las dieron de que era un hotel de lujo. Nos decíamos asombrados que Atenas se parecía mucho a Juaritos, medio mal trazada y como que desparpajada y a cierta hora como el tráfico es exactamente el mismo que te encuentras por la Vicente Guerrero y Mariscal, las personas también, el mismo color de piel, medio hoscas, gritonas pero sonrientes y chifladoras.



El metro, los taxis y camiones que se desplazan hasta Pireus y sus enormes flotas de petroleros, cargueros, yates, cruceros y demás, esta ciudad muy de este siglo como la capirucha, sentada sobre muchas antiguas como en capas de arquitectura y tiempo. Después de salir completamente deslumbrados del Museo Nacional, allí donde reconociste los mármoles y bronces que habías encontrado sólo en retrato en las enciclopedias, como Leda y el cisne y el Apolo dorado, la caja de los restos de Felipe, el padre de Alejandro Magno y cosas por el estilo, salimos a la calle (*odos parakaló* dirían ellos). La Rouse chica quería arreglarse el pelo. No sé ni cómo encontramos un peinador en un tercer piso de un edificio que quedaba a unas cuadras de la avenida principal que recorríamos, como en esa parte del mundo los significados de los gestos y los movimientos son muy distintos, como también los de las palabras, si mueves la cabeza para arriba y para abajo quiere decir que no y si la mueves de lado a lado quiere decir que sí, *ne* quiere decir que sí y *oji* que no, a la Rouse le enseñó el *coiffeur* un tinte rojo tirándole a morado y le preguntó en griego si le gustaba, todos medio entendimos la pregunta y la Rouse negó en definitivo moviendo la cabeza de lado a lado, pronto le pintaron el pelo y ella, fúrica, no comprendía tan absurdo desenlace. Luego el *coiffeur* tomó de la mano a la Gabi y sin preguntarle nada a nadie pronto le esponjó el pelo y de unos tijeretazos se lo cortó como le pareció, afortunadamente aquí no le falló, la Gabi quedó contentísima.

*After Athens, we were ready to travel once more, now we were bound for Thessaloniki and then for Yugoslavia, but by now we were angry at having to pay so much more for our train travel and not having been able to receive first class accommodations. We went to the Athens train station only to find the Cerbere nightmare repeated. The entire station was jampacked full of smelly, backpacking Europeans waiting to spring on board. The train finally arrived and we were lucky to get onto a dirty*

*second class wagon. The next eight hours and a half were pure hell. We travelled sitting in a corridor, but that was alright for we were almost there.*

*After three days in Thessaloniki, we wanted to continue on. We talked about the possibility of going any other way but train. We checked with car rental agencies and were informed that we could only rent a car and deliver it in Greece, that travel to Yugoslavia was not possible that way. We went to the bus station and asked whether we could book passage to Skopje and were told that there were no buses north, that the only alternative was the train. By this time I was almost ready to cancel the entire trip but, motivated by my daughter's and my wife's comments about their desire to go to Yugoslavia by whatever means, I ground my teeth and went to the train station. It was our bad luck that on the previous day, the first four of our 15 day Eurailpass tickets ran out. I went to the international reservations desk at the Thessaloniki train station, got the second set of Eurailpass tickets stamped and bought FIRST CLASS RESERVATIONS for 7000 dracmas thinking that this way it would be impossible for us not to get the seats we had already paid for. We got on the train against all odds. We carried our bags over our heads so as not to bang them against the people seated on the floor. We found the compartments assigned to us and there were people sitting in our seats. We showed them our tickets, after meticulously checking that we were on the right train and the right car, only to have them pull out identical tickets that they had bought in Athens. I then asked my family to debark the train for we were not about to repeat the experience of sitting in the corridor we had just gone through, except this time there was no sitting space on the floor. My wife and daughters were able to make it off without incident but when it was my turn to get off I was pushed, bags and all, and landed on top of Gabriela, my youngest daughter, who sprained her finger from the fall.* Al caer me entró una furia diabólica, me



erguí entre las vías mientras las muchachas cruzaron al andén y me gritaban que las siguiera, yo, sordo, me dediqué a retar a todo el tren, les gritaba en todas las lenguas que sabía que se bajaran que cuando menos algún valiente tuviera la fortitud intestinal de entrarle al toro, que no fueran maricas, que se lo decía un mexicano que quería partirse la madre con cualquiera de aquellos pinches putos europeos pero la respuesta fue el silencio y las caras que me juzgaban loco, en eso oí los gritos despavoridos de mis hijas y mi esposa que me decían que me quitara de allí, luego oí la máquina de patios y el pitido urgente. *I was furious with Eurail for advertizing falsely and with the Greek railway system for selling the same tickets twice. I went to the international reservations desk and told the clerk what I thought of their unfortunate train system and asked him for my money back which he promptly returned. I then proceeded to Olympic Airlines and booked passage from Thessaloniki to Athens and from Athens to Rome where we were to catch our flight home.*

♣

Desde el último piso del albergue Átalos sobre la *Odos Atinás*, muy próximo a la *Platia Monastirakis*, cae la tarde y alumbra de rosa el Acrópolis. La pequeña torre de la iglesia ortodoxa tañe las seis y los gritos del mercado que durante el día se ha montado entre este sitio y la *Platia Omonia* ha dejado de enviar su gritería y sus colores vegetales hacia los altos. Has caminado todas las calles, te desayunaste un café turco y unas baclavás pegajosas en una esquina, seguiste andando, te asomaste en todos los escondrijos, descubriste las ferreterías, las tiendas de aparatos raros, las biotecnias que después supiste eran fábricas de ropa, te acordaste de aquel viaje, hacía veinte años hasta allí, que desde tu habitación en el albergue de la *Platia Theatrou* observabas hacia abajo y te encontraste conque, por la ventana de un edificio próximo,

había muchas máquinas en serie que cosían lienzos de tela y los cambiaban de posición a cada instante para seguir cosiendo pero que no estaba nadie allí, nadie que operara lo que te parecieron antiguas Singer, biotecnias.

♣

Despegamos, ahora me asomo, el sol ilumina los jacales blancos, las mañanas polvorosas allí abajo. Una terrible niebla de smog café-gris cobija el desierto, nos mecemos sobre Samalayuca, las olas blancas de los médanos abrazan el páramo plagado de arbustos diminutos, los arroyos son como surcos negros destinados a quebrar la amplitud del llano, una sierra negruzca y pelona corta vertical el aire hasta la panza de la nave. No alcanzo a divisar el fin del horizonte, unas nubecillas se adhieren a la montaña como pequeños defectos sobre una ola de mármol gris mutante, deforme en su álgido vaivén. Los rebaños de cirrus persisten estáticos ante la ventanilla. Allí, adelante, la altísima mesa lisa ante algún pico, el valle del Conchos como adorno verde y plata y unos cerros arrugados dispuestos como los hilos de un arpa al sur de La Laguna. Nadie va enseguida que me distraiga, apunto la rendija de aire frío sobre el cigarro y me acomodo a beber el alcohol tranquilizante, la hoja blanca revolotea, se deja meter en su lugar bajo el carrete de hule.

Volamos alto ya, el piloto ha apuntado el proyectil hacia la bella y monstruosa ciudad de los volcanes. Me dijo un conocido que a varios amigos suyos los han asaltado, en el restaurante, en misa de doce, en el trolebús, en el camión, en el pesero, en el Bosque de Chapultepec y hasta en los andenes que cruzan sobre el Periférico. No lo dudo, debe ser parte del Plan Global de Desarrollo. Un taxista explicó que iba encerrado en una jaula construida expresamente alrededor del asiento de su minitaxi, porque todo era ya un desmadre, que no aguantaba más la vida en la ciudad, que antes de salir a la calle ya llevaba tres mentadas pues temprano se había peleado con la



fiera o con la raza que se avienta sin importarle si uno va bien o enfermo, que todo lo que importa es ahorrarse unos minutos, tal vez segundos, tú crees que vas tranquilo con tu novia o tu esposa y sin más, algún cabrón se le queda viendo como si fuera un cuero nunca visto o el animal más raro. El avión se llama Cancún, matrícula XA-AMA, ya he volado con este piloto. El ala se inclina sobre la frazada blanca, allí abajo pasa un pueblito que espera el sol como Demóstenes. Es hermoso jalar por el aire y llegar allí en dos horas en vez de veinticuatro por tierra.

♣

Nos fuimos a Veracruz. Paseábamos por el malecón cuando nos topamos con una muchedumbre que esperaba la llegada de una fragata de las que acompañaba al rey Juan Carlos en su visita, ahí estuvimos parados todos en el muelle con la boca abierta divisando cómo atracaba el buque de guerra, observando cómo amarraban las sogas a las cornamusas y vigilando a los marineros vestidos de gala que izaban el pabellón rojo y oro mientras largaban la plancha hacia el muelle. De pronto, uno de los muchachos que nos rodeaban peló un grito a los marinos que seguro se sentían de lo más chingones por ver tanta gente arremolinada a su llegada,

*—¿Qué, y ahora no nos trajeron espejitos y cuentitas, cabrones?*

♣

Nos largamos a Yucatán, a la única provincia que faltaba. Llegamos a Mérida después del vuelo sobre la altiplanicie, los volcanes, la Malinche, el Citlaltépetl y la bajada de cuarentaicinco grados que parece cortada a filo de navaja hasta las playas del golfo, el avión apuntó la nariz y volteó el ala sobre las cabezas jarochas para enfilarse por el mar en línea recta hasta la península. Antes de aterrizar avistamos el rectángulo, Campeche, Yucatán, Quintana Roo,

una mesa de billar de selva y arena contra el gris marino, cubierta de infinidad de nubecillas, por fin descendíamos paulatinamente, la humedad nos creció por todos lados, la pegazón y el calor desconocidos, quisimos guarecernos a la sombra, como acá, donde baja de diez o quince grados el calor seco, sucedía todo lo contrario: sólo la brisa nos aliviaba del bochorno, sólo el glorioso aire refrigerado del hotel nos regresó la cordura después de andar caminando por el incendio de calles amables y blancas, inhalábamos el frío ante la reciente imagen de los gallardos frontispicios, los corintios capiteles de las columnas y los barrocos campanarios, los sillones de amor en vez de bancas para esperar el camión en cada esquina, las sonrisas a flor de labio y el canturreo del yucateco, inhalaron el frío muchos minutos después de ambular por fábricas de guayaberas, de vestidos, de telas, de acarrear con todo lo que pudieron sin desfalcarse, querías inhalar el aire frío sin tregua, consciente de la guayabera empapada, transparente, como acabada de sacar de la lavadora, sintieron que algo les sucedía en la garganta, supieron el instante en que se enfermaron pero no pudieron evitarlo pues no podían dejar de inhalar el aire frío, sabían que deberían salir de nuevo, este incidente había de repetirse muchas veces, viajaron a Chichén en un Renaultcito 12 rentado, sin aire, se estremeció tanto que tuvieron miedo de no llegar, quedarse a medio camino, naufragados sin remedio, el radio nos recordó que incursionamos en zonas remotas, separadas del país, el sonsonete de los de allí, —*¡Nó se la ben-das!*, con pausa en el "no" y el "ben" explosivo, escuchan rancheras que suenan ajenas, se ponen a discutir cómo aquí casi ni parecen mexicanos, como que más cubanos o caribeños, no encuentras qué haya en común entre Chihuahua y Yucatán, sólo que sendos yacen en el extremo y que no se identifican con el todo, allí los tamarindos, allí al lado del camino, bugambílea, mango, plátano, ningún cerro, ninguna subidita, dos horas de puro plano, bohíos de piedra blanca, techos de paja



rectangulares y agudos, un montón de pueblitos matizados de colores pastel, placitas, iglesitas desiertas, son las once y te acuerdas que *Only mad dogs and englishmen go out in the noonday sun*, paramos a comprar algo que apaciguara la sed, que apaciguara el pinche calorón, dejo la guayabera, la más delgadita, colgada en el carro, ya no la aguanto, además que no he visto a ninguno que aquí lleve abrochada la camisa, un six de Carta me lo he bebido como agua, hace rato que dejé de limpiarme el sudor que me escurre de la cabeza, chinga veinte pinche carretera, al principio ancha se va haciendo más y más estrecha, un chinguero de bordos a cada rato y los putos camiones foráneos, camionetas y chilangos en Volkswagen que se dedican a pasarte a mil de frente y por atrás, sin siquiera decir —*agua va*, poniendo en artero peligro su salud, eso cuando no llevan a todo el mundo a paso de tortuga por ir muy pesados o lentos, por fin, allí, tras la maleza, la Rosi descubre la pirámide, la señala con el dedo, sigues, entras, llegas al horno, alguien pregunta en francés, en inglés, en alemán, un japonés te apunta con una supercámara de video, a lo lejos escuchas hablar en español, la plaza ceremonial, no es como Teotihuacan, aquí todo es del tamaño de la gente, subir y bajar la escalinata no debió causarte parálisis ni vértigo, ni sentiste que habrías de pasar las horas acercándote a husmear el encanto de cada adorno, tan estudiado en retratos, embobarte ante los diseños, recipientes, jaguares, caracoles, conchas, olas...

♣

Mando se fue, ahorita vuela al norte sobre el río, por todo el desierto, hasta alcanzar las praderas, los montes del norte de Nuevo México y el sur de Colorado, irá soñando que pudo haber sido piloto, haberse convertido en as del timón, haber viajado por todo el mundo, como su padre, el mártir de la revolución que lo dejó cuando aún era chamaco, tal vez vaya midiendo los movimientos de la

maquinaria, apretando los pedales con los pies para jalar y descender los alerones, a la derecha, a la izquierda, sujetando una Bud, dirá,

—*What the hell*! se acordará que cuando primero llegó al desierto volteó y me dijo, —*¿A ti te gusta eso? ¿Cómo? ¿Cómo es posible*?, acostumbrado al exuberante verde montañoso y bajo. Ahora debe pensar que el desierto pergamino horroroso está tan lleno de vida como nunca lo imaginó posible, irá chacoteando con la azafata, diciéndole que avise al piloto que de la punta del ala se desprende una chispa, que él cree que algo anda mal, que no le gustaría que sucediera un accidente, sueña con sentarse ante un buen plato de giros y una botella de vino Roditis, taramosalata y un expreso, luego saborear la larga conversación, recordará que son muchas cosas en pocos años, que no tuvo tiempo de despedirse ni de llevarse los abrazos fuertes para sentirse calientito por dentro. Mando llegará a Denver, se acordará del Oscar y a lo mejor hasta lo llamará para mandar los saludos que nadie mandó, nomás por joder, de ahí desandará unos kilómetros montado en carro, una hora para el sur, bajando, subiendo colinas verdes, cerros, al ritmo de *Hey Jude* o de alguna balada del Stevie Wonder, recordará los movimientos contorsionados de la Tina Turner, supondrá que la gente de Colorado es igual de gringa que la de cualquier lugar de ese país, igual de insípida y mezquina, el tren de ideas se detendrá ante un profundo barranco al descubrir por la derecha el pico nevado que domina las cordilleras, allí sabrá que ha llegado y comenzará a buscar la salida de la autopista, al regreso, el domingo, le preguntaré qué tal le fue y me hablará de su ondas con detalle, me hará imaginar situaciones y lugares, como la vez que estuvo en Bath y descubrió el frigidarium romano o cuando se encontró los dinosaurios petrificados en una cañada de Wyoming, sonreirá bajo el bigote entrecano y le brillarán los ángulos de los lentes. —*¡Mierda, Ricardo!* me dirá, —*Si hubieras ido conmigo nos habríamos puesto*



*una santa borrachera*... y seguirá —*Me encontré con que en la cafetería de la universidad sirven red Irish beer, viejo*, esa sonrisa me despertará una imaginación desconocida, paisajes nunca vistos aunque muchas veces he pasado por allí.

♣

Cómo suceden las cosas a veces. Vino a visitarnos Juan, el de Seguín. Yo me había dejado una nota en la bolsa del pantalón para recordarme de escribir un examen, confiado en mi costumbre de llegar a casa y sacarme todo lo que traiga en las bolsas y así, si llevo algún recordatorio, no se me pasa. Pero nos fuimos a cenar, nos tomamos unas cheves, platicamos, reímos, regresamos tarde. Sólo entonces me vacié los bolsillos. Además de la sorpresa, me atacó la desesperación de que tenía que terminar ese trabajo antes de acostarme y Juan ya se quería dormir, lo cual no hubiera representado ninguna dificultad a no ser que en su habitación, nuestra biblioteca, era donde estaba la máquina de escribir y, a querer o no, tendría que estarse despierto o cuando menos con la luz prendida mientras yo me fletaba una hora o dos elaborando el famoso examen. Creo que ninguno pudo conciliar el sueño después, a pesar de la cerveza.

Hace cinco minutos que llegué a la oficina. Me arranqué temprano a piense y piense que no me alcanzaría el tiempo. Eché a andar las máquinas. Afortunadamente no había llegado nadie todavía. ¿Quién se habría de levantar tan temprano? Por fin se calentaron la copiadora y la termofax. Saqué las copias xerox. Tomé las formas maestras de termofax y les saqué la hojita de papel cebolla que llevan por en medio para proteger la página original de la que lleva la tinta. Rápidamente metí la xerox en su lugar entre esas hojas de la maestra termofax y las pasé por la maquinita quisquillosa que, como podría sacar maestras perfectas para reproducir,

también podía tardarse un siglo en calentarse y así forzarte a que prepararas y pasaras una hoja maestra nueva con cada intento. Por fin salieron. Separé con mucho cuidado la hoja de papel cebolla de cada maestra. Examiné la impresión negativa a ver si estaba clara. Preparé la duplicadora de mierda que también era una anciana temperamental. Le llené la cunetita de líquido impresor, metí cuidadosamente la negativa de papel cebolla por la ranura de la ceja del tambor y me dije: —*Ya chingué. Me faltan unos diez minutos para la hora de clase. Nomás echo a andar, saco los duplicados, tres veces esta misma operación y listo.* En ese preciso momento, veo que se tuerce la perilla de la puerta y entra Ralph, el único que podría andar allí a esas horas. Mi colega de alemán tenía por costumbre dormirse como a las nueve de la noche para levantarse tempranísimo, a eso de las cuatro. Claro que ya estaba en la uni para las cinco y media y, según él, trabajaba de lo mejor durante esas horas pues no había quien lo molestara ni nada. Levanté la mano para saludarlo. El también levantó la suya con el letargo característico que infundía a todas sus acciones, a todas sus palabras. —*Ricardo*, me dijo en el momento en que echaba a andar la máquina y empezaba a contar el número de copias que necesitaría, —*quiero que me expliques brevemente la trama de Zuit Suit, la película de Luis Valdez, pues no he entendido nada...* Llegué derrapándome a la clase, trinando de coraje y es que yo nunca llego tarde. Leo el texto del examen. Está plagado de errores. No hay excusa, estas chingaderas me suceden por andarme imaginando que tengo mucho tiempo cuando en realidad estoy hasta la madre de compromisos.

♣

El viernes le vendí la moto a un compa. Ya tenía varios días insistiéndome y yo ya había visto una Suzuki 450 que me gustaba mucho. De todas formas, fue una decisión muy dura. Me había encariñado cantidad con la pinche



moto. Le hemos tomado afecto todos los de la familia. La Gabi se entusiasma tanto cuando llego de la escuela, en el verano más que nada, cuando la llevo a pasear por las calles del barrio, siento que se quiere morir de ansias y excitación, —*Ponga los pies sobre los pedales porque es muy peligroso y agárrese bien, no se vaya a caer* o —*Papi pásame por casa de Sandi para darle un rait* o —A *mi mamá la paseas mucho y a mí rete poquito. ¿Por qué no me llevas a El Paso a las tiendas*? A la Rosi chiquita como que le da más miedín. Sin embargo, ya van varias veces que me pide que la lleve a la escuela del parque. Le pido que se ponga el casco y ella misma se apoya muy bien en los pedales, los que la Gabi todavía no alcanza, y se ve que se divierte. Cuando se baja y me da un besito de despedida observo de reojo que sus amiguitas están echando cotorreo acerca del papi tan locuaz que tiene la Rosi que la deposita en la escuela en una moto chingonota que parece echar lumbre por el escape. Por la mañana es padrísimo y más los sábados. Rosi se pone su indumentaria de motociclista, pantalones Liváis y una chaqueta con bufanda, los lentes para que no entren basuritas en los ojos y la mochila roja para cargar cosas. Yo me meto el casco de Mando, los lentes, guantes y el chaquetón. Salimos a la calle en esa montura en medio de un silencio poderoso que nos hace sentirnos como astronautas o pilotos. El aire nos silba entre los cabellos y se mete por todo el cuerpo como una mano gigante que nos oprime suavemente. Es una moto preciosa, de seis velocidades hacia adelante, con sus dos tableros iluminados, muy modernos, que te indican la velocidad y las revoluciones del motor, la carga del acumulador y la intensidad del faro, las millas recorridas y el nivel de combustible. El manubrio derecho lleva su espejo retrovisor, un apagador que corta el motor y un botón de marcha, el freno delantero y una pequeña botellita indicadora del nivel de líquido para el aparato de los frenos. El apoyo de la mano es también el arranque y el ajuste de

velocidad. El pie derecho descansa sobre un pedal y se apoya sobre otro que, al oprimirse, es freno trasero. El faro se encuentra por delante del tablero frente al piloto. Uno se sienta casi arriba del tanque azul metálico del combustible. La rueda delantera, atascada de rayos, se ve cubierta de un guardafango también cromado que a la vez se sostiene de los amortiguadores hidráulicos que van a los manubrios. El manubrio izquierdo lleva su espejo retrovisor, el embrague, el claxon y el apagador que cambia la intensidad del faro. El pie izquierdo descansa en su pedal y la punta del pie controla las velocidades del motor. En realidad, el piloto descansa el cuerpo sobre la estructura que sostiene al motor. En la parte posterior se encuentra el aparato de marcha, una cadena que ensambla con la transmisión y la llanta trasera a través de dos catalinas. La llanta trasera, construida para la tracción, se ve atestada de cuadrángulos de hule levantados de la superficie que le permiten agarrarse al pavimento. La llanta delantera es casi lisa y permite la rápida acción del impulso. Una polvera cromada sostiene la parte posterior del asiento, la luz del freno y los indicadores, además, carga un respaldo y una parrilla que apoya la espalda de quien viaja de copiloto. Es una máquina chida. Decía que la Rosi y yo la usamos casi a diario, yo para ir y venir de la casa al trabajo, ella para pasear y los sábados para evitar las pinches colas inmensas para ir a El Paso que van desde el puente de la Juárez hasta la dieciséis o por el de Córdova hasta el Super del Río. Putos gabachos, se han de cocinar ETERNAMENTE a fuego lento en el más tercermundista de los infiernos donde los tengan a todos zambullidos hasta las narices en una inmensa laguna de mierda y a cada rato pase Satanás haciendo olas en su flamante lancha de motor. De cualquier forma, en los puentes se presenta una espera de hora y media a dos horas si se va en carro. Excuso decir lo frustrante del trayecto. En la moto no, llega uno tranquilo de la vida hasta donde está la cola, se le saca la vuelta al tráfico o



se camina con holgura por el espacio que queda entre los carros, cuidado con los espejos, llegamos hasta la garita en menos de cinco minutos y pasamos de volín, ciertamente impulsados por el coro de mentadas de madre, pinches y cabrones, hijos de su puta madre y rechingadas de los que esperan se les truene el tapón del radiador en cualquier instante mientras aspiran el chilanguesco esmog y soportan la friolera de los ciento diez grados Farenheit a la sombra. También salimos de paseo, al otro lado y aquí. Nos vamos a cualquier lugar. Llevamos algo de comer o allí compramos, lo fantástico es que llegas volando y por donde quiera te metes. Pero lo más divertido es irte, no muy aprisa, por la carretera sin llegar a ninguna parte, dejando que el aire te pegue de lleno, respirando, observando desde afuera lo que siempre se ve o no se ve desde adentro de un carro. De que es peligrosa, hasta la pregunta es necia. Hay que manejarla con extremo cuidado y mucho cariño. No es cosa de juego. Cualquier aventón, parada, arenita en el pavimento, lluvia sobre aceite o aceite solo, y más si frenas, puede causar que se te vaya, que se te caiga y que te caigas sin darte cuenta por lo rápido que pasa, de repente vas volando por el aire como en un sueño, sin creer lo que te pasa hasta despertar donde te estrelles. Te exige estar alerta en toda ocasión, revisar que las llantas siempre lleven la suficiente presión, que ambos frenos funcionen y simultáneamente y así.

♣

Agapitos

Habíamos dejado el hotel de mañana para no pagar otro día, las niñas ya estaban cansadas de pasear por todas las calles jalando los famosos carritos cargados de maletas, habíamos pasado por Tsimiski 12, nos habían mandado una cuadra al norte pues la antigua sinagoga no estaba allí como lo anunciaba la guía, habíamos conversado con el vicepresidente del impresionante recinto, nos había mostrado las placas empotradas en la pared que

anunciaban en hebreo dorado las glorias de los antecesores de esa comunidad, nos había explicado en ladino que aquello se había fundado a principios del siglo catorce, ya también nos habíamos fijado en cada antebrazo, bajo las mangas cortas de julio, de todos los viejos varones allí presentes y habíamos descubierto los números tatuados, habíamos salido al sol y a la agobiadora humedad, habíamos paseado por el malecón y habíamos tomado helado bajo la sombra de los paraguas de los prados, habíamos constatado la similaridad de los ritos ortodoxos griegos y los católicos y la arquitectura bizantina de la Agia Sofía, en los paladares aún traíamos las gotas del vino Retsina de la comida, el sabor a los dolmades y a la taramosalata, aún fresco nos quedaba el recuerdo del restaurancito al descender el Acrópolis de Atenas donde brindamos con vasos sudorosos plenos de Roditis helado, habíamos constatado el frío y las arenas sucias de las famosísimas playas de las Calquídiques, muy cansados habíamos tomado un taxi al aeropuerto para viajar al sur, captábamos el verdor de Thesaloniki, la vertical arquitectura de los bloques de apartamentos mientras corríamos a la velocidad del trueno, como a medio camino, ya en el campo, pasamos un edificio cuyo rótulo en letras griegas anunciaba *Agapitos*. Pensando en mi viejo y querido amigo le pregunté al taxista —*¿Qué quiere decir Agapitos*? y el griego moreno y melenudo me contestó con una sonrisa blanca y dorada —*Lovely,* pronunciando la palabra como si fuera mexicano que no supiera inglés.

♣

He caminado despacito por la calle M de Georgetown y he reconocido la casa de la Harriet de *Gringo viejo*, he llevado a mi mujer y a mi hija de la mano a esas confiterías del carajo en donde comer un pedazo de pastel con café de a devis se paga como una cena. Allí he dormido, calles arriba, cerca del observatorio naval. He viajado en metro



al aeropuerto nacional, al lugar donde se pasea el soldado frente a la tumba frente a la llama que siempre está prendida y que se observa desde el monumento a Lincoln al otro lado del Potómac, me he paseado horas frente a todos los nombres de los hispanos que murieron en Viet Nam, he recorrido los museos, los edificios, los monumentos de ladrillo revestidos de mármol blanco seudogriego o romano, claramente fríos, como el carácter nacional, la soledad, la oscuridad se cierne sobre esa ciudad, desciende a las cuatro o cinco de la tarde desde octubre. He seguido a Virginia, a Maryland. Me he impresionado de lo mucho que se parece esta geografía, esta vegetación, a la que conoces bien en Rhode Island. He manejado al norte, a visitar a José Emilio cuando allí vivía exiliado y he regresado apachurrado ante la grisura del lugar...

♣

Ayer aterricé en San Diego, durante el vuelo me dediqué a tomar, beber, ingerir, libar y a investigar el mundo por la ventana, el desierto es una carpeta tirante desdoblada sobre un inmenso mostrador, el agua arrestada de los lagos, las incisiones profundas de las hondonadas, todo lo que la vista abarca. Me esperaba el Mario, con su cabello blanco y la sonrisa irónica. California es uno de esos lugares en que el tiempo y el espacio te transforman, uno deja de ser uno y se convierte en un vato slick, *California slick*. La gente aquí se viste siempre de verano, como si el frío de El Paso fuera mentira o es que no eres más que un pagano que quiere vestirse de lana en un país tripiado. El verde de los árboles confirma la mentira, las plantas de hule, las jacarandas. Y no hace ni dos horas que saliste del frío encabronado, del viento que te corta hasta los huesos y te deja sin poder moverte cuando no sea para acercarte a un calentón, de los de Chihuahua, que huelen a petróleo y te impregnan la ropa, que sirven para calentar el café y las tortillas. Nos subimos a la vagoneta y nos

largamos por la súper. Es pasmosa la bola de cafres que viajan a madres por ese mundo, como si se aceleraran para elevarse dejándote allí atrás a pajarear. No sabes qué ha llevado a esta gente a tanta locura; dice el Mario que se trata como de una especie de *timeway*, que cuando entras a Califas te parece que la raza anda muy calmada y es muy *simpútica*, bronceada y a todas emes pero que, si te fijas, todo mundo anda siempre a madres. El es un ejemplo clásico. La noche anterior había jugado billar hasta las dos de la mañana y así y todo se anduvo conmigo todo el pinche día, que a comer, a platicar, a echarnos unas cheves y hasta dar una clase de dos horas y leer.

♣

Me levanté sin ganas de venir al trabajo. No dormí muy bien. Tal vez sea porque acabamos de prender la calefacción y dormimos con las ventanas casi todas cerradas. Después de dormir todo el verano con ellas abiertas siento que la nariz se me deshidrata. Anoche me dormí a la madrugada después de trabajar bastante y antier igual. Ya no me aguanto que se lleguen las vacaciones de Navidad, ojalá se vaya pronto el tiempo. Tengo tantas ganas, casi lo sueño, de no levantarme pronto, de quedarme dormido como por tres días al hilo, de irme a un hotel, pagar la renta y desaparecer pero sé que sería imposible pues siempre hay algo que hacer o se ofrece algo en la casa o tengo mucha tarea o me llama algún cuate con algún problema o lo que sea, el caso es que no salgo de la misma, cuándo se me hará que me den un sabático... ya pronto, por favor, tal vez me ponga suertudo y hasta me toque algo más fuerte, sí, tengo que pedir una bequita, algo que pueda trabajar, algo que me pague unos cincuenta mil del águila gabacha para descolgarme y escribir una novela tal vez...



♣

Le platicaba a Charlie Harris que esta vez que viajé a la Ciudad de México encontré un ambiente muy diferente al que observé en mis muchos viajes anteriores, incluyendo aquéllos después de las crisis del 76 y del 82. Hubo que asimilarlo pues de golpe fue sólo un sentido. La ciudad estaba cochina, el centro histórico tan bello, limpio y cuidado siempre, la Alameda y la Avenida Juárez todos llenos de papeles tirados, de dulces, de envoltorios, de plásticos y de tierra y lodo seco, como si a la misma gente le hubiera dejado de importar todo ante la crisis superlativa. Los amigos me decían que aquello era ya más que crisis y yo preguntaba cuál era el superlativo de crisis, que no hay. Allí en la esquina de Miguel Angel de Quevedo y Universidad me cayó el veinte. Ya es notorio y sabido de todos que la gente necesitada se ha lanzado a las calles a sacar para comer y que muchos se dedican a limpiar los parabrisas de los carros, allí, sentado en un minitaxi en el silencio de los tres minutos que dura en cambiar el semáforo observé el *meta* o superlativo de la crisis, como la metáfora de la crisis o la crisis llevada a la metáfora. Un mimo, la cara pintada de blanco y adornada de negro y plata recorría los espacios entre los carros que hacían alto, llegaba a la ventanilla, tocaba, hacía caras de que lo dejaran limpiar el parabrisas, se sonreía y hacía viejitos como diciendo —*Ande, déjeme limpiarle su vidrio, sí, mire que cochino lo trae*. Los de adentro del carro, unos reaccionaban de la manera tradicional, observé que se volteaban para no tener que verlo, otros le hacían señas de que no, de que se fuera, aun otros, más neuróticos, ponían cara de —*Ya no me estés chingando, pinche merolico*. El mimo seguía adelante y alguno, impresionado como yo, le decía que sí. Entonces el mimo, que no llevaba instrumento alguno, comenzaba a hacer los movimientos de echarle espray con la botellita, de sacar un limpiador de hule de la bolsa de atrás, de limpiar el para-

brisas con el mimo subiendo una nalga al cofre y haciendo que examinaba y encontraba una suciedad que se le había escapado, con cara de preocupación hacía como que limpiaba vigorosamente la mancha. Luego acercaba la cabeza como para ver si había quedado limpio, la movía de lado a lado como examinando el asunto de veras con cuidado y satisfecho sonreía, se bajaba del cofre y se acercaba a la ventanilla del chofer para cobrar por su *metatrabajo*. Yo me quedaba esperando que el chofer hiciera como que sacaba una moneda y le hiciera como que le daba algo al mimo pero no, la mano extendía la moneda o el billete. Otra vez me fui hasta el Parque Hundido en un minitaxi. El chofer me platicó de todo: de la ineptitud de Zedillo, de la ferocidad de Salinas, de la figura heroica de Colosio, de que a Zedillo se le podía acusar de lo que fuera menos de la conspiración intelectual de la muerte de Colosio pues no tenía esos tamaños como podía comprobarse observando el país o hablando con quien fuera en la calle. Me dijo que no subiera a los microbuses, que mejor le pagara a él los treinta pesos aunque se me hiciera caro y estuviera seguro de que me estaba transando porque en los microbuses estaban asaltando, que ayer se habían subido unos con metralletas y habían robado a los pasajeros y matado al chofer, que en el metro había sucedido algo parecido, mientras el tipo cambiaba las estaciones de radio y seguía dándome ejemplos de la supercrisis o crisísima, como la define Sandro, me acordé de lo que nos platicó mi tío Ruperto en el viaje en su carro desde el aeropuerto al hotel. Dijo que él ya se había metido en la cajuela de su carro y la había arreglado para poder abrirla desde adentro. Nos dijo que lo había hecho después de saber que a conocidos suyos los habían asaltado, nos dijo que ahora se usa que los asaltantes le llegan al chofer por la ventanilla, le apuntan con la pistola, así nomás, a media calle, de día, de noche, les ordenan bajarse del carro y los llevan encañonados a la cajuela en donde los meten y se los llevan, unos a matarlos después,



otros a golpearlos, todos a tirarlos lejos de donde los asaltaron. El chofer siguió platicándome, que si me había fijado en la cantidad de policías, de granaderos por todos lados, todos armados y como que enojados, que si no me había fijado que en la calle había también más gente por todos lados y la verdad que sí. Por fin llegamos. El tráfico estaba pesado pero nada que no me esperara. Llegué a la oficina, iba a cobrar un cheque. Esperé hasta que se le ocurrió atenderme a una cajera que fumaba y hablaba por teléfono. Por fin le di el documento que decía que debían pagar. Revisó todo lo que tenía allí para pagar y me dijo —*Aquí no está. Vaya a contaduría a ver qué pasó.* Es octubre. Me debieron haber pagado en junio. Bajé a la oficina que expidió el documento. La secretaria de allí me dijo que no podía hacer nada, que volviera el lunes, —*¿Que vuelva el lunes? Si vivo en otro país. ¿Cómo quiere que vuelva el lunes si me voy el domingo?* Cerró los dedos sobre la palma y se vio las uñas. —*Pues ni modo, tendrá que esperar.* Después de ir hasta allá varias veces con pésimos resultados salí del edificio, me había molestado mucho el incidente. Quería olvidarme pronto del asunto. Bueno, tenía que seguir hacia el sur a la universidad, eran las tres de la tarde, me subí a otro minitaxi, uno cuyo chofer traía el rock a todo vuelo, no hablaba, nomás le subía al volumen. A la altura de Barranca del Muerto entramos en una cola, algo pasaba enfrente, aquello era terrible, claustrofóbico, no había forma de escapar, de salirse de allí, de bajarme a caminar, tomar otro vehículo, algo, lo que fuera, nada. A paso de tortuga inválida, se sentía el coraje que a todos le salía por los lados de la cara. *No fumar* decía un letrero del lado del pasajero, debería decir *No se agüite* y yo sin lentes ni papel ni pluma. En las carreras por llegar a tiempo a que me pagaran se me había olvidado todo en el hotel. Dos horas después llegamos a la uni. Afortunadamente había llegado a tiempo. Empezó a llover y yo sin paraguas ni nada, creo que nadie en su carrera se dio cuenta que por allí había pasado corriendo un gordito de guayabera blanca.

♣

Después de medio semestre de discutir, de explicar, de investigar, de hurgar en la memoria individual y colectiva y considerar qué es eso de pertenecer a una cultura mexicana, les he pedido a mis alumnos que se pongan a escribir una hora y yo quiero hacerlo también. Es, ha sido, tan fácil contestar a la pregunta siempre. Y tú ¿qué eres? Pues mexicano, ni modo que gringo. Sí, pero ¿qué se siente ser mexicano? ¿Cómo le explico a un extraño sin caer en los estereotipos comunes y en las nostalgias pedestres? Hoy que considero mi situación de mexicano exiliado, tengo por fuerza que decir que yo fui mexicano pero en otro tiempo. Fui mientras viví allí en México, mientras pude sentir a diario todos los elementos de esa realidad. Participar directo y de lleno en todos los ámbitos de la vida de ese país. Hoy yo creo que no puedo afirmar lo mismo, y cada día que pasa menos, porque crece la separación, la participación en una realidad distinta que, aunque tiene que ver con México y los mexicanos, no se integra totalmente a esa vida. Desde aquí, desde hoy, podría decir que los conocimientos y el sentido que he desarrollado a propósito de México y los mexicanos es mucho más amplio y sobrio de lo que fue hace unos años, antes del exilio. Podría afirmar también que sigue presente en lo más profundo de mi ser, en los mecanismos más rudimentarios, el conocimiento, el gusto, el deseo y la decisión de ser mexicano pero, quiéralo o nó, las otras influencias pertenecen a una minoría étnica de los EEUU, ser intelectual disidente acá, tener a mi familia inmediata aquí, relacionarme con gente de aquí, muy seguido con otros mexicanos exiliados o con chicanos/hispanos de acá y de América Latina, los cambios de gusto, tacto y olfato ante esta cultura, menos agreste, menos angular, más a gusto, más desarrollada tecnológicamente, lo hace a uno diferente. Ahora que repasamos lo sucedido desde el 68 y examinamos la realidad del México de ahora, poscolonial,



posmodemo, caído, abatido ante una multitud de hechos críticos, se nos colora la memoria. Siento como que, además de todas aquellas situaciones enormemente agradables que ya dije, allí al lado, siempre ha estado lo grotesco, lo peligroso, lo horrible, allí, frente a la manifestación de la hermosura arquitectónica, musical, costumbrista, culinaria, artística, está la muerte, la vejación, la violación, la violencia constante y continua de los mexicanos hacia otros mexicanos. No quiero decir que lo mismo no se encuentre también acá en general porque sí lo está y omnipresente el racismo, el genocidio, la discriminación, la indiferencia ante el que sufre, ante los niños, las madres solteras y los viejos y hasta los no nacidos aún, pero cómo tirarle piedras al Goliat cuando el David, nuestro David, es un bárbaro, un judicial violento, un juez corrupto, un político mentiroso, un gángster a la usanza, un tipo que carece de la más mínima conciencia, de toda moralidad, que le da lo mismo que su pueblo se chingue o se joda o que se salve, cuya imagen presidencial es la de un cruel y vanidoso sátrapa dedicado a amasar una fortuna personal ante la creciente indigencia de millones de compatriotas cuya suerte no le importa, cuya presencia niega o puede negar porque no los ve ni quiere verlos ni saber que existen. Cuando David de repente se nos manifiesta como todo lo que nos enseñaron era malo, detestable, cuando *el que no transa no avanza* se convierte en el lema nacional y lo aceptamos todos, incluyendo los jovencitos que se presentan como mexicanos por primera vez, lo dicen y siguen el consejo como regla pues reconocen que únicamente así podrán sobrevivir, cuando su David de allá observa a los muchos que se van y ya no vuelven, al norte, a las ciudades y dejan el campo solo y las familias abandonadas a su suerte, observa y se voltea indiferente dándoles la espalda, cuando el presidente David ordena a sus propios oficiales de migración que prevengan esa misma salida de inmigrantes para ayudarle al vecino a controlar sus fronteras, cuando ésa es la pano-

rámica que desde acá se observa, qué decir de lo que pasa acá o, peor, con qué derecho decirlo pues en comparación no sería posible sostener ningún argumento que valga en defensa de ello. Ninguno, excepto los universales que uno blandiría en defensa de cualquier individuo o grupo hostigado o atacado. Ya desde allí tendríamos que cuestionar la protección de los derechos civiles o humanos de los ciudadanos, la funcionalidad y el valor de los sistemas de todos y de quienes los mantienen o administran —la barbarie a lo Sarmiento, la barbarie aquella del estereotipo, no anda muy lejos de reflejar la realidad, sólo hay que ver las colas de los puentes, *el hazte para allá, apestoso, y no me vayas a querer limpiar el parabrisas, cabrón*, las mentiras de la tele, la continua negación de que algo muy importante ha sucedido a cada rato a partir del 68, de que no se deben dejar las cosas así nomás al *ahí se va* porque es peligroso, de que la desintegración del respeto a las instituciones y a los individuos que las representan de alguna forma manifiesta la falta de respeto que muchos se tienen a sí mismos, que la degradación ya penetra todas las esferas desde que nuestro primer producto de exportación dejó de ser la gente o el petróleo y se convirtió en la droga, desde que la explotación del trabajador se convirtió en ley propiciada por el gobierno neoliberal, qué será qué o con qué cara criticar a nadie. Volvemos a las mismas, a lo que tanto me dijeron mi padre y mi suegro y no quise creer porque aquello hubiera sido claudicar a mis ideas románticas. —*La realidad, la verdad de México, es la tristeza y la vergüenza.* Tal vez nos convenga entender esta tragedia en base a la mitología nacional. Tal vez, así como los griegos, caídos de su grandeza desde milenios, también los mexicanos y su México deban aceptar su caída de una grandeza basada en el mito y la imaginación, tal vez reconociéndolo uno mismo como tal, sin salida, así de fácil, así de claro, se llegue uno a conformar con esa realidad y cuando menos vivir como lo que somos.



♣

Nos invitaron a la semana del humanismo, íbamos varios, yo viajaba con el Pitufo, el antropólogo de la Unifront de quien preguntó el maestro Hierro pasmado ante una larga y aburrida exposición de aquél —*Oiga Ricardo, ¿quién le dio un doctorado a este pendejo?* No sé ni cómo ni por qué demonios acepté viajar en el pinche autovía a Chihuahua, ya en otra ocasión nos había dejado tirados a Mando y a mí un chingo de horas frente a Villahumada para llegar a Chihuahua como dieciocho horas después de salir de Juaritos, ya desesperados, se nos iba a hacer tarde para la presentación, nos habíamos bajado con maletas y todo para agarrar un camión de pasajeros que por cierto todavía estaba parado frente al restaurancito de la entrada al pueblo, ya estábamos muy cerca de la carretera, habíamos caminado unos doscientos metros, sólo nos faltaba cruzar y comprar los boletos, en eso, en un instante, oímos el golpe del acero del jalón de los carros, caminaba, se había esperado hasta que estuviéramos ya con el pie en el estribo para dejarse ir, Mando y yo volteamos, lo vimos moverse y parecía que esta vez sí se iba, nos volteamos a ver confundidos entre seguir para el camión o devolvernos, en un momento nos equivocamos pero decidimos regresar. El tren paró como al minuto de que habíamos tomado nuestros asientos, paró y se quedó allá otra hora, mientras tanto observamos por las ventanas del lado derecho cómo el camión, nuestro camión, salía a la carretera, metía velocidad y a medida que se alejaba echaba nubecitas muy redondas de humo azul por el escape, esta vez habíamos comprado unas Tecates, creo que estábamos un poco disgustados el Pitufo y yo pues le había dejado saber con claridad que yo me sentía muy defraudado por su excesiva cautela, casi pusilanimidad, ante los problemas de la comunidad chicana de la pinchurrienta y racista Unifront, que requería de su acción decidida y clara, pues ahí íbamos, creo que como

para reconciliarnos, el desierto me había puesto contento, las arenas de los médanos de Samalayuca son de una belleza extraordinaria muy parecida a la de la piel humana, seguimos ya a una velocidad muy regular, íbamos a platique y platique, a goce y goce cuando oímos un tronido ensordecedor, sentimos un golpe fuerte que nos mandó volando contra el respaldo del asiento de enfrente, volteamos hacia la ventana y vimos pasar de largo una inmensa llamarada como de un kilómetro, el tren paró, asustado me bajé a ver qué ondas incrementando así la población de mirones que ya pululaba entre biznagas y gobernadoras, la máquina, la trompa, había quedado negra negra, me fijé que los tubos cabronsotes que sirven de balaustrada y de pequeñas defensas innecesarias, juzgando por el tamaño y el peso de la mole férrea, estaban enroscados de forma no creíble, como sopas de fideo, regresé, le expliqué lo sucedido al Pitufo, seguro allí estaríamos horas hasta que llegara la poli y se hicieran peritajes, agarramos las maletas y corrimos a la carretera, luego luego nos recogió un señor de un Datsun azul, nos dijo que nos llevaba a Juárez, que nos dejaría frente al Hotel Flamingo a donde él iba, resultó ser un tío de los cuates Royo, al pasar por el crucero frente al Cerro del pastel observamos lo que había sucedido... cuando llegamos a Juaritos había llovido a tambos de cincuenta galones, la curva de San Lorenzo estaba bajo un metro de agua, llamamos a un taxi que nos dejó a una cuadra de la casa, en mi casa no había nadie, caminamos con el agua a la rodilla hasta la casa de mis padres, allí estaban todos, se habían juntado allí porque se había ido la luz... el jueves, el *Diario* sacó la foto de la cabina blanca de una troca Dina hecha garras, separada del resto del mueble, sin chasis ni ruedas ni nada. *Nueve de agosto: un pedazo de cabina aquí, el motor de este otro lado, una llanta más allá, la defensa seis metros adelante, fierros retorcidos por doquier, el chasis y las redilas convertidas en astillas como un kilómetro más adelante... un choque registrado*



*en Estación Lucero a ochentaiocho kilómetros de esta ciudad por la Carretera Panamericana donde el autovía... el saldo dos personas lesionadas gravemente,* la troca cruzó la vía sin darse cuenta de que se acercaba el autovía... *el anuncio de alto que indicaba parada ante la vía fue arrancado de cuajo, vidrios infinitos reflejaban el cielo nublado que momentos después se desencadenó en una fuerte tormenta... los pasajeros permanecieron contemplando el terrible cuadro...* huelga decir que ante el silbido del autovía aún sentimos miedo y eso sobre el recuerdo previo, unos años antes, de la muerte de todos los que iban en el mismo viaje de allá para acá aquel fatídico día en que se incendió por dentro el autovía caminando y la desesperación provocó que empujara la raza para las salidas sin reparar en que los de enfrente, en vez de poder abrir las puertas, las mantenían cerradas pues se abrían para adentro, de ahí el cambio de mote ya que en su inauguración se bautizó a los flamantes vagones como *Rápidos de la frontera* y ahora, con tanta muerte, la raza había intervenido para *llamarlos Rápidos de la muerte*. Hace mucho que no veo al Pitufo, creo que desde que le hizo una fiestecita en su chante a un compa chicano que había tomado posesión de su cargo como rector de una universidad de Califas, éste iba vestido de traje color verde bajito y había bajado como unas cincuenta libras de peso, sí, eso fue unos meses antes de que cayera fulminado, en la línea, de un ataque de corazón en una junta del consejo de administración...

♣

Belgrano era el jefe del grupo de señaladores que trabajábamos en el piso más alto de la superestructura del petrolero Mississinewa (ao-149) de la marina norteamericana, era señalador de primera clase, originario de Nueva York, de ascendencia italiana y sumamente simpático, flaco, medio pelirrojo y muy dado a ponerse en poses dramáticas de marinero de póster, le gustaba arreglarse

los pantalones de campana de tal forma que de la cintura a un poquito arriba de la rodilla le quedaran muy entallados y de allí para abajo se hicieran verdaderas y anchas campanas, el gorro marinero blanco lo enrollaba sobre el ala muchas veces para que tomara una forma cóncava hacia afuera y al uniforme azul marino de gala le había mandado poner, coser, unos dragones de seda multicolor por dentro de las mangas y por el reverso del gran cuello, ese mismo compa se las daba de ser mujeriego, parrandero y jugador, salía de paseo, el primero de nuestra cuadrilla, cuando el barco anclaba en la Bahía de Nápoles, los que nos quedábamos observando el desembarco desde arriba, desde nuestra percha de banderas, veíamos cómo Belgrano se zarandeaba de lado a lado, balanceando su cuerpo sobre una pierna, luego sobre la otra bajando las escaleras de Jacob y trepándose a la lancha de motor que llevaba a los afortunados escogidos o a los que les tocaba salida ese día, ese primer día de llegada tan codiciado, tan añorado por quienes habíamos andado fuera, en alta mar durante semanas, escogía su lugar, se sentaba, cruzaba la pierna y extendía los brazos por sobre la borda, allá en el puerto él y otros, los que no estaban casados y les sobraba dinero, tenían un departamento, llegaban y Belgrano lo primero que hacía era irse a buscar a la viejita que cuidaba del lugar mientras estaban fuera, la abrazaba, la levantaba en peso diciéndole no sé qué tantos elogios y palabras de amor en su fluido napolitano y luego le plantaba un beso en la frente, la viejita veía por los ojos de Belgrano, luego éste se cambiaba de ropa, se vestía de civil y se perdía en la bola, otro napolitano más de la Bella Napoli; uno de esos días que llegamos al puerto subieron por la escalera al barco unos oficiales que no conocíamos, estábamos toda la cuadrilla jalando, el Negro Jones, mi compa Alston, el judío neoyorkino Tilles, el sureño Graf, el Cadena y yo, cuando de repente irrumpieron en nuestro espacio de trabajo aquellos oficiales acompañados del gato mayor,



nos preguntaron que si habíamos visto a Belgrano, que a qué hora se había ido y a dónde, que cuándo volvería, que si nosotros sabíamos algo de sus negocios privados, nosotros no sabíamos nada, se lo dijimos, sólo que el Belgrano era un tipo bueno y que nunca habíamos tenido bronca con él, los oficiales por fin se identificaron, eran elementos de la temida ONI, *the Office of Naval Investigation*, la FBI de la Marina, nos contaron lo sucedido, el motivo de su investigación y de nuestro cuestionamiento: en nuestro barco viajaba un comodoro y su tropa, era el oficial encargado de una flotilla de barcos de servicio que se hospedaba en nuestro petrolero mientras éste permaneciera en el *Mare Nostrum*, con él iba también un carro Chevy Impala negro que desembarcábamos y subíamos al llegar y al salir del puerto, lo depositábamos en un espacio bajo cubierta mientras nos desplazábamos en el mar, en el barco había una tienda de todo, dulces, perfumes, uniformes, cigarros, licor, regalos y lo que tú quisieras, a nosotros nos vendían los cigarros y el licor sin impuestos después de salir al mar tres millas, un cartón de diez cajetillas nos salía como a un dólar y no todos fumábamos, muchos compraban cajas de veinticuatro cartones o de cuarentaiocho y las guardaban hasta que llegáramos a puerto americano y cuando les tocaba salir en su día de visita, se llevaban los cigarros y los regalaban a sus familiares y amigos, lo mismo con el licor bueno comprado a gran descuento, pero resulta que en Italia, los cigarros americanos en aquella época eran muy cotizados, la gente lo paraba a uno en la calle para comprarle una cajetilla de *originale*, pues según ellos el tabaco americano mucho sobrepasaba en calidad al nacional, aún cuando fuera de la misma marca, a quienes fumábamos no nos interesaba mucho venderlos pues únicamente se nos permitía llevar con nosotros una cajetilla cerrada y una abierta con todos menos un cigarro que a menudo se nos hacía fumar frente al oficial de guardia antes de desembarcar, así que si uno vendía la cajetilla, pagaban

hasta cinco dólares por ella, nos quedábamos sin qué fumar, particularmente si uno iba a salir más de un día, por eso muchas veces les pedíamos a nuestros com-pas abstemios que nos llevaran otras cajetillas que les dábamos y nos las entregaran en el puerto, pues no faltó quien tomara aun más ventaja de la situación, dicen, dijeron las malas lenguas que en aquella ocasión la grúa bajó el carro del comodoro al muelle, este señor se vio con su esposa al pie de la escalera, el quepis blanco con un montón de hojas doradas sobre el pico encharolado, el traje negro con sus barras de oro de dos pulgadas alrededor de las mangas, se subieron al asiento trasero, como siempre, un teniente se puso tras la dirección y el carro salió al puerto sin más problemas, consuetudinario también llegó el carro a una gasolinera italiana a llenar el tanque de gasolina y a revisar los filtros y fluidos, todo en señal de aprecio y buena fe para con el anfitrión en su puerto, ya que ninguna de esas cosas necesitaba el carro del comodoro de un barco petrolero, siguiendo la rutina se abrió el cofre y la cajuela para efectuar la susodicha revisión, pero esta vez como en ninguna otra, no se sabe por qué razón, si el comodoro se molestaría con la mujer o si habría despertado ese día con un grano inflamado en el culo, el caso es que a este señor se le ocurrió bajarse sorpresiva e intempestivamente en el preciso momento en que una cuadrilla de italianos se abocaba al desembarco de una cantidad fuerte de cartones de *cigarettàe originale* que habían sido acomodados muy cuidadosamente hasta llenar totalmente todos los espacios vacíos de la cavidad del motor y de la cajuela, huelga decir que aquello dejó de hacerse en el instante y que muy pronto tomó cartas en el asunto un escuadrón de *carabinieri*, a los compas de Belgrano y a nuestro amigo los acusaron de fraude y de inmediato los hicieron receptores de la justicia militar que, yo soy testigo, puede ser rápida y serena, a Belgrano le dieron la famosa *six, six and a kick*, seis meses de prisión en Rota, España, seis meses de trabajos forzados en una



prisión militar estadounidense y una baja deshonrosa, lo primero que perdió fue el rango de señalador de primera cuya insignia era un águila blanca sobre tres galones rojos invertidos, lo quebraron a marinero recluta, el día en que se lo llevaron divisé a Belgrano subido en la lancha de motor de desembarco, llevaba su mismo uniforme azul marino, las manos esposadas por delante, el bamboleo de la lancha lo mecía de arriba a abajo, de enfrente hacia atrás, desde arriba, cerca del mástil superior lo observé con cuidado, me impresionaba su rostro, serio, avejentado y la rayita blanca sobre el brazo izquierdo que indicaba su nuevo rango...

♣

Subíamos por una callecita terrosa, paredes blancas de las casas de dos pisos por ambos lados, empinada la subida y salpicada de bugambilia de todos colores en macetas, los techos azules y rojos subidos y algunas esquinas y puntas bordeadas de violetas y rosas subidos, el calor era insoportable, el uniforme blanco con insignias azul marino, almidonado, claro, me raspaba como papel de lija en la ingle y los sobacos, el cuello ya lo traía colorado, nos había tocado la famosa *Shore Patrol*, nos habían puesto unas bandas azules con letras SP en dorado subido y nos habían dado unos cinturones con toletes e instrucciones de usarlos únicamente para defendernos, subíamos la calle patrullando, éramos dos, de repente, desde la escalera de un segundo piso vimos salir volando a un marinero que se desplomó sobre una baranda en lo alto de un escalereado, nos miramos uno al otro como preguntándonos si le entrábamos al quite con peligro de que los siguientes que saliéramos volando fueramos nosotros o si mejor nos hacíamos locos y nos largábamos por alguna calle vecina, el relajo que siguió, un ruidazo que rompía la armoniosa calma caribeña de la bella Charlotte Amalie, capital de las Islas Vírgenes, no nos permitió otra que subir toletes en la mano, en la puer-

ta lo observamos todo con bastante miedo, adentro era un pequeño bar de dos habitaciones, una docena de infantes de marina y de marineros se liaban a golpes sin misericordia ni tampoco daban tregua, nuestro miedo se esfumó al recibir los primeros chingadazos de unos que estaban dando y recibiendo cerca de la puerta, soplamos los silbatos para dar aviso y le entramos al despelote repartiendo garrotazos y recibiendo trancazos por todos lados, lo que siguió fue muy rápido y caliente, la sangre y la adrenalina nos fluyeron de inmediato con una fuerza insospechada, seguro que fueron otros quince o veinte minutos los que pasaron antes de que llegara el refuerzo, lo que observamos después fueron todos los muebles, mesas y sillas hechos añicos y tirados por todos lados, los espejos de la barra estrellados, todos los pugilistas aficionados esposados y declarando ante oficiales y suboficiales de guardia, ni nunca me di cuenta de que nada me dolía hasta que me vi la camisa del uniforme bañada de rojo, desde ese día me quedó desviado el tabique de la nariz y respiro más de un lado que del otro pues tengo una fosa nasal más amplia, al siguiente día partimos del Caribe azul como la tinta, durante dos días la única ola que se observaba en el agua quieta como un espejo era la que iba dejando como estela nuestro petrolero...

♣

Y es que para hacerse marinero hace falta adquirir lo que llaman *sea legs* y eso sólo sucede cuando el cuerpo solito se acostumbra al bamboleo, lo primero que te sucede cuando llegas al barco que zarpa mañana temprano es que tienes que cumplir con los tres meses de iniciación o de pago de cuota o de servicio a la comunidad, tres meses del trabajo más pesado del barco, el de la cocina, los primeros tres días tu oído lucha contra el resto de tu cuerpo pues no quiere acostumbrarse a un nuevo balanceo, antes tu cuerpo se mueve sobre lo plano y estable y el balanceo es del movimiento tuyo contra lo que no se



mueve o lo que percibe que no se mueve, acá es al revés, ahora tu cuerpo tiene que lograr el balanceo ante lo que se mueve continuamente pero que no debiera moverse, durante tres días andas haciendo tu trabajo, limpias las grandes cazuelas, todas las charolas, los cubiertos, las mesas, el suelo, tiras la basura y te preparas para la siguiente comida y luego otra vez, de repente, andas trapeando y sueltas todo, corres a la salida, te abalanzas contra el tubo de la balaustrada más cercano, echas todo lo que desayunaste sobre la borda, color verde regresas a terminar de trapear sólo para repetir la maniobra una y otra vez sin descanso hasta que por fin te duermes como a las nueve para despertarte exhausto a las cinco y repetir lo del día anterior sólo que ya no viertes nada pues no has podido mantener nada de lo que intentaste comer desde ayer por la mañana, a ese movimiento en falso de la peristalsis inversa en el agua le llaman *dry heaves* y vuelta la burra al máiz hasta que una mañana, como milagro, ya no te afecta el movimiento, ya las piernas y el cuerpo se sostienen sin necesidad de agarrarte de las paredes ni de nada, todo en orden, tomas tu desayuno, hueles la comida mientras se cuece y limpias los trastes, tiras la basura y nada, luego te acuerdas que en tu desesperación le hiciste caso a un viejo lobo de mar que te avisó que tomaras saladitas con Seven Up para que se te asentara la panza, ahora te asombras, ahora, treinta años después, te subes en cualquier embarcación y mientras los demás se ponen verdes y echan las tripas por la borda, tú nada pues aún conservas tus *sea legs*, las conservas aun cuando vives en tierra y jamás te acercas al mar.

♣

El crucero guardacostas que estaba atracado en el muelle antiguo era nuevecito, creo que lo habían estrenado hacía un mes y estaban arreglándole los detallitos últimos, era blanco de quilla a troneras, largo y elegante como un gal-

go de carreras y chaparro, pegado al agua con actitud de sigilio muy parecido a los cruceros de la marina o a los superdestructores de aquel entonces, los *destroyer leader group* o DLGs, sólo que aquellos eran grises, en una parranda, uno de los tripulantes del guardacostas nos invitó a algunos a pasar a conocer su barco, desde el momento en que subimos la escalerilla notamos la gran diferencia, aquel barco se veía limpio, olía a limpio, todas las paredes eran de formica clara, los pisos cubiertos de tapete antiderrapante rojo de hule nuevo, las habitaciones de los marinos eran salones aluzados, espaciosos, las literas de metal, como cajas muy bien adecuadas al espacio, se levantaba una puerta como de cofre junto con el colchón y abajo era el casillero/ropero del marino, muy grande y dividido por espacios, luego nos llevaron a la sala de máquinas, fue allí donde recibimos la mayor sorpresa, acostumbrados al Kankakee o al Mississinewa en donde la sala de máquinas era un inmenso espacio cochino, mal alumbrado, grasoso, caliente, peligroso, como una especie de pequeño infierno, a los pobres que ahí trabajaban los llamábamos *snipes* y sus insignias de rango eran rojas, cuando entramos en aquel espacio iluminado, limpio, con aire acondicionado, nos percatamos de que lo habían reducido al mínimo para que cupieran las máquinas pero eso no era todo, lo mejor, lo más increíble, fue entender que el sonido como silbido agudo que habíamos percibido el día de su llegada se debía a que en cada costado tenía instalada una turbina jet, *Rolls Royce* rezaba ufana una placa de metal, al centro estaba un motor convencional para cuando fallaran las primeras, regresamos al barco nuestro muy deprimidos, a la semana siguiente zarpó el crucero dejando atrás el silbido de sus jets en el ambiente, tras la popa, donde los demás barcos dejan borbotones y una estela por el movimiento de los tornillos, éste dejaba cola de gallo.



♣

Durante la guardia de doce a cuatro de la madrugada me llevaba mi pequeño aparato, se escuchaba la música guapachosa de Radio Barranquilla, íbamos rumbo a Aruba, al día siguiente sucedió algo bien chistoso, me mandaron llamar de la central de radio del barco para que oyera una transmisión que, según ellos, era en español y querían saber qué decía, me senté frente a la bocina y efectivamente, se escuchaba una voz que hablaba en una lengua que parecía español, no daba crédito, no podía ser cierto que se me hubiera olvidado mi lengua materna, aquello era como un sueño. Cuando llegamos a Aruba por fin lo supe, era un lenguaje regional de las Antillas Holandesas que se llama papiamiento, una combinación de español, portugués, inglés y holandés, un ventanal de una tienda del puerto leía: *No pôr as hens no gles,* la guardia de medianoche en el Caribe durante las noches de luna llena en alta mar era un momento de magia, brillaba el mar cromado de plata, se veía lejos con claridad, se distinguía cualquier cosa, cualquier detalle, en aquellos momentos de observación aguda, con miralejos o con el ojo a secas, allá cuando la vista era joven y certera no como ahora que con cualquier cosa se engaña, pues de pronto cerca de las paredes del casco del petrolero salían volando del agua lo que sin duda eran peces pero peces cuyos cuerpos se levantaban en arco por el aire segundos enteros antes de caer haciendo saltar gotas y chorros, se levantaban con lo que parecían alas pero que seguro no eran, sino aletas, repetidas veces lo observaste, quisiste poder retratarlo pero el flash posible destruiría la magia de la imagen, seguido, muy seguido te fijaste en que en las noches muy oscuras, de proa y popa se encendían olas de lucecitas que flotaban sobre la espuma, después supiste que era el plancton, el mismo que chispeaba en la oscuridad del excusado cuando le soltabas al agua por la noche.

♣

Rota. Llegué ahí en un jet de la marina, de ésos que cruzan el Atlántico de milagro y te sirven un lonche, literalmente, en una caja de cartón, box lunch de a devis y cuidado y le pidas algo más a la aeromoza pues tu vida peligra ya que se trata de una malencarada marine que ha sido asignada a ese jale por el gobierno y seguro que está harta de marineros que le piden de todo y le hacen propuestas de todos colores, Rota, húmeda, desierta, sucia como lugar maldito de paso por las regiones entre la vida y la muerte, como estación de autobuses gigante en una eterna madrugada, allí no hay nada pero nada que hacer y no te vas a Nápoles hasta que atraque allá el Mississinewa y anda en alta mar, como pueden ser dos pueden ser cuatro semanas y mientras nada, por fin te dan una asignatura, te ponen de Shore Patrol con un marine, patrullan de Rota al Puerto de Santa María, el marine es un vato cuadrado, literalmente, de cuerpo y alma, hasta el pelo lo trae cortado cuadrado, llega por ti como a las seis de la tarde, les toca la guardia de noche, salen en el jeep azul marino, de uniforme de gala, él de color caqui olivo, yo de blanco, llegamos a un bar que está en el camino, no hay nadie, sólo el cantinero que, sin preguntar, nos sirve dos coñacs Tres Estrellas y se va, yo voy al baño, algo aprendí en el cambio, ahora sí pura madre que me agarran desprevenido, cuál sería mi sorpresa, en el cuarto no había nada más que una soga que colgaba desde el techo atada a una enorme armella, dos cepillos atornillados al suelo a los lados de un agujero de unas seis pulgadas de diámetro, orinar no resultaba muy difícil si estabas sobrio pero para hacer de lo otro la cosa se complicaba, o te desvestías de la cintura para abajo o te arriesgabas a ensuciarte gacho pues se requería de puntería muy regular, nos tocaron noches muy aburridas, con el cuento de que la flota andaba de maniobras a nosotros nos tocaba patrullar de puro contento y en esos lugares ni el



cine, una noche de regreso a la base observamos algo blanco que estaba tirado sobre la banqueta a un lado de la carretera, le echamos los faroles, sacamos los toletes y nos acercamos, era un marinero que estaba sangrando profusamente de la cara y de las manos, a un lado estaba tirada la cartera, el dinero en billetes y sus tarjetas de identificación todavía intactos, el parche sobre el hombro izquierdo lo señalaba como tripulante de un submarino tridente, lo llevamos hasta allí, entregamos sus pertenencias y nos pidieron que los ayudáramos a bajarlo a la enfermería, fue la primera vez y la última que me subí a un submarino, impresionante de lo grande pero aún así aluzado y limpio, pintado de gris y blanco, de negro y rojo como los demás navíos americanos pero oscuro y deshumanizado, no hubiera sido necesario preguntarme, yo aquí ni en caso de crisis ¿para dónde corres? Dejamos al compañero y seguimos patrullando y patrullando hasta que un buen día me tocó volar en un DC-3 sentado en una red observando las cordilleras españolas, el Mediterráneo gris, Córcega poblada de piñones y el aparentemente interminable terreno hasta hacer tierra en el aeropuerto Capodichino de Nápoles desde donde se observaba el petrolero más anhelado de la bahía...

♣

En Salamanca me reconocí en las figuras de la gente que caminaban por las calles, *la marcha* dijo Armando Miguélez con la sonrisa llena de dientes, con las mejores garritas que tienen, muy orondos, de aquí para allá y vuelta, para que los vean, luego seguimos caminando igual, variando de moda por Huelva, Sevilla, Córdoba, Alicante y Granada, igual sucede en Puebla y en Querétaro ...

♣

El camino de Guarda a Coimbra es un espectáculo, bosque sobre bosque sube la sierra, baja, vuelve a subir, el camino es muy angosto, apenas cabe el Opel Corsa y otro del mismo tamaño, las curvas son muy pronunciadas y los portugueses aman correr a todo lo que dé, adelantar en las subidas más ciegas y pronunciadas y seguirte pegados pegados kilómetros enteros, son verdaderamente distintos estos señores, medio ingleses, o tal vez medio raza de la más agabachada, va cambiando la arquitectura también, el adobe de las casitas de Castilla da paso al bloque de cemento y la teja común a una muy plana e intrincada que se ensambla como rompecabezas, la Spanish Broom bordea todos los caminos de acá como los pinos ponderosa, el penacho alto alto como en la punta de un tronco pelón y luego los bosquecitos, como motas, de eucaliptos como manchas sobre las verdes llanuras, la pradera azul de Salamanca anoche seca y fría, hoy no la aguanto a medida que el ambiente se humedece y se calienta, a medio camino el hambre nos gana, paramos en un pueblo de dos casas y pedimos un café fortísimo, unos cigarros light, acá todo mundo fuma mucho en todos lados, unas chuletas que el señor del mostrador ha cocinado él mismo, papas fritas con aceitunas y —¿Agua? ¿Con gas o sin gas?

♣

Luego de llegar a Coimbra nos salimos a caminar, paramos el carro en una callecita de al lado, el parquero era un tontito que llevaba una conversación en voz alta consigo mismo, la acompañaba con una tonadita desconocida y jalones al pico del quepis de antaño, interrumpía el show para indicarnos la máquina, como de estampillas o buzón, donde se echaba la moneda y se sacaba el recibo que luego se dejaba sobre el tablero del carro como prueba de pago, acá también hacen *la marcha* por la tarde, por una calle que corre a lo largo del pueblo,



como en Guanajuato, bajo la sonrisa intelectual de la universidad, caminamos sobre uno de tantos empedrados bordeados de tiendas, bares y cafeterías, al final bajamos hasta el río, allí vienen muchos, un grupo grande de muchachos indonesios parece, se dirigen hacia la universidad por la calle en que llegamos, nos sentamos a cenar un sándwich pues acá no conocen otro tipo de comida, con una cerveza ahora, al salir nos sorprende una enorme manifestación, centenares de muchachos y muchachas caminan por en medio de la calle, las cabezas metidas en una tira de plástico de hombro a hombro que lleva una cruz y dice *Por Timor*, pregunto al de enseguida de qué se trata y me dice que se manifiestan a favor de Timor d'Este, se enoja mucho cuando le digo que no sé qué es eso, luego descubro que es una excolonia portuguesa en Indonesia, una isla cuyos habitantes han sufrido la represión del gobierno *indionecio* hará diez años, vejaciones y demás, yo también llevo una velita prendida por la calle, aún sin saber lo que manifiesto como por feliz casualidad, los viejos se nos quedan viendo feo y a veces nos gritan: —!Mamíferos!

Caminamos y caminamos, diez o quince cuadras, la cola aquella no se acabó nunca, literalmente le daba la vuelta al recinto de la universidad, la Rosi preguntaba que por qué la gente se vestía de negro, no sólo ahora sino siempre, después lo vimos por todo el país... Cierto.

♣

A Fátima llegamos casi de inmediato, muy temprano, no había nadie en la plaza, en la Basílica, unas cuantas gentes en el recinto de la Capilla de la aparición, hemos caminado por carreteras bordeadas de bosques hermosos de gran variedad de especies, árboles altos todos, como dice el libro de viaje: *a lo que más se parece es a la Alta California...* paramos a desayunar en una fondita al lado del camino, tomamos *zumo de arancia*, unas empanadas de cangrejo y un sandwich de bacalao empanizado, el

libro decía que la plaza de Fátima es mayor en extensión que la del Vaticano, no lo parece porque en términos de belleza es bastante menor, como he tratado de mantener mi régimen de ejercicio caminé alrededor del recinto, serían unos veinte minutos, paré por un lugar en donde confesaban pero no pude pues los lenguajes que hablaban los curas de ahí ninguno era español, ¡en Portugal! coño.

♣

Para entrar en Lisboa, además de ir a 140 kph jalando una cola de bueyes a madres por detrás, a pone y pone la lucecita direccional izquierda que quiere decir que te quites porque te van a rebasar a supermadres, hay obras y muchísimos señalamientos que, para los que conocen la ciudad, deben de ser excelentes marcadores pero para los chicanos y mexicanos que llegan manejando por primera vez, el asunto es diferente, entras buscando un anuncio que diga *Lisboa centro* o algo así, en España hasta le ponen un signo como de círculos concéntricos y un punto negro en el centro para indicarte que vas bien, que voltees para acá o para allá, pero acá nada, cuando ya vi que me iba pasando de la urbanización, me salí por una bajada que me llevó a un inmenso parque, las calles que ahí sí estaban marcadas con sus nombres muy claramente presentados no se encontraban en el mapa, afortunadamente antes le había echado un ojo a un mapa de la región y sabía que para llegar al centro debería viajar hacia abajo y en dirección opuesta a la que iba, dicho y hecho, por fin dimos con una plaza inmensa llena de estatuas de Botero, paré en doble fila ante un gritadero y un piterío cabrón pero me importó madres, tenía que preguntarle a alguien cómo llegar al hotel, un señor amabilísimo me interrogó hasta saber qué lengua hablaba yo mejor y luego, en francés me dio clarísimas direcciones, aquí a la izquierda, por la Plaza de los Reconstructores, por la Avenida Libertad hasta el monumento a un tal Carlos, a la



derecha en la glorieta, cuarta salida a la Calle Braancamp, luego a la derecha de nuevo y allí, al lado izquierdo, está su hotel, seguí sus instrucciones al pie de la letra y llegué directamente como me lo dijo, esa tarde bajamos a la victoriana estación de ferrocarriles de El Rossío, a un ladito está la Rua Gloria, nos paramos sobre la banqueta bajo un tapanco y pronto bajó un tranvía que sube la calle inclinada a cuarentaicinco grados, ahí, mientras esperábamos, llegó un viejo, hablaba muy alto, primero creí que hablaba con alguien pero pronto me di cuenta de que lo hacía consigo mismo, decía que cuando él había sido niño, los padres le habían enseñado a ser respetuoso con sus mayores, que por eso el país estaba bien porque había varias generaciones que aún respetaban pero que ahora ya ningún joven lo hacía, que ellos sólo se preocupaban de sí mismos y que todo tiempo pasado había sido mejor y siguió y siguió, nos bajamos al llegar arriba, nos tomamos un paseo alrededor de la plaza observatorio desde donde se contempla toda la ciudad, tomamos un refresco bajo la sombra de los parasoles de un cafecito al aire libre iluminado de un sol brillante, compré unos cigarros en un puestecito, fumé con tranquilidad mientras observaba pasar caminando a esa gente elegante y despierta, luego iniciamos la bajada a las Baixas, al otro lado de la estación de tren oímos una voz, doblamos una esquina y allí, frente a unos trabajadores de la construcción que lo veían con los ojos bien abiertos, estaba nuestro amigo, quien continuaba quejándose de lo mismo desde hacía ya casi una hora, subimos y bajamos las hermosas calles del centro admirando los aparadores de ropa para niño y esa tarde tomamos el ferry al otro lado del Tajo, hacía frío sobre el agua, la Rosi y yo nos fuimos oyendo a Plácido Domingo, ella con una orejera del tocaCDs y yo con la otra...

♣

Pero los pinches portugueses no saben comer, no hay restaurantes más que los que venden lonches, como cafésbar donde la gente come parada porque si te sientas te sale más caro, por fin salimos de Portugal, por el sur, por la carretera que nos dijeron que no tomáramos porque era muy larga, pasamos un hermoso puente que queda en la frontera con España y luego, luego luego, nos paramos a cambiar dinero y a comer algo pues ya eran como las dos y traíamos mucha hambre, llegamos a un lugarcillo, una casita entre unos árboles, todo olía a azahar, toda España, desde que entramos, por fin llegamos y nos desanimamos pues allí en la barra estaban unos ingleses de muy desagradable apariencia, nos sentamos a un lado y el tipo que nos atendió nos trajo, sin pedirlas, unas aceitunas que todavía me acuerdo a qué sabían, a gloria, como también el caldo de verduras y la carne, después de unos días en Portugal recordamos lo bueno que es comer...

♣

El libro de viajes decía que no había que ir a Huelva, que era realmente fea, que no sólo no había nada que hacer sino que, en realidad, el lugar era verdaderamente un cero en todos los sentidos, de acuerdo, no fue la capital del mundo ni mucho menos pero no estaba mal, el clima era agradable, el hotel no era malo, el arroz estaba pasable y la marcha distraía, como a las diez de la noche empezó un concierto de piano, era un músico privilegiado, traía un repertorio sobresaliente, tangos, boleros, canciones y melodías españolas, Manzanero, de todos los tiempos, de todos los gustos, ahí acostado en la cama de mi habitación, esa noche sentí coraje mezclado con alegría y admiración, como si a uno le hubieran llevado serenata cuando tuviera mucho sueño, al día siguiente me



quejé pero a medios chiles y pregunté por primera vez en este viaje: —*Oiga, señor, dígame por favor ¿a qué horas duerme esta gente? Se acuestan a las tres de la madrugada, se levantan a las nueve para trabajar a las diez, salen a comer a las dos y vuelven a las cuatro, cierran a las ocho y se van a cenar o al cine, o si son como los de Madrid, se van a cenar después del teatro que es como a la media noche y salen a la una o dos y luego se van a cenar...*

♣

Toda Sevilla huele a flor de azahar, las calles están bordeadas de naranjos por las aceras, con sus flores y sus frutos, es una joya de ciudad, es una limpieza impresionante, un orgullo por tener todo en su lugar, hasta la mierda de los perros y los caballos, caminar por las callecitas desde el río, en la Plaza nueva sentarnos en una banca y observar a la gente, a los pájaros, a los niños, arriba, al centro, hay la estatua de un rey medieval, podía ser Alfonso el Sabio o cualquier otro, pero cuando Rosi me pregunta quién es, yo leo la inscripción roja del grafiti que han pintado en la base de piedra y digo: —*Piojo...* Unos viejos de por allí se sientan en nuestra banca con nosotros, muy trajeados para hacer la marcha, nos preguntan que si somos canarios, que lo intuyen por nuestro acento, caminamos esa noche, cruzamos el Guadalquivir hasta el barrio de Triana, como que más desmadroso, más de casa, —*Los naranjos anuncian la primavera...* oí repetir al viejo, me fumé un Ducado y observamos el pan recién sacado del horno en los aparadores, es veintitrés de marzo.

♣

¡Mierda! mierda de perro por todos lados, ayer iba caminando, fijándome bien por donde iba cuando, por sacarle a una, pisé otra ¡mierda!

♣

Hemos buscado los mentados suéteres austríacos por todos lados, también las gorras de mi papá, no hay una ni otra por ninguna parte, en Huelva, el señor encargado del departamento de gorras nos enseñó muchas que están ahora puestas para primavera y verano, algunas están bien padres, hasta más bonitas que las de invierno pienso yo, inglesas según esto, aunque otros me dicen que no, que están hechas en Barcelona, como sea, de primavera o verano pero no como las de mi papá, ésas y la ropa de lana *las han retirao* hasta el otoño. Acá en Sevilla lo mismo, sólo que acá el famoso, ubicuo y siempre repetido Corte Inglés tiene como seis locales de acuerdo con el departamento, seis edificios distintos, por fin y allí no, sino en una tiendita que encontramos frente al ayuntamiento por la Avenida Constitución, una sombrerería/gorrería que se llama Padilla Crespo, allí están las mentadas gorras, en el aparador, una verde, una gris y una medio blanca o crema, entramos, las pedimos y nos dicen que *las han retirao*, yo les respondo que a mí me importa madres que las *hayan retirao,* que yo he venido desde muy lejos y con dificultades a comprar las pinches gorras y que mucho agradecería que las sacaran de donde estuvieran para verlas y medírmelas, la muchacha que atiende me dijo que volviera a las seis y me las tendría, yo le dije que quería de un tamaño que traía a medida y ella me contestó que no, que son *one size fits all*, que el tejido da de sí, no estuvo a las seis, que regresa a las siete y media, *que se le ha olvidao*, ahora sí, allí las tiene la viejita de por la tarde, me las pongo y me quedan, sí son, creo, me las llevo a ver...

♣

Acá y en Portugal hay muchas tiendas pequeñas para premamá y para niños, también muchas mamás paseando a sus niños, mamás y papás jóvenes, los pasean en



bogues de estructuras muy modernas, metálicas, de colores primarios, de doble suela, cada una con su freno para cada extremo del carruaje y los bebés felices de la vida en sendas carriolas, allí nomás van dos mamás platicando, comiendo, asomándose a los escaparates, —*Pero, mujé, sólo a vos se os ocurre andar mirando escaparates a las tres de la tarde...* luego, empujan sus carriolas más adelante, ayer domingo iba una señora muy elegante, llevaba un bogue tradicional y la Rosi me señaló cómo, por arriba del carrito del bebé, además iba montada una estructura de metal cromado que sostenía sentada a una segunda niña más grande, allá en la USA como que no está de moda ser mamá, con el cuento del feminismo, el gayismo, y demás ismos, acá está claro que sí está de moda, no sólo eso sino que, le decía a la Rosi, que desde aquí de donde observo siento que hay un aura especial que re-viste tanto a papás como a niñas, como una España en estado sagrado que todo mundo admira y respira (menos la ETA, *of course*), hace poco estos jodidos mataron a un matrimonio joven en la puerta de su casa nomás por joder, según cuentan los sevillanos...

♣

Ahora acá en El Andalús nos venimos acordando cómo en Lisboa y Coimbra la gente anda vestida de negro, todos o casi todos, y cómo acá resaltan los colores, allá como si la ciudad estuviera de luto, aunque en Coimbra también andaban muchos de mezclilla...

♣

Todo mundo fuma, fuerte, fuma dondequiera, el tabaco olor a Ducados lo permea todo todo pero todo mundo fuma siempre y para todo, como lo hacíamos nosotros durante los sesentas y los setentas, pasas por donde está sentado un grupo de personas platicando y cada quien trae su pitillo encendido, los jóvenes, los grandes, los

camioneros, los que comen (con la comida) o toman algo, las señoras, los alumnos como la que está aquí al lado leyendo su tarea, nos mira como diciendo: —*Sí, pasen, siéntense pero no me hagan ruido* y de pronto, sin preguntarnos nos moleste o no, prende su cigarrote, como dice Gómez el jardinero, y se pone a leer...

♣

Frente a la tienda de damas, no llevaba parado allí ni cinco minutos cuando me empecé a dar cuenta de que la gente se me quedaba viendo como preguntándose qué era lo que hacía, no sé si por lo de la mochila negra, los Liváis y los tenis o porque no iba caminando como los demás, no me estaba recargando en la pared pues supuse que hacerlo atentaría contra las buenas costumbres sevillanas pero es que deben de comprender que andar de tiendas con una mujer para un hombre es muy cercano al infierno, para ellas una diversión muy agradable, pero uno que no tiene ni el más mínimo interés en ver ropa, ni aretes, ni collares, ni pulseras, ni mascadas, ni nada de eso, después de dos o tres tiendas uno tiene que quedarse afuera papando moscas, sé que eso es incomprensible para algunas féminas pero así es, bueno pues allí estoy de pie frente a la tienda, caminando unos pasitos para allá y otros para acá y en eso pasa un carro de policía y se me quedan viendo feo como sospechando de mis intenciones, lo peor es que a esa hora todo aún está cerrado menos esa pinche tienda pues como los gachupas cierran todo de una o dos a cuatro o cinco y se van a su casa, ni modo de meterme a una librería ni nada, afortunadamente aquí afuera del pinche Corte Inglés de ropa hay esta placita con bancas y hormigas y todo como para sentarme a observar, aquí la espero...



♣

Llegó el camión con su grúa, se estacionó en un rincón de la plaza y empezó a subir en una canasta a un tipo que se sujetaba de la ídem con una mano y con la otra agarraba un serrucho de gasolina, el de la canasta empezó a pegarle de gritos al que manejaba la grúa: —*¡Más arriba. De frente. No, no tanto.* —*¡Para atrás!...* y luego le metió mano a ramas de todos tamaños, a medida que cortaba y gritaba se arremolinaron a su contorno una bola de mirones sin oficio que pronto le empezaron a gritar también: —*La hostia, hombre, qué bruto eres. Por allí no, por el otro lado* ...y así, el de arriba, sudoroso y colorado, contestaba: —*¿Y a ti quién te ha llamao a dirigir?...* ¡Recórcholis! Pronto el trabajo se tornó en pleito total, ya no supe en qué terminó porque salió la Rosi y nos fuimos de ahí riéndonos a carcajadas..

♣

A unos diez kilómetros de Sevilla, por la mañana salimos a visitar una ruina romana llamada Itálica, fundada por Escipión, extendida por Adriano, cuna de Trajano, una pequeña Pompeya, nos paseamos por el anfiteatro restaurado y hermoso con sus pasillos interiores que comunicaban las escaleras y los niveles de gradas, su pozo al centro y sus estructuras de comunicación subterránea para mantener escondidos a fieras y gladiadores hasta que los quisieran sacar con pequeñas grúas en sus jaulas o se treparan los segundos al ruedo, luego caminamos por las calles observando los cimientos, las medias paredes, los pisos de mosaico, las instalaciones de drenaje, las estatuas de mármol blanco sobre sus plintos y los empedrados, les tomamos una foto con la cámara de ellos a unos chilangos, una pareja, —*Pero de los buenos,* nos aclararon cuando supieron que éramos del norte, luego nos sentamos a contemplar el verde de los campos españoles.

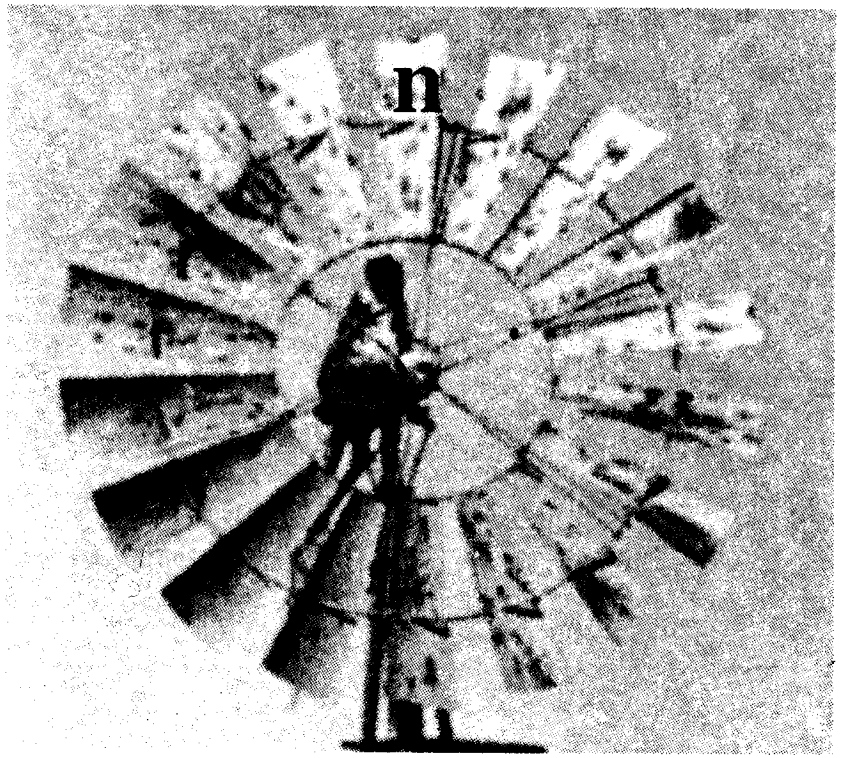
♣

Llegando a Córdoba echamos a andar por el barrio judío, a la sombra de casas blancas de dos pisos con tejados rojos, —*Mira, papá, se parecen a nuestra casa...* —dijo la Rosi al ver las fotos—, entramos a la pequeña sinagoga del barrio, una de muchas de aquellos tiempos, el guardia me lo aclaró, —*No era más que la sinagoga de uno de los barrios de la ciudad...* me recargué en la piedra que sostiene la estatua del sabio Maimónides y contemplé la casita suya, la placita, como del tamaño de la cochera de nuestra casa de Juárez, un guía que llevaba por ahí a un grupo de turistas ingleses o americanos o tedescos o algo así señaló que ahí había sido la primera universidad de Europa y alguno de su grupo preguntó que dónde, que en qué edificio y el guía le contestó, —*No, en ningún edificio, aquí las clases se daban caminando por las calles...* entramos a la mezquita, al patio de los naranjos perfumados de flor de azahar hasta más no poder, entramos al templo, a la selva de arcos y columnas que te recuerdan otro mundo, el de Grecia y Turquía, sientes la fuerza de los colores y los adornos geométricos de las paredes y los plafones, te achicas, te da vergüenza encontrarte la catedral católica, un mojón elefantesco que ha roto la presunta armonía del fino estilo y la elegancia moras, lo mismo el palacio de Carlos V en medio de El Alhambra, al salir ya hacía hambre pero el arroz aceitoso que nos sirvieron mejor sirvió para que la Rosi se enfermara, caminamos por la parte nueva de la ciudad, los grandes pasillos entre edificios de muchos pisos por donde caminaban familias y familias con más niños chiquitos y carritos elegantes, nos metimos a todas las tiendas de ropa para nietos, nos hartamos de tortillas de patatas, la Rosi encontró un peinador y se quedó a pintarse el pelo de dorado, su color, yo me senté a tomarme una cheve con un bocadillo de jamón serrano, por la mañana, muy de mañana, tomamos la carretera a Jaén, el Opelito veloz



y fuerte se hacía a la derecha ante el acoso de los Volvos y Mercedes que nos prendían la lucecita para decir que iban a rebasar y que nos iban a dejar atrás, a correr a nuestros 140 kph mientras desaparecían por sobre la siguiente loma, el día anterior habíamos bajado a Aguilar de la Frontera, preguntando llegamos a la plaza octagonal, ochavada que se encuentra en la cima del pueblo, la Plaza de San José, que nunca encontramos por nosotros mismos porque se entra por una puerta desde una calle como cualquiera que no está marcada ni nada, bajamos a admirar la bella plaza y a caminar hasta la Torre del reloj, salimos después de comprar el pan y el queso de la comida y seguimos por la carreterita a Cabra, recorrimos su antiguo casco, sus bellos parques, sus limpias calles, observamos a su gente sonriente y sentimos que acá deberíamos volver, luego seguimos por otro camino más estrecho para Montilla, allí, a medio camino, paramos a comer entre un mar de olivares, otro mar de parras de vino amontillado y flores rojas a los lados del camino, pero hoy, esta mañana brumosa paramos a tomar un café de a devis en una estación de gasolina, consultamos el mapa, no había que entrar a Granada sino seguir para Alicante, vuelta a la izquierda al borde de la ciudad y escalar la Sierra Nevada, los pinos, el frío, nevada de verdad y blanca como el Popo o el Ixta, rumbo a Guadix, ciudad troglodita, con sus casas metidas en los cerros, las fachadas fuera pero las habitaciones excavadas, bosques de álamos, de eucaliptos, como los de la región del Algarve en Portugal, luego a Lorca, a Murcia, a Elche, al puerto atestado de veleros, las calles con sus glorietas y fuentes, las banquetas anchas con diseños de olas muy cariocas y bosques de palmeras para hacer la marcha por las tardes, frente a un grupo de músicos indígenas o mestizos de por acá que tocan sus quenas y zampoñas luciendo penachos multicolores y fosforescentes de indígenas americanos del norte, paran a comprar turrón de almendras, a misa en la cocatedral, el sentido es muy de

casa, como si en vez de Alicante estuviéramos en Chihuahua, nos invitan a comer *arroz* a la casa de campo de la familia de Sacra y la dueña del nombre igual se saca la espina con nosotros, Miguélez, igualito que hace diez años y aún más simpático, nos lleva a todas partes, a Guadalet, una sierra al norte, pasando por Alcoi, a unas cataratas que contribuyen a limpiarnos el alma ya bastante alegre, pasando por Altea, nos encontramos una fondita en la punta de un cerro donde nos sirven chuletas de cordero asadas a las brasas, los dueños son unos ingleses que insisten en hablarnos español, finalmente arribamos a la Uni de Alicante, su campus amplio y nuevo, edificios muy a la costumbre de allá, cuadrados y para arriba, lo que más me atrae son sus jardines de lavanda florecida y hierbas de olor, a Miguélez lo dejamos parado frente al hotel después de verlo unos momentos al cabo de tanto tiempo, lo que siempre nos sucede con los grandes amigos, regresamos por el mismo camino y entramos a Granada con el mapa en la mano, seguimos por las calles indicadas peró muchas estaban cerradas por las obras, obras y más obras que nos obligaban a dar vuelta por otras calles y otras, por fin supimos que, como en Salamanca, la calle del hotel estaba cerrada al tráfico, que había que estacionarse y luego cargar las maletas, al hotel Navas de la calle Nava, luego ya nos instalamos pero queríamos caminar después de toda la mañana manejando y nos dirigimos a la Capilla Real donde están enterrados Fernando e Isabel, los del *Tanto vale, vale tanto, Isabel como Fernando...* y que a la entrada se nos dejan venir tres gitanas con obvias intenciones de chingar, empujándote a güevo un ramo de romero, tú que te sacas y la gorda prieta que te grita —*Respétame, Rai. Tu vida va a cambiá...* afortunadamente la lana la llevaba en la mochila de cuero cerrada con candados y la Rosi iba detrás de mí muy al alba a los designios de las otras dos...



♥

**Sur**, antártico, mediodía

**Verano**

**Fuego**, ignición, incendio, conflagración, llama, hoguera, calor, luz, humo, ceniza, lumbre, brasa, ardor, candela

**Vientos del sur**, austro, noto, castellano, surada

## Viento en popa

*Abres las hojas de par en par, de pie frente al cristal*
*las antiguas pieles de las chicharras forran los álamos plateados*
*la brisa que mece al cielo tostado por los gorjeos de las parvadas*
*se te cuela por el cuello, bajo las mangas, a la sombra*
*seca el sudor de tu verano bajo el rocío que huele a polvo,*
*a pan recién jalado de los hornos, a gasolina*
*unos esperan el camión al fresco de los tejados*
*ante la lumbre de julio otros encontraron las albercas,*
*las mangueras, las montañas*
*el cierzo se ha apartado, no llueve desde mayo, aunque truena*
*el cielo morado de nimbos quiere, como que quiere, pero no*
*todo mundo está a punto de lanzarse para la calle*
*quiere danzar, cantar, echarse de rodillas*
*pedir a voces que ya, que ya caiga, aunque sea una sola vez*

*y nada*

*de noche dejas de dormir, no te tapas*
*el único ropaje la esperanza que la brisa te seque el pegosteo desesperado*
*a las tres sopla la madrugada un poquitín; ya para las cinco se tienta caliente el pavimento.*

♥

*desde el cielo una hermosa mañana*
*la guadalupana bajó al Tepeyac...*
*y eran mexicanos y eran mexicanos*
*y eran mexicanos*
*su rostro y su faz*
Tradición oral mexicana

♥

*y yo te diré, temblando la voz*
*el tiempo va de prisa*
*y ese día que soñamos vendrá...*

*despiertas*
*y tu sonrisa que amanece*
*lo ilumina todo*
**Perales**

La Rosi limpió la casa desde arriba. Qué chistoso, nunca pensé que el amor pudiera crecer tanto, desde adentro. Se cansó mucho. De ésas que después de hacer el grupo y darle duro a la máquina no te quedan ganas más que de tronarte el cuello, poner tu música argentina y esperar a que mañana puedas adelantarle. Caminé a lo loco mañana y tarde, con güeva y todo. Hizo calor pero de devis, de sudor y abrirle las ventanas al carro, de ganas de no traer camisa. Y eso que apenas estamos a principios de marzo, qué será julio. Sí, calorón con todo y los bulldozers de enfrente a saque y saque cimientos y a riegue y riegue polvo que viene a meterse directamente por los pozos de la computadora, chin, fuimos a la iglesia dos veces, la primera me persigné y pedí que me diera fuerza para continuar. Hoy escribí a Michelino Cha Cha Cha el pugliese que nos ha impregnado a todos con amor a Italia y a los italianos pues son muy iguales a nosotros, de veras, un poco más civilizados tal vez, pero iguales —¿Cómo? —Nada de que lo mismo... gritó enojada la Gabi, hizo pucheros y se fue a

preparar una sopa de pollo y tallarines, su favorita, no quiso quebrar las galletas de soda sobre el plato, hizo a un lado las piernas de Fernandito y siguió sorbiendo, bajo la onda de pelo negro que le cae a propósito sobre la frente y medio que le esconde la chispa a los ojos, el alma de gacela, la Rosina tomó un arroz con leche y mucha canela, dijo que se le había zafado un puente y que mañana iría con el dentista.

♥

La Gabi se fue con la güera a Casas Grandes, aun después de que anoche le dijimos que no se iría, que se quedara con nosotros porque después nos echaría mucho de menos, pero la tonta puso su cara, frunció la boca, torció los ojos y se volteó cuarenta y cinco grados para que le viéramos las colitas negras amarradas con moños rojos que le quedan exactamente sobre las esquinas de la cabeza, unas colitas pequeñitas pues no le alcanza el pelo, parecen orejas de osito de ésos que presentan en los aparadores, le dije —No vas, y respondió —Pues no voy, y me quedé muy contento porque ya no tendría que enfrentarme al desmadre de sacarle el famoso permiso de turista, o eso creía yo...

♥

A las 6:45 de la mañana se fue la Rosi. Anoche me sentí medio jodido de saber que se iba, creo que sentí así porque me doy cuenta que no quería que se fuera, que mejor se quedara conmigo pues yo me voy la semana que viene, pero a la misma vez temí que si le decía que no fuera le estaría quitando algo que ella quiere mucho hacer, estar con su papá el mayor tiempo posible porque ya está grande y teme, como yo, que si no está con él, después, si muere, le habrá de remorder para siempre.



Siempre he pensado cuán sola se ve la casa sin ella, qué difícil sería vivir solo, que allá en el clóset, cuando abra los ojos esté toda su ropa, sus vestidos, sus blusas, su ropa interior, sus cremas y perfumes, sus zapatos, vacío, sin ella que les dé aliento, que les dé vida, siento como si algo vivo se hubiera perdido, sólo en estos momentos me doy cuenta la gran falta que me hace. Y la semana que viene le iré echando de menos en el avión, de noche en el cuarto del hotel, en cada ventana a que me asome o en cada mesa a la hora de almorzar, solo, fuera de lugar, ocupando sólo una butaca en el aire y comprando sólo un boleto de camión. Cuando regrese el domingo me sentiré herido, injuriado, pues me ha quitado su amor. Aunque haya sido sólo unos días me lo ha quitado y eso es insoportable, inevitablemente provocará un montón de celos, de sentimientos de humillación de todo eso que nos hace sentir como si fuéramos menos, rechazados. Y las conversaciones y el trabajo y las llamadas por teléfono y la comida y la cerveza me sabrán mucho menos sin ella. No entiendo cómo hay gente que prefiere la soledad, la separación y el divorcio de sí mismos cuando duele tanto. Hasta dónde sabré aguantar si algún día la tragedia nos agobia, la separación definitiva, la soledad. Comprendo a la Rosi desde un punto de vista de lógica fría pero no entiendo por fuerza lo que siento por dentro a nivel profundo. Tal vez el egoísmo me prohíba entenderlo, me reta la posibilidad y es que nunca he vivido la soledad, eso debe ser. Así todo lo demás será un cambio y una aceptación o rechazo que a final de cuentas se convertirá en aceptación, resignación. Dicen que el tiempo cura todo, ¿también curará la falta de amor? Lo dudo.

♥

Mesa del Huracán, Chih.
30 de enero de 1978
Mi muy querido Hijito Junior:

Con inusitado placer recibí su querida cartita con que, fechada el 8 del corriente mes, tuvo la gentileza de acordarse de este humilde viejo que, aunque casi olvidado por mis descendientes indudablemente debido a la urgente necesidad que tienen de atender eficazmente sus urgentes negocios, les concedo razón pues nada menos ha sido mi lema durante toda la vida, y como en este mundo al cual hemos venido a permanecer temporalmente, todo se acaba, Dios dispone el que mis largas actividades vayan decayendo, siento que poco a poco las facultades que con tanta benignidad me favoreció el creador empiezan a desaparecer, pues me considero casi inútil, no obstante el Señor me concede el privilegio de atender un puesto que mis superiores pusieron en mis manos hace 30 años, servicio que he desempeñado sin interrupción, salvo unos cuantos meses en que las enfermedades me obligaron a interrumpir mi voluntad de no faltar en mis obligaciones, durante un año que una de las enfermedades me obligó a no salir de la casa, nunca supe de ustedes, y repito, celebro que mis descendientes emulen mi actitud en el trabajo.

Aún no molesto a nadie para que me ayude en mis obligaciones propias, razón porque aunque con errores, me satisface el atender personalmente lo que me corresponde y me dispensará cualquier desconcierto que encuentre en redacción, etc.

Al referirme a su cartita mencionada voy a procurar satisfacer sus deseos y haré lo posible por acertar lo deseado en cada párrafo pero le advierto que aunque superficialmente conoce a su inútil abuelo, desconoce en lo absoluto el principio de mi vida, comenzando porque en mi niñez y juventud transcurrió en la ignorancia más absoluta y mi aprendizaje para conocer, aunque superficialmente, la virtud de escribir, fue una disposición divina infundir en mi mente la forma y ocasión de obtener un éxito que me parecía, en mi temprana edad, imposible.



Es muy largo el pretender explicar los sinsabores y trabajos de mi infancia, y como digo, procuraré ser explícito en mis desabridas narraciones; considerando que usted es el primero de mis descendientes que parece me expone sus deseos de conocer la diferencia que existe en esta transitoria existencia en el transcurso de *un siglo*, sólo aquél a quien el creador de todo creado le ha concedido vivirlo puede conocer la diferencia de vivir en su medio respectivo, en su niñez, adolescencia y senectud.

Según mi padre, yo nací en Hacienda La Salada, Zac. el día 3 de noviembre, a las 8 Hs. del día, en el año de 1880, y aclararé lo siguiente, en 1927 tuve la necesidad de emigrar con mi familia a Norteamérica, y como para que se me admitiera, me exigían acta de nacimiento, a pesar de todas las gestiones en La Salada, en Fresnillo y aun en Zacatecas, no fue posible conseguirla debido a que durante la revolución quemaron todos los archivos, los yanquis no aceptaron mi veredicto, cuando les dije que mi presencia ante la autoridad de emigración justificaba plenamente mi nacimiento y que aún en aquel momento estaba *vivo*; no los convencí, me trasladé a la presidencia municipal en Juárez, me mandaron a la oficina del registro civil, allí me dijeron que no se podía hacer nada; ya me retiraba cuando un Sr. de edad madura me llama y me pregunta: —¿Qué no tiene usted un pariente mayor que usted? me acordé de mi hermana mayor, y me dice, pues esa persona puede venir y registrar su nacimiento, cuando yo estaba próximo a rebasar los 50 años, me fui luego y le dije a Chana: —Yo voy a salir para Madera en un tren

y ya arreglé en la oficina del registro civil para que mañana vayas y registres mi nacimiento, ya dejé pagado todo, y recoges el documento... pero la pobre viejecita quiso hacerme parecer más joven y declaró 1882, pero creo tener razón al aceptar lo que mi padre me repitió varias veces, aunque a todos nos parece satisfactorio ser jóvenes, pero los años declaran la edad, de cualquier manera el documento me sirvió para internarme con mi esposa e hijos (2) a los Estados Unidos de Norte América por una temporada, pesquisando una salud perdida, en mi hijita.

Empecé a desarrollar mi cuerpo de niño en un ambiente de extremada indigencia, tiempos aquellos que imposibilitaban a cualquiera para superar las necesidades más angustiosas, sepa usted esto que bien recuerdo, mi hermanito mayor Braulio, de unos 11 años, habiendo llegado mi papá de un viaje y al verlo el niño salió de la casa corriendo, y un borrego grande propiedad de un vecino, embistió al niño y le pegó un golpe en el estómago, derribándolo desmayado, golpe que le causó la muerte; mis padres, como debe suponerse, no encontraban medios para llevarlo a Fresnillo, pueblo de importancia y aún ahora sigue su mismo ritmo de vida mediante las minas que le dan vida; dice mi papá: —Oye Antonia, nuestro hijito sigue grave y no he podido conseguir fondos para que lo atienda el doctor, y he pensado vender lo único que tenemos, la yunta de bueyes, y al hacerlo nos quedamos sin qué trabajar en la labor, pero hay que hacer algo para salvarle la vida a nuestro hijito... mi madre admitió y mi papá vendió lo único que tenía y recibió por ellos la cantidad de diez y seis pesos con los cuales se fueron a Fresnillo, inútilmente, porque a la semana murió mi hermanito.

Mi padre, ansioso de encontrar maestro que nos enseñara las primeras letras, se resolvió y salimos de La Salada y nos fuimos a otra hacienda, La Boquilla, donde no se encontró quién quisiera molestarse con Ruperto y



conmigo, pero nos mejoramos porque mi papá consiguió hacerse cargo de una partida de carros que viajaban transportando flete de un lugar a otro, pues no había ni tren ni trocas como ahora, como digo, mi papá consiguió un trabajo que le producía veinticinco pesos al mes, pero con el inconveniente de que no podía estar con nosotros, pues era necesario fletear de Durango a Mazatlán, a Sombrerete, a Chalchihuites y muchos otros lugares. En este lugar estuvimos un año y mi papá consiguió otro trabajito en la Estación Gutiérrez, allí representaba a las Haciendas El Mezquite, La Salada, El Fuerte y Rancho Grande, entre las cuatro le pagaban veinte pesos mensuales, pero como estaba encargado de recibir fletes y embarcar en el ferrocarril, a los que embarcaban semillas mi papá les hacía documentaciones y los dueños de las semillas le regalaban poco maíz, frijol y resultando que estábamos muy pobres, sí, pero no pasábamos hambres como en los lugares anteriores, y en esta Estación Gutiérrez fue para mí el comienzo de mis mayores tristezas y a veces contentos, como lo mostraré.

Mi pobrecito padre con su inquebrantable insistencia de encontrar quién nos salvara de la ignorancia, logró convencer a un viejecito administrador de un comercio para que permitiera que yo fuera a ayudar en el mostrador para aprender cualquier cosa de comercio, lo cual era sumamente difícil, en vista de que yo era un jovencito de ocho abriles, y lo único que me enseñaba el dependiente de la tienda era a cortar papel para hacer envolturas para azúcar, café molido, etc. y a cortar con hacha pedazos de azúcar y piloncillo, pues en aquel tiempo las ventas eran de un centavo, muy raro aquél que comprara medio real en mercancías.

Así transcurrieron las semanas hasta seis meses que Dios, compadecido de la tribulación de mi papá, cambió la dirección de la proa de mi bajel y me sacó de la tienda diciéndome: —Hijito, conseguí que el jefe de la es-

tación del ferrocarril, permita que usted vaya a la oficina y con la bendición de Dios pueda aprender algo; yo, lleno de regocijo, le manifesté la satisfacción, diciéndole: —Qué bueno, yo con mucho gusto, pues yo quiero aprender telégrafo... sin darme cuenta que para ello se necesita tener aptitud completa en escritura muy especialmente, y yo era un niño sin principio de nada en 1889, pero no vaciló, antes del medio día me llevó y me presentó mi papá con el apuesto jefe de la estación, un joven de unos veinte años de edad.

Al día siguiente me levanté muy temprano (costumbre que aún perdura) aconsejado de mi papá, con una escoba de ramas de arbusto hecha por mi papá, barrí en derredor de la oficina y bodega, luego fui a la casa y le pedí a mi mamá un bote para sacar agua de un pozo, lo llevé hasta la estación, y con varios viajes de agua quedó muy regado el piso, cosa que al llegar el jefe de estación elogió mi destreza y actitud, y mientras estuve en esa estación cumplí con esa obligación adquirida con mucho gusto, suspirando porque llegara el día en que pudiera yo entender lo que el sonido de los aparatos telegráficos decían, pero ¿cuándo aprendería a escribir? Sin este requisito era completamente imposible; y cómo podría conseguir tan difícil conocimiento, estando a la vez inhábil para introducirme y conquistar a una buena alma que tuviera paciencia y me hiciera conocer la virtud del abecedario y sólo las súplicas de mis padres a Dios Nuestro Señor lograron que se me presentara la oportunidad, y ¿cómo conseguirlo cuando la generalidad éramos analfabetas? En la estación sólo dos personas sabían leer y escribir, el jefe y su hermano que desempeñaba el cargo de bodeguero, pero Dios es nuestro buen padre y remedia todo. En esos días faltaba un cargador en la bodega y consiguieron a un hombre de unos cuarentaicinco años, estando con los cargadores, llegó un Sr. con una cajita para documentarla por exprés a Irapuato, y el documentador le dijo: —Si no viene marcada no la recibo. El pobre aquél no sabía qué hacer, el nuevo cargador dice: —Aquí hay



con qué marcarla... dirigiéndose al bodeguero, le pregunta: —¿Me permite marcar la cajita, y autoriza que lo haga?

Desde luego, a pesar de mi edad, sentí en mi ser lo urgente que era saber escribir y a aquel nuevo cargador le decían los otros "El Burro"; no obstante el apodo, siguió marcando los paquetes que embarcaban cobrando *diez* centavos por cada bulto marcado con nombre y dirección; yo, humilde chamaco, con mis huarachitos manufactura de mi papá, con mi camisita y calzoncillos de manta trigueña, me acercaba al Burro cada vez que marcaba, y cuando pasaron algunos días, me acomedía a traerle el bote de humo de ocote y la brocha y de esa manera logré conquistar la confianza del Burro, y no pasaron muchos días sin que me atreviera a preguntarle, al estar marcando: —¿Qué letras son ésas? —¿Qué no sabes leer? —No Sr., pero quisiera saber escribir porque quiero aprender telégrafo... —No chachito, eso sí es muy difícil, yo creo que sí. —¿Y cómo el jefe don Tomás le entiende? —Yo quisiera saber escribir, en eso llega una Sra. con un bultito, y como ya sabían que él lo marcaba, se lo entregó, yo corrí y traje la tinta;

—¿Qué letras son ésas? le pregunté: —Esta es la J, ésta O, ésta S y ésta E. —¿Y qué dicen? —Dicen José, pero así no puedes aprender, terminó y yo me salí para atrás de la bodega y como en mi mente estaban grabados los nombres de las letras, con la mano emparejé la tierra y muchas veces repetí el nombre José y así diariamente cuando menos una nueva palabra aprendía sin saber el abecedario, el cual más tarde el mismo Burro me lo escribió y escribiendo en la arena en un arroyito cerca de la casa ejercitaba mis prácticas de escritura y poco a poco me fui preparando rogando a Dios me concediera llegar a entender el misterio de cómo el sonido de un instrumento se convertía en palabras, y Dios me lo concedió y rápidamente, a pesar de tanto inconveniente, para Dios no hay imposibles cuando él quiere oír nuestras oraciones, las cuales deben ser humildes y aceptando nuestra bajeza ante nuestro hacedor.

Ahora voy a referirme a su cartita en un principio referida y no piense Ud. que en mi respuesta va a encontrar palabras de mayor significado que las que he escrito. No, Sr. yo no tuve la suerte de ustedes de que su padre haya tenido la satisfacción de que Dios le concedió los medios necesarios para procurar que ustedes recibieran una apropiada educación, oportunidad que supieron aprovechar y mis humildes súplicas a Dios (diariamente) es que lo guíe por la senda de la virtud, aprovechando la ilustración obtenida, para investigar cuál es nuestro deber para con Dios cumpliendo sin negligencia lo que nuestro eterno padre nos exige si queremos tener derecho a la vida eterna que nos ofrece.

Me es satisfactorio saber por su carta que la felicidad inundó la casa de sus padres la santa Navidad pasada, demos gracias a Dios porque así fue, y que esta gracia siga repitiéndose toda la vida. Yo y quienes me acompañaron en la noche buena la pasé enfermo y durante los pocos días que estuve en Juárez (2) fui a buscarlos en casa de su papá y no los encontré y tuve que regresarme, conforme porque cuando me enfermé no salí hasta el día que me regresé a mi solitaria, pero dichosa habitación que me cobija en las cumbres de la Sierra Madre Occidental donde mi vida pasa inadvertida, salvo los domingos que Nuestro Señor se digna acompañarme a caminar hasta mi llegada a mi apartado hospedaje; sigo trabajando con gran dificultad en mi escritorio durante el día para preparar las documentaciones del flete que sale el lunes y sin cambiar sigo la rutina diariamente desde 1943.

En la actualidad, usted lo nota, rapidez en todo, algunas veces es necesario pero no indispensable, los antiguos decían, "vale más paso que dure y no apresure", depende de lo que se trate, una persona atrapada por un derrumbe, salvarle la vida, deben trabajar diligentes, cuidadosos y *rápidos*, en la mayoría de los casos no es indispensable tal actitud; en su profesión caben ambas determinaciones como Ud. debe comprender, según se presente el caso; los problemas son resueltos eficazmente mediante la prudencia y *no* la rapidez, esto no quiere decir que no se presentan casos en que es ineludible tal actitud, pero en ningún caso debe faltar la prudencia, y evitar el arrepentimiento en lo que no tiene remedio.



Porque Dios así lo dispuso, yo no tuve la suerte de ustedes, lo repito, carezco en lo absoluto de una imaginación entrenada, pues nunca pisé el dintel de una escuela y por lo tanto me siento inhabilitado para opinar acertadamente en la generalidad de los casos o problemas; el cariño, el amor filial *no se encuentra en los mercados*, esta virtud natural nace con la creatura, y sólo lo desarraiga la perversidad de la criatura.

¿Es su deseo obrar la *justicia*? ¿Obrar con *prudencia*? ¿Ser razonable en sus actos? Acérquese a Jesucristo, él lo dirige, él lo sostiene y sobre todo *él lo salva*. No existe en esta vida transitoria mejor *amparo* para todo que *Jesucristo*, acérquese a *él* con confianza y amor, es su *salvador*.

Hijito, mi vista no me ayuda y sólo escribo por necesidad, pero ya le dije al principio, me perdone todos los errores que encuentre, así como la redacción, pero recuerde que su abuelo no es un jurisconsulto, pero sí soy un humilde cristiano y su abuelo que día y noche lo bendice y le suplico hacer presente a Mague y familia mis más cariñosos recuerdos y a quienes incluyo en mis bendiciones, un abrazo y besitos a todos.

Su abuelo que no los olvida, y les desea *paz* y salud.

*HILARIO*

Nos ha nevado 5 veces y hace mucho frío, en las mañanas tenemos de 10° a 20° F.

♥

Hoy, que terminamos nuestro curso de primaria, ya que hemos aprendido todas nuestras lecciones y hemos terminado con nuestras tareas, cuando nos encontramos reunidos como el primer día y nos reconocemos las caras, nuestra querida maestra, nuestras maestras antiguas, nuestros amigos y amigas de tantos juegos, discusiones, trabajos conjuntos y ratos alegres, hoy me siento triste y contenta.

Me siento triste porque sé que a muchos no los volveré a ver porque se cambiarán de ciudad, a otros no los veré porque ya no estaremos en la misma escuela y a otros, aunque los veré más seguido, no los veré ya como niños sino como adolescentes y adultos. Me siento triste porque al salir de la primaria ya no vendremos a nuestra querida escuela, al recreo, a jugar en el patio, a las juntas del salón, los juegos de estrado y los dulces de la tiendita.

Pero hay también una grande alegría en mí pues sé que con lo que de aquí me llevo soy ya una persona muy completa, que ustedes me han dado de sí y yo he sabido corresponder a su cariño y apoyo.

Hoy me siento feliz porque, cuando termine el verano, emprenderemos un nuevo escalón muy importante de nuestras vidas. Estoy segura de que no fallaremos pues en todos los momentos seremos representantes de esta querida escuela.

Hoy nos despedimos de nuestra niñez con grande cariño y amor. Hoy también llegamos a otra etapa que nos enseñará mucho de la vida y debemos aceptarla con igual cariño que la que dejamos.

Rosita Aguilar Quevedo



♥

Ayer se me chingó la moto, una pendejada, el apagador del manubrio derecho que prende y apaga el circuito eléctrico. El coraje que da es que ese aparato es totalmente innecesario pues sólo sirve para que los mirones se pongan a monquearle y luego después se sientan con ganas de moverte los espejos, los apagadores de las luces y a joder con todo lo demás. No sé ni por qué se descompuso, tal vez de tanta arena que se escurre hacia adentro por cualquier orificio y causa corto circuito o lo que sea, eso es un gran misterio pues, a pesar de que traté de arreglarlo, de desarmar el asunto con mucho cuidado fijándome bien dónde iba cada tornillo, dónde cada alambrito y partecita del sistema electrónico supersofisticado del apagadorcito japonés, de rearmarlo después con mayor cuidado y grandes ilusiones de que ya limpio funcionara, nada resultó. No prendía la marcha. Todo el sistema eléctrico seguía muerto. Insisto en enojarme mucho pues la cochinada ésa de verdad no sirve para nada pues la moto lleva otro apagador más sofisticado al centro de la caja de aparatos, sobre el tablero, donde entra la llave. Antes, las motos, aunque muy primitivas, rudimentarias, jodidas y estúpidas, pues no llevaban sistemas computarizados ni planchas de circuitos integrados en vez de alambres, ni sistemas automáticos, ni jodederas de ese tipo, sí tenían un pedal de arranque para echarlo a andar todo y poder salir a madres en cualquier momento por entre los vientos y polvaredas de marzo. Cuando se jode la moto es como cuando me enfermo o se enferma alguna de mi gente, como cuando se me pierden las llaves, como cuando se me cae la taza favorita y se rompe en mil pedazos sobre el suelo de cemento. La frustración se hace sentir porque considero a la moto como a mi buena amiga, alguien que estimo y que está allí, incondicionalmente para llevarme, como un

caballo, al lugar que se me antoje, cuando me dé la gana y sin que me exija más que llenarla de combustible, revisarle el aceite, engrasarle la cadena y lavarla de vez en cuando. ¡Qué chasco! ¡Me lleva la chingada! Sé que me van a cobrar un millón los hijos de puta de la agencia, pero ¿qué hago? Si hay tan pocas gentes que andan en moto y por eso todas las partes de reemplazo y los servicios son tan caros, tampoco hay muchos mecánicos de motocicletas, sólo uno o dos lugares a donde se puede ocurrir. Qué pendejada. Es un medio de transporte tan conveniente, tan civilizado, tan lleno de virtudes en realidad. Si no hubiera ya más carros, si sólo hubiera motos, bicicletas y medios de transporte colectivo, nuestras vidas se alterarían de formas drásticas para bien. Mermaría la producción de esmog pues los motores chicos de dos golpes son sumamente eficientes, queman muy poco aceite y casi nada de gasolina. Con el importe de dos galones uno se anda toda la semana. Es más, uno se olvida de cuándo fue que la llenó. No habría tantos accidentes pues todos, por necesidad, viajarían más pendientes de lo que ocurre a su alrededor porque para manejar una moto es necesario estar plenamente consciente constantemente. Lo que sucede hoy es que los que viajan en carro, sentados en su salita fuera de casa, llevan el radio puesto a todo volumen, comen o toman algún refresco, fuman, echan el cotorreo con la novia o la que sea, todo menos ir pendientes de los demás, ni de la velocidad a que se corre. La gente viviría más sana pues la moto fuerza a uno a estar afuera, ante los elementos, constantemente. El espíritu de independencia de las gentes aumentaría pues sobre la moto no hay limitantes, no hay espacios reducidos, no hay barreras para salir de un aprieto, no existe mas problema que la nieve y la lluvia. No tiene remedio, ese vehículo de dos ruedas tendrá que reemplazar al carro, en Europa y en las ciudades grandes en donde la necesidad obliga al guiador a desplazarse con rapidez, con velocidad y le exige llegar a tiempo a los



lugares, ya se ven muchas personas sobre sus Vespas, motos mosquito y demás, hasta se ven señoras italianas vestidas muy elegantemente, de tacón alto, medias, pañoleta, traje y casco, felices de la vida, cargando el mandado en una canasta, el portafolio, un veliz chico o nada, pues lo más padre del asunto es que salir a la calle en moto es todas las veces una aventura, un paseo que hay que gozar.

♥

Qué añito me ha tocado, primero el síncope de mi papá y su terrible operación, luego la boda de la Rosi y Charlie y las broncas con su familia, luego la enfermedad de mi suegro y ahora esta terrible operación de mi madre y su larga convalecencia. Bendito sea Dios, ojalá y pronto sane y se sienta bien y que mi papá siga fortaleciéndose para que todo regrese a la normalidad, que recuerde que cuando ya esté bien tiene que acompañarme a la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe pues tengo que cumplirle una manda muy seria e importante, lo mismo con mi papá. Aquí en la escuela también ha sido un año altamente estresante. Creo que de los más difíciles de mi carrera y ya es decir mucho pues he pasado unos muy terribles. Y ante todo esto, está aquí afuera, en el patio, entre edificios, un árbol gloriosamente bello. Ya tiene la copa alta y redonda más de dos semanas que cambia y cambia sus colores por incrementos diminutos. Hoy me di cuenta de que ya está casi completamente dorado rojizo. Hace como unos diez años que conozco ese árbol. Siempre me ha gustado mucho pero como desde hace unos dos años se ha convertido en mi amigo de la mañana y de la tarde. Es lo primero que veo, que me paro a observar, a veces absorto ante tanta belleza, en el frío de las mañanas de otoño, incrédulo de la intensidad del rojo por la tarde cuando los rojos del ocaso se filtran entre las hojas. Hoy me siento muy feliz frente al árbol. Tranquilo ante el mundo y ante mi propia humanidad.

Frente a este amigo comprendo bien que la belleza humana, la belleza natural no depende de la perfección ni de la búsqueda de la excelencia sino de la gracia de Dios, de un regalo libremente dado que no podríamos pagar aunque quisiéramos, que no debemos tratar de pagar pues sería una ofensa terrible ante la generosidad absoluta. Creo que en nosotros como en ese árbol está presente la resurrección de Cristo. Pues se ha salvado esa belleza para el pasado, el presente y el futuro, como si fuera su reflejo. Así también la muerte y la resurrección de nuestro señor borra el pecado humano de antes, de hoy y después gratuitamente porque quiso y quiere, como quiso que fueran, que sean una y otra vez los rojos del árbol, es hermoso pensar en tanta bondad y tanta belleza.

♥

Anoche llamó la Rosi a doña Male y ella le dijo que Isa ya definitivamente no quiere vivir en la casona porque siente mucho miedo ya que han estado robando mucho alrededor. Lo increíble es que mi suegra le dijo a Rosi que ella también quería salirse y que ya estaba dispuesta a vender. Yo le dije a Rosi que tal vez Isa pronto se case y se vaya a vivir con su novio y qué bueno por sus niños pues mucha falta les hace un papá. Luego mi suegra se quedará completamente sola. Yo le sugiero a Rosi que se venga su mamá a El Paso a un apartamento mientras Isa se establece y que después se venga a vivir a la casa. Así Rosi y ella se harían compañía y la señora no pagaría renta. Lo que me preocupa es la soledad de la señora y por consiguiente la soledad de todos. Poco pienso en la soledad pues generalmente estoy rodeado de mucha gente. Si en ella pienso es añoranza pues lo que me falta es poder estar solo en ratos más o menos largos para pensar y escribir. Sin embargo, no dejo de entenderla como tragedia. Todavía me acuerdo del sentimiento de vacío casi físico que sentí durante los seis meses que me quedé solo en Albuquerque cuando la Rosi estuvo esperando a



Gabi, en cama y al cuidado de doña Male en Juárez y los otros seis cuando me quedé en Seattle a terminar mi contrato mientras la familia se regresaba a Juárez. Me acuerdo que cuando terminaba la actividad del día, después de lavar la ropa, de cocinar y comer, ya cuando todo estaba en calma, no había con quien conversar, eso es muy bueno para pensar y escribir pero pronto cansa también. De nuevo pienso que estar o vivir solo puede ser llevadero para una persona saludable y fuerte pero para un enfermo o un anciano debe ser terrible, y hay tantos acá en este país, cuando menos en México los viejos permanecen con su gente, la soledad más terrible, sin embargo debe ser vivir en un lugar muy grande y vacío, un lugar donde antes hubo mucha actividad, gente querida, calor y amistad, un lugar que ahora está desierto, despoblado, poblado sólo por fantasmas o recuerdos de la que fue, añadiéndole a eso el miedo, pavor, pánico nocturno de que en cualquier momento puede meterse un asaltante a robar o matar, debe aumentar el sentimiento de vacío e insomnio hacia la desesperación. Creo que ahí está mi suegra ahorita. ¿Qué será de nosotros cuando estemos más grandes? ¿Qué hará uno cuando falte el compañero o la compañera? Ha de ser muy duro para el que se queda. No sé si sea posible adaptarse de nuevo. ¿Será posible permanecer activo cuando menos una parte de la vida para que así se llene de algo el vacío? Tal vez los afortunados, los que permanecen ágiles puedan hacerlo. Tal vez los que puedan leer, escribir, pintar o los que tengan alguna actividad intelectual o física que los ocupe y que les permita rendir aún y aún lograr satisfacciones.

♥

Mando vino ayer a visitarme. Caminamos juntos de la casa al trabajo. Yo me llevé mi chaquetona gris pues ayer me puse la azul y sufrí fríos todo el camino. El aire se había puesto muy bravo y se me colaba por todos lados.

Mando dijo que no, que con su sudadera y su gorra de béisbol era suficiente. Le dije que no caminara tan de prisa, que tenía que seguir mi paso, que yo apenas empezaba y que por andar de prisa o por querer hacerlo la semana pasada, se me jaló el nervio siático y me jodí varios días, semanas, meses. Como a medio camino ya se estaba arrepintiendo de no haberse llevado algo puesto pues se había escondido el sol tras unos nubarrones y por más que nos movíamos y les gritábamos a las nubes que se hicieran a un lado nada sucedía que no fuera bajar la temperatura. Seguimos el camino, yo con miedo a que se me volviera a jalar el músculo o algún nervio o algo y Mando de que no volviera a salir el sol a calentarle su organismo caribeño. Me fue contando que pasado mañana se iba a Miami, que allá se quedaría unos días, que luego regresará dos o tres días a El Paso y enseguida se van él y Míriam para Hawaii hasta mayo. Con decirte que ya trae un libro en que se especifican las características de todos los campos de golf del archipiélago y ya sabe que el más cercano de ellos está a una distancia *caminable* de su apartamento de Honolulu.

♥

Creo que cuando lo vi verdaderamente contento, mi suegro estaba en un ambiente natural, si en el mar, si viajando por cualquier carretera a cualquier lugar, si en el lago de Colina, si en la sierra de cacería, de Juaritos a Boquilla son seis horas y media, o eran, antes de que terminaran la autopista Juárez-Jiménez pasando por Cárdenas, Meoqui, Delicias, Saucillo, Conchos y en Camargo vuelta a la derecha hasta llegar por el camino de abajo, para arriba está El Tigre y la presa, para abajo el pueblo, lo atravesabas y seguías unos diez minutos, a la derecha te ibas fijando pues llegarías a la puerta marcada *La Isabelita*, allí entrabas y al final estaba el campo Quevedo tras una malla ciclónica, un toldo grande frente al agua del



Lago de Colina y junto al muelle donde tenía amarradas las lanchas, la Isabelita, la más viejita y la nueva que le había vendido el tío Ben, en una esquina del toldo el viejo había construido una recamarita para las *visitas* que generalmente éramos nosotros y antes fueron don Jesús, su padre, el general, su tío o las hermanas y los maridos de la señora, doña Male, a unos cincuenta metros, sobre la orilla del lago, había construido una casita de dos pisos, abajo una especie de garaje para lanchas y arriba una salita-recámara con su bañito y su cocinita, una pequeña barrita y un balcón con vista al agua, cuando estaba don Roberto salía música por todos los orificios de aquel inmueble a toda hora, luego detrás estaba la cocina y al lado de la cocina la casa de tres habitaciones y baño, el zacate, las palmas, los álamos y los tules crecían sin que nadie los supervisara ni los regara, llegábamos y ya estaba allí don Roberto, salía a recibirnos con una inmensa sonrisa, los brazos abiertos, —Miren, qué bueno que ya llegaron. —Párese allí y vengan para acá, Agapita ya frió unos charales, la cerveza está fría, véngase a estar acá conmigo... subíamos a su casita, nos sentábamos con él a tomarnos el trago a gozar de su presencia de su cósmica alegría, —Mire nomás, ya ve por qué no me quedo en la ciudad, para qué demonios voy a estarme allá respirando esmog y aguantando el ruido de esa bola de locos que se la pasan de arriba para abajo en los carros quemando gasolina... —Mire aquí qué tranquilidad, qué sosiego, así es como debe de ser la vida ¿Qué le parece? y se callaba un rato dejando que emanaran de la habitación y corrieran sobre las olitas del lago los acordes de *Die Rheingold* de Wagner, de la melodía de Sigfried y la de las Walkirien, caía la tarde, se prendían las luces, primero con un motor de gasolina que duraba de hora a hora y media, lo suficiente para cenar y prepararse para dormir, unos frijolitos de los de Agapita que eran como la gloria misma o unas papitas guisadas con chile, limón, cebolla y tomate.

♥

Hoy llamó la Gabi a mediodía, me preguntó que si qué estaba haciendo y que dónde estaba. Yo le contesté que nada y que en mi casa y le pregunté que por qué, ella me dijo que quería decirme algo y que sería mejor si me encontraba sentado, yo ya me imaginaba pero de todos modos me sacó de onda, es más, ya el Pepe nos lo había dicho como tres veces y Gabi le había dicho a mi papá no hacía mucho mientras platicábamos en un restaurante, sí, que ya estaba esperando a su primer(a) hijo(a), la Rosi tomó el otro teléfono y nomás miré sin decir nada mientras rompía en llanto, son momentos muy raros ésos, no en el sentido de extrañeza sino que te dejan como colgado en el aire y el tiempo, como que te dan chance de que te repongas un poco antes de responder, ¿responder qué?, silencio, yo me fui, me puse a imaginar sin palabras el retrato, la imagen de mi nieto/a en el sonorama, la cuna blanca que tiene guardada mi mamá, el olor a niño recién nacido, los zapatos pequeñitos, todas las cosas que uno ha relacionado con los bebés desde que fue papá, ahora sentí una alarma pero no como cuando se anunciaba la paternidad, ahora es una alarma en clave menor, más alegre, menos estresante, como de risa y color de rosa, en realidad todavía no salgo del asunto, como que es un sueño que no se acaba, no sé, tendré que verla a mi hija ya encinta, como son esas cosas, para hacerme a la idea, para que se convierta en parte de mi realidad.

♥

Gabi y David se levantaron muy temprano, David le llevó el desayuno a Gabi a la cama porque han descubierto que si come cualquier cosa antes de levantarse se siente menos mareada durante el día, hoy salimos la Rosi y yo con los muchachos a una cita muy importante, algo que ellos tenían planeado desde hace tiempo, fuimos con ellos



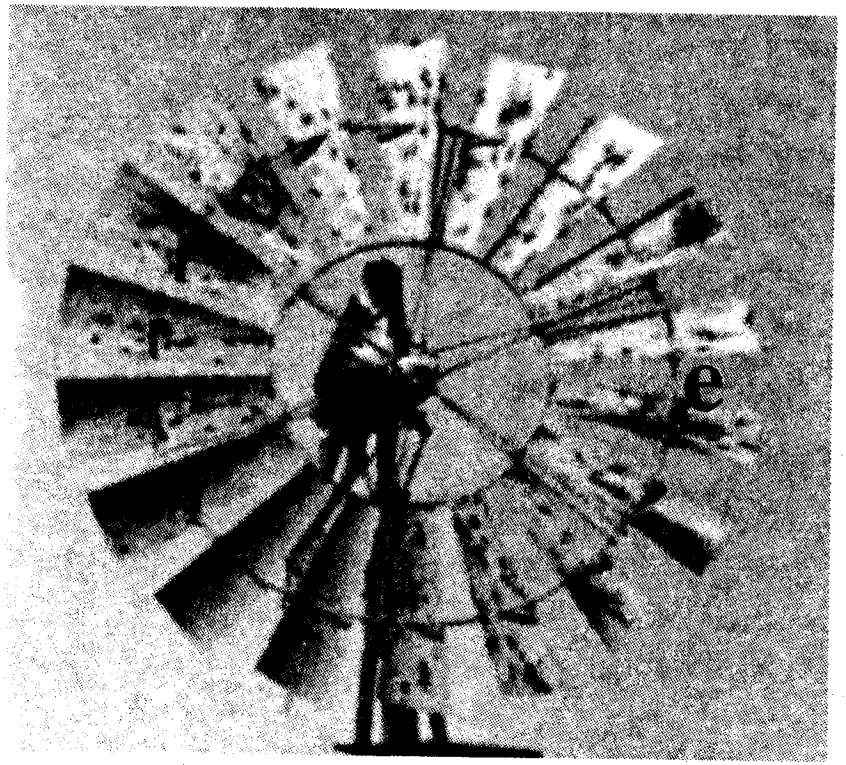
donde el médico de Gabi quien prometió que oiríamos por primera vez el corazoncito del niño o la niña, Ariel o Camila, según sea nuestro nieto o nieta, ¿qué será, cómo será? pero aún es muy temprano para decir nada, van sólo nueve semanas y eso es todavía muy poco, seríamos afortunados si lo escuchamos pues está todavía muy chiquito(a), la enfermera le puso a Gabi en la panza uno como telescopio pero con un amplificadorcito y bocina que proyecta los sonidos, del corazón de la madre sobre todo, y nunca pudo localizar el latido del(a) pequeñito(a), luego llegó el médico, un muchacho güero muy desenfadado, saludó a todos muy cortés y luego empezó a buscar el corazoncito del bebé, primero sólo se oía el lento latir del corazón materno pero de repente todos escuchamos un latido fuerte y rapidito, como al doble de los latidos adultos, —Parece un tren, dijo el médico, lo escuchamos una segunda vez, nos despedimos y salimos nerviosos y alegres los abuelos, un poco desconcertados pues como es la primera vez, antes esto no sucedía, los padres, abuelos y familiares no sabían nada, tal vez se imaginaran algo, hasta el momento del nacimiento, ahora se escucha palpitar, en otros dos meses se observará en una pantalla televisiva y sabremos su sexo, David trajo una cinta de video pues le avisaron que si quiere, le grabarán la imagen que salga en el sonorama y así podrá conservar un récord fehaciente de la vida del(a) niño(a) desde sus inicios y ahora sí que es milagrosa la posibilidad que presenta la tecnología, nosotros aun no lo creemos, vamos a una tienda de artículos infantiles, compramos un lindo moisés, dijo David que hay que armarlo para ver si está completo, yo también siento muchas ansias, a Rosi y a Gabi se les nota una gran alegría en los rostros...

♥

—¿Qué pasó? Le pregunté a mi hermano. —Eso, me contestó. Se refería a la muerte de nuestro amigo, casi

hermano, Víctor, *el poeta* para sus amigos. Mi madre lo había adoptado extraoficialmente cuando aquél era un chiquitín y deambulaba por los atrios de la iglesia de nuestro barrio como tanto chavo. Era monaguillo de alba con mangas anchas bordadas y sotanilla roja. No recuerdo cuándo exactamente empezó a llegar a la casa, lo que sí es que llevaba el uniforme caqui de la secundaria del parque que luego cambió por el gris de la prepa, creo que quería ingresar al seminario pero se lo previno una de tantas reglas tan católicas pero poco cristianas, como la de estar impedido de aspirar al sacerdocio por ser inocente hijo natural. Cuando cumplí quince años pasé una temporada con el poeta en la capirucha donde vivía y estudiaba. Derecho. Recitaba las clases de memoria a la madrugada, la de derecho romano, internacional, teoría del estado. Fumaba unos purillos o cigarritos de tabaco negro que se llamaban *negritos* y gargajeaba y escupía que era un contento. Por la noche nos largábamos con otros compas de aquella casa de estudiantes de la calle Cincinati. Al bar Las palmas de la colonia. Una vez nos tocó que nos corrieran como a eso de las 4:00 de la mañana y creo que recorrimos calles y banquetas a gatas y con los guantes puestos para que no nos pisaran las manos. Se hizo jurista famoso, famosísimo internacionalista, maestro eximio de su propia facultad y muy querido de sus alumnos, me consta, como pocos. Un día lo traje por acá para que se presentara en una de estas universidades, sacó su visa en el puente y al estar llenando los papeles me preguntó: —Oye, Richo, ¿y aquí donde dice ocupación qué pongo? Pues como había sido funcionario del gobierno mexicano a tanto nivel y tanto tiempo, en derechos de autor y patentes, en la procuraduría federal, en la corte mundial de Le Hague... —Voy a poner maestro universitario, dijo, pues no hay trabajo más digno. Lo interesante del caso es que no era pose, lo sentía, y eso es decir mucho tanto acá como allá.. De chico, mi madre siempre recibió sus cartas. Ella correspondía viajando al DF. Lo acompañaba a las librerías a principio de semestre para comprar los materiales. Le llevaba trajes más o menos, de los de acá, pues en chilangolandia, como en algunas oficinas de arquitectos, no vales por lo que eres sino por lo que llevas puesto, así sea un trajecito jolingo, brincacharcos o lustroso de tanto plancharlo, no importa. De ahí en adelante ya casi nunca lo vi de otra forma. Berta, su mujer, se encargó de su vestimenta cuando ingresó al gremio de los casados. Aquélla se reía mucho de él porque decía que cuando lo conoció en una fiesta lo tildaban de la hormiga atómica pues como era chaparrito y andaba vestido de combinaciones de colores estrafalarias. Nos recordaba las ocasiones en que ya a media clase en la augusta Facultad, sentado sobre su escritorio, chaparrito, le colgaban las piernas y las movía mientras hablaba. En una de ésas, que interrumpe su emocionada perorata pues al estar considerando cómo explicar algún concepto, se fijó en que no sólo se había puesto un calcetín de un color y otro de otro sino que también llevaba zapatos totalmente distintos. Pero Berta se encargó. Lo dejó hecho un catrín, trajes elegantes, ropa coordinada seria y bien cortada muy europea, como viajaba tanto allá, hasta corbata de moño ¡Oiga usted! Mucho, muchísimo platicamos. Acerca del movimiento chicano, del significado de nuestra frontera. Seguido me invitó a que le hablara a sus clases, a participar en mesas redondas y yo le correspondí. Allí lo tengo grabado hablándole a mis muchachos de los derechos del autor. En octubre, de puro milagro, asistí a una plática suya sobre el derecho al voto de los mexicanos en el extranjero. Me avisó de ello el Axel Ramírez. Luego después nos fuimos a cenar, rápido porque tenía que preparar su salida para Sonora temprano el día siguiente. Allí me dijo que qué bueno que nos habíamos podido ver, que no le dijera a nadie pero que él creía que ya no le quedaba mucho tiempo, que le habían descubierto un virus de esos que no perdonan denominado rotovirus y que ya tenía desde

febrero con diarrea. Me preguntó que yo que haría. Yo acababa de visitar a la Guadalupana para agradecerle otro de una serie de milagros; le dije que ahí estaba la solución. Aunque me miró como diciendo pobre pendejo, se sonrió y creo que de veras se puso contento. Nos despedimos, subí al taxi y ya no lo vi. Pues no. No lo mató el rotovirus. Cuando volví de un viajecito, me llamó mi hermano. —Eso, me dijo. Mi madre sintió su muerte como la de un hijo. Se dio al llanto. Supimos que el 28 de diciembre, después de la comida de Navidad con mi familia a la que religiosamente asistió toda su vida, regresó a su casa. De noche, alguien *conocido* tocó a la puerta. Él lo dejó entrar. Lo encontraron estrangulado la mañana siguiente. Fin de siglo. Fin de milenio. Signo de la bestia.



◆

**Este**, levante, oriente

**Primavera**

**Aire**, brisa hálito, aura, céfiro, favonio, fagüeño, vahaje, remusgo, chiflón, zurrusco, bochorno, zonda, simún, paraca, pampero, ventarrón, ventolera, vendaval, galerno, remolino, nevasca, trompa, tromba, manga, huracán, ciclón, tifón, baguio, tornado, hurivari, travata, vórtice, caldereta, coneón, virazón, efesio, alano, alisio, monzón, bungalés, arriero, cascarrón, gregal, mistral, cauro, regañón, gallego, siroco, jaloque, lebeche, ábrego, áfrico, garbino

**Vientos del este**, levante, oriente, solano, rabiazorras

## A Barlovento

*Rugió por el oriente, nos atacó de día y de noche*
*los olmos ancianos cayeron desplomados sobre prados y banquetas*
*los cables se zafaron de los postes y la noche se prolongó sin agua*
*los semáforos, anuncios coca cola, los techos de jacales se empinaron vencidos*
*atiborró las bocas abiertas de los caminantes descuidados*
*se escabulló bajo burbujas motociclistas y les hirió las retinas*
*se acomodó entre los escotes y brasieres de las damas de leches opulentas*
*perforó los oídos regañados de las niñas de uniforme*
*colgados de minúsculos aretes*
*comando invisible asaltó por las rendijas de ventanales y zaguanes*
*cubrió las fuentes, las explanadas, las butacas de los cines y los bares*
*las frutas y legumbres de los mercados y los carritos de las jícamas*
*acarreó los polvos que las muelas masticaron, que estornudaron asmáticas las fosas,*
*que los puños a los párpados tallaron, que rascaron los dedos de los orificios*
*que barrieron las ubicuas escobas de popotillo,*
*que los trapeadores y mangueras enlodaron, que los peines y cepillos desalojaron,*
*que las franelas aceitadas relustraron,*
*arrastró las hojas secas de múltiples nogales y las depositó*

*bajo el sofá*
*y los papeles en las cunetas y la basura en las esquinas*
*arrancó las toallas y los calzones de los tendederos*
*los llevó al vuelo de papalote por el cielo*
*los depositó sobre las cabezas, las manos extendidas los sables y balanzas*
*de las estatuas, sobre las antenas de televisión, sobre los solares de las granjas*
*y en los sembradíos lejanos,*
*ululó su amenaza incansable a todas horas de la tarde*
*por los callejones bajo la luna*
*exilió las caricias de los enamorados por las calles,*
*envolvió el sueño de los autobuses y las ruteras*
*por despoblados, acequias y baldíos,*
*rodó huizaches y gobernadoras sobre los puentes,*
*voló los chicles a los vendedores y desgarró las dos banderas*
*por todas las banquetas les levantó las faldas y vestidos elegantes*
*a todas las féminas que por allí pasaron corriendo a refugiarse*
*una mano a la cara la otra extendida hacia la enagua*
*sin olvidar pincharle la mirada a los mirones lujuriosos*
*que quisieron quedarse a la intemperie para no perderse el show*
*varó desde las doce al unívoco aeroplano*
*y dejó a los viajantes atrapados más de un día*
*arreó con el esmog y demás inmundicias que flotaban*
*limpio se fue por la mañana aunque no en definitiva*
*pues febrero el desquiciado y marzo su gemelo se encargarán de reiniciarlo*
*y de llevarse la locura hasta el calor*
*en lo oscuro infundirá el temor de su leyenda a los muchachos*

## Crucero

*Para Rosi*

*Están clavadas dos cruces*
*en el monte del olvido*
*dos amores que (no) han muerto*
*que son el tuyo y el mío*

Tradición hispana

◆

Me preocupa mucho la Rosi chica, aunque ella es muy fuerte y decidida no deja de resentir la soledad y la separación y a nosotros nos parte en pedazos, el fin de semana estuvo enérgica, no sabíamos si hablarle derecho o simplemente dejar que pasara el tiempo sin hacer bronca, nos decidimos por lo primero y creo que funcionó pues platicamos de lo que le molesta de nosotros cuando vamos a quedarnos con ella, le dijimos lo que sentíamos, tal vez después, si nos cambiamos a El Paso, todo vuelva a su lugar pues no sólo es ella quien resiente sino Rosi grande también y tal vez de una forma más terrible pues está sola acá, raro, tanto Gabi como yo parecemos adaptarnos más rápido a los cambios, de nuevo las diferencias de carácter entre nosotros y lo que significan en alegría o dolor.

◆

La estuve observando de cerca a mi hija Rosi durante el fin de semana. Me cuesta trabajo describir su sutil gracia, su hermosura. Si lo dijera en una palabra diría que el dorado la cubre desde el pelo al color de los ojos y la piel. Diría que se desprende de sus gustos, los muebles, la ropa, su risa y su sonrisa alegres en una especie de halo solado. Su estatura, los movimientos ágiles, su forma de concebir las cosas y de atacar los problemas, sin miedo, la ternura y el amor de ella se desatan por las personas y por las cosas que de veras importan y me dan aliento y esperanza, algo que siempre he

sentido fluye de una nueva generación de mexicanos. Ha decidido quedarse y ser suya, vivir y expresarse con libertad y hacerse productiva. Viene descubriendo la importancia de nuestra expresión artística y cultural muy como a mí me tocó descubrirla, aunque eso da miedo por ella pues por un lado puede ser muy doloroso, excitante y bello como descubrimiento de que es nuestra tanta grandeza y que contribuimos a ella y por el otro que aquello nos habrá de consumir porque no están los recursos ni las posibilidades necesarias para que se desarrolle. La independencia trae su angustia y no hay quien la sufra por uno. Mi hija la artista ya no es la sonrisa de dientecitos diminutos, el pelo corto y el vestido blanco a cuadrícula amarilla y olanes, ni es tampoco la menuda cabellera ardiente del retrato a bucles y guarachitos blancos que le robó al ocaso. Es una mujer entera, libre y viva, colmada de energía, de esperanza y de un conocimiento profundo de la belleza y la bondad. Hoy está presente, la puerta blanca de tela de alambre y la reja en una mano, dice adiós con la derecha y sonríe aquella sonrisa igual de amable y calurosa que la de antes, iridiscente de cariño y alegría. Cómo son las cosas, así no me siento tan viejo, parece que no ha pasado ni un año ni dos desde que la vi recién nacida, el llanto color de rosa, que la escuché decir *curacacha* y *albón* cuando le pedía que dijera *albóndiga* y le di de comer en la boca, que me senté con ella a ver el capitán Kanguro y que gritó *chana, chana, chana, chanita* antes de brincar al espacio que la separaba de los abuelos. No ha pasado ni eso desde que la retraté con su uniforme del Teresiano y su cachuchita colorada o que le ayudé a escribir el discurso inocente que leyó el día de su lúcida graduación de la primaria. Qué tanto hace que nos llevó a su baile al terminar la secundaria o de aquel día que nos paseamos de la mano por las calles de Thesaloniki, ni un segundo y ya las canas y la calva me gritan que no es cierto, pero susurran que tampoco ando tan mal pues ya la vi lograda aunque me duela la sonrisa.



◆

Ya tengo dos años preguntándome de qué voy a escribir por acá. Desde que nos venimos de Juárez como que se me ha cortado el hilo. Allá estaba empapado del ir y venir, del tejemaneje, de la polaca y del güirigüiri, guagua, guaraguara y chiquistriquis, dijo Pepe, de la frontera, de las ondas pendejísimas de los gabas, de las broncotototas cabronsotas supermaquiavélicas polacas intra-inter-extrauniversitarias de la Unifront, saturado de geografía humana, vegetal, urbana, de caras, árboles y nopales, banquetas, calles, parques, casas y edificios, frisos, columnas a lo Carpentier, paredes derruidas o en derrumbe, de olores, sabores, ruidos, luces, oscuridades, de las risas de las niñas uniformadas que caminan a la escuela sobre banquetas recién barridas, recién rociadas, que salen para su casa bajo rojos atardeceres, soles agobiadores de junio que te queman las nalgas y las manos cuando te subes a la moto o al carro, que te suavizan, te derriten el neolite y te arden las suelas por dentro, los fríos cabronsotes de enero, las nevadas y peste a calentador de gas dentro de las casas, las blancas sonrisas de los compas que se avientan tacos de barbacoa, burritos ahogados, chicharrones, jícamas, pepinos con chile y unos refrescos de óranch o manzanita california a la sombra de los tejabanes del Chivo Brincón, o muy de madrugada frente a un plato hondo de menudo curacruda. Acá no hay nada de eso. La Rosi me pregunta que qué ondas, que si la raza acá está muerta o qué, que qué hacen a las ocho o a las nueve ya metidos en el chante, o bajo las colchas o en dónde, que si el misterio es cosa regular de los barrios pues los vecinos se nos esconden al paso o se nos quedan viendo como preguntándose qué andamos haciendo al caminar por las calles en la oscuridad, anduvimos, andamos todavía en busca de alguna cantinita, de algún café de cualesquiera donde haya gente, donde podamos platicar y fumarnos un cigarro a gusto, sin que se nos queden viendo como si fuéramos animales raros cuando encendemos un pitillo pero no hay, no hay, o están tan escondidos que la verdad son malos negocios, con decirte que la otra noche, en

un acto de desesperación, de artero exilio, agarramos el carro y salimos corriendo a todo lo que daba, cruzamos la frontera y llegamos rechinando llanta hasta donde están las señoras que hacen gorditas frente a la iglesia de la Insurgentes sólo para sentir que no se habían perdido, que no habían desaparecido para siempre y que aún podíamos llegar en una hora, nada más que una hora.

Ya llevo dos años preguntándome de qué voy a es-cribir por acá y te lo digo en serio, no sé, todavía no sé. Me da mucho miedo pensar que ya no puedo o que ya se me olvidó cómo. Acá no hay nadie por ninguna parte. La raza no camina por la calle. Se sube en su ranfla y jala para cualquier lado que vaya. No hay más que un pinche camión cada cuarenta minutos o algo así. De vez en cuando una que otra ruquita de ochenta años que anda a madres por la banqueta no por placer sino como huyéndole a la muerte que la acosa, simón, haciendo ejercicio como si eso fuera la mera neta. Qué será, cómo llegarle a esta vida callada, sigilosa, calmada, contemplo el cerro y me admiro de las aristas caprichosas, puntiagudas, orejas de liebre, de cuatrocientos conejos, a veces me parece que están aquí, aquí frente al parabrisas del carro sobre el camino a casa, otras como si estuvieran a cuarenta kilómetros de distancia, unas veces negras, siniestras, sobrecogedoras otras azul claro o grises, brillantes, diáfanas como el día de por acá pero por las tardes perpetuamente me sorprenden los naranjas, los rojos media hora antes de oscurecer, contemplo el valle y observo el verde subido de tanto nogal, la plata centelleante de alamedas mecidas por el viento, recorro la vista por el borde de la mesa, trazo horizontal como de rapidógrafo sobre azul, quebrado un instante para seguir el zigzag de los picos caprichosos del pequeño volcán, del Picacho, me largo a caminar por las orillas del río, estiro la mirada hasta el sur, hasta donde se pierde la serpiente, dorada entre los cerros de El Paso y Juaritos, para el norte hasta donde conjeturo la dilatada falda de los Manzanos, la Sandía y el suelo rosado de Albuquerque, cruzo la corriente sobre el puentecito que une la vía que corre al oeste desde La Mesilla y la que tuerce hacia el norte y se mete por el valle.



◆

Hace unos días quise empezar a escribir lo que me sucede aquí, a cuarenta millas al norte de la frontera, en este lugar en que jamás soñé vivir porque lo consideraba aburrido, pequeño, dormido, dejado de la mano de Dios, además había que cambiarse de casa, de lengua, de aire, de polen, de tierra, de amigos, de cara, casi de piel, de todo a todo, y fueron dos veces ese año, primero a una casa rentada y luego a ésta, había que cargar con un fardo pesadísimo, deudas, gastos esperados, inesperados que se comieron la mitad del retiro, había que vadear las broncas burrocráticas para que la Gabi entrara a la uni sin prepa y sin inglés, con la reciente herida de la separación de la Rosi, era cosa de acostumbrarse a un nuevo sistema, después comenzaríamos a darnos cuenta de que aquí cambian las estaciones en momentos distintos, que hay siete grados de diferencia entre los fríos y los calores de allá, es más fresco acá, sembraríamos este primer jardín, recordaríamos los consejos del Alberto sobre la escalera del árbol de la vida, de los peldaños que había que escalar, la transmutación que percibía se nos arrimaba, escarbaríamos el primer agujerito y con el índice enterraríamos la primera semilla de sandía, el primer varejón de bambú, las raíces de la higuera, del granado y de la parra, de los laureles rojos, las glorias, las calabacetes dulces y el tomate de la Rosi, conseguiríamos guajes en semilla desde Aragón y con el pico colocaríamos los túberos de tulipán y los pericos rojos, como en los jardines de Aurelia, Josefina, Male y Marta plantaríamos un pequeño hotel para pájaros salvajes, muchas horas observaríamos el violeta de la tarde y admiraríamos la silueta purpúrea de los órganos monolíticos que apuntan los enormes índices hasta las estrellas y las nubes que corren la gigantesca cola dinosáurica de sur a norte por el levante de la casa, sola, allí, la cordillera mágica, después de respirar *el aire limpio y puro*, dijo Robles, de frotar esta tierra como loco, pasearme años por el río hasta donde inauguran el festival del chile, de estar tapado tanto tiempo sin escribir una letra, constataré que no

se me ha olvidado, pues me sentaré y escribiré. Ahora las cosas de allá me saben diferentes, será el mismísimo maíz, frijol o chile, las mismas frutas o lo que quieras pero se me hace que acá saben como a trapo, los plátanos verdes verdes, como guanábanas, las manzanas arenosas, los limones verdes según yo, los confunden con las limas amarillas, el chile dulce ¿puedes creerlo? y yo que siempre estuve cerca de cantar la guácara cuando mi madre le ponía chocolate al chile para mole, sí, dulce te digo, lo dice la bolsita, hasta la cheve me confunde, los compas de Chihuahua me recalcan seguido que la pinche cerveza gabacha es agua vil y lo peor es que ahora resulta que cuando se van a su casa de vacaciones y toman agua de allá se enferman, soberana chinga que se cague en nosotros el hijueputa y traidor de Motecuhzoma, la Rosi es la que más resiente, hay que ver.



Anoche como a las 2 y media de la mañana pasaron corriendo unos cuates por la banqueta que pasa por el lado de la casa, me despertaron los pisotones y los ladridos de los perros, ya antes estuvieron ladrando mucho y, pensando que algunos cholos habían rayado la barda, me empecé a preocupar de que alguien quisiera meterse a la casa, estuve a vuelta y vuelta largo rato, hacía frío, me levanté, prendí la luz, revisé hasta atrás pero no era nadie, traté de redormirme pero no se pudo, a vuelta y vuelta y como acabamos de prender la calefacción hace frío, el aire se seca mucho y lo resiento en la garganta, la Rosi me preguntó entre sueños si estaba enfermo, le dije que no, que no podía dormir, prendí la computadora y empecé a escribir.



El otro día, le estaba diciendo a mi compañero Dick que yo nunca había asistido a ninguna graduación, ni siquiera a la mía y aquí estoy, sentado, obligado, escuchando a un pendejo al que no sé muy bien por qué le dieron un doctorado *honoris causa* en leyes por haberse destacado en zootecnia,



no entiendo. Tampoco me extraña mucho pues en esto de la Academia puede suceder cualquier cosa, por ejemplo, que un güevón del carajo, como varios directores de programa que tú conoces, en vez de que los castiguen por mandar a la chingada los programas que según esto dirigieron, principalmente por causa de la inacción, se les destaque o se les distinga, se les ascienda y se les ponga como ejemplo de chingonería ante sus colegas que se han vivido partiendo la madre en el jale. Volteo, observo a los que me rodean, uniformados, de monje, batas negras, galones, capuchas adornadas de colores y birretes con sus motitas doradas, parece la mera verdad. Me acuerdo de que, cuando estaba en Albuquerque, alguien dijo: —*No, si la carrera no es de inteligencia, caballeros, es de resistencia.*

El calor estuvo insoportable a finales de junio. No es nada nuevo, pero no puedo dejar de acordarme del ejemplo pragmático que un policía paseño se inventó para comprobarles a los que no son de aquí cuán caluroso puede ser este verano, tomó un par de huevos, vació un poco de aceite sobre una banqueta y los guisó a la vista de todo mundo.

Aquí enfrente ya tiraron la bodega y la casa de los Leony, casi una cuadra, entró la máquina pesada, amarilla, paleolítica, sacó las paredes y los cimientos, tembló la tierra bajo el ataque de su brazo de fierro, nuestra casa se tambaleó, se jalaron los tubos de la tina y el aparato se quebró, los antediluvianos camiones de volteo cortaron una veredita desde la Emilia Calvillo hasta la Justo Sierra y han sacado tierra como para fundar una colina, le pegaron a un tubo del drenaje y la calle se inundó a borbotones. Ya pronto van a construir, se acabaron los partidos de fut y los chavos en la calle, los borrachos y los locos se buscarán otro terreno donde llegar a defecar, nosotros perderemos otro horizonte, la arena que nos soplaba desde la otra cuadra, las casas nunca vistas junto al cine. Se levanta una pared de a dos pisos, estoy desterrado de la ciudad. Te lo dije, ya no se puede vivir aquí, hay que cambiarse a Urique o a Bachíniva,

a algún lugar civilizado de ésos donde todavía se puede respirar. Tal vez cuando me dejen salir de este agujero pensaré hacerme hoja de árbol en invierno, ojo de hormiga, quién sabe, lo seguro es que no será fácil que me hagan quedarme al otro lado.

♦

El fin de semana me ha hecho mucho mal. No quiero admitirlo pero me la pasé enfermo de la panza porque me eché unos burros con el Tony, de picadillo y de chicharrón con chile. Qué agüite, ya llevo muchos años comiendo allí y nunca me había tocado enfermarme, platicamos con la Rosi que desde que estábamos en secundaria nos arrimábamos a refinar a *la Blanquita*, la troquita blanca en que el Tony se movía y servía los burros, se paraba frente a la secundaria del parque y entonces costaba de a peso el burro y dos o tres podían comer hasta llenarse con un dólar de los de doce cincuenta, ahora nuestra Rosi, la hambrienta y superdesarrollada Rosi chiquita, va y se deja caer los mismos burros a sesenta pesitos por piocha. Qué lástima que me hicieron daño, una ilusión más que se hace trizas ante la realidad y todos me lo dicen, *—No mames, si así es esto, eres demasiado idealista, quieres que las cosas sigan siendo de poca madre, aun cuando te las han meneado a granel por todos lados y por el polvo del mundo, o eres pendejo o estás loco pues sólo crees en lo bonito*, sin embargo, no dejo de esperar otoño y primavera con esperanzas de que me sorprenda el verde de las hojas, de que algún día caminando por la calle me tope con el aroma de alguna madreselva desconocida o se me trampe entre el pelo ralo una hoja colorada, o que a la vuelta de la esquina esté todavía un vendedor de mezcal dulce, siento el estómago que no quiere sosegarse, medio mareado, con ganas de mandar todo al carajo, tomarme un alka seltzer e irme a dormir, qué gacho es andar crudo sin haber tomado.

♦

Por fin me estoy dando cuenta de lo frágil de nuestra



tranquilidad y de lo realmente libre que ha sido el tránsito, la expresión, el comercio, la publicación y lo libre que en general nos hemos acostumbrado a llamar la vida fronteriza. Hasta ahora el paso por las calles, la lectura, la discusión, el cruce de los puentes, poder llegar a tiempo a nuestro compromiso y llevar una vida doble y plena fue cosa de puro análisis. Claro, se marcaron las tremendas diferencias, económicas, políticas, las culturas, lenguajes y todo lo demás menos la más sencillamente peligrosa y presente realidad de que el mero cierre del puente, del paso, de aquí para allá y de allá para acá trastorna todas nuestras acostumbradas posibilidades. Ahora está impedido, no cerrado, el paso. Aún podemos transitar, con muchas dificultades pero se puede y, sin embargo, hoy que entré a la casa se me hizo muy fácil imaginarme lo que podría suceder de un momento a otro. Tener que decidir. O quedarnos y emprender una vida como si viviéramos en Chiapas, o emigrar. Muchas veces me ha contado Mandi lo que él y su gente tuvieron que pasar cuando emigraron y aunque lo comprendo intelectualmente como cualquier problema, nunca me había puesto a pensar lo que significaría que me tocara a mí. Nunca tuve que considerar que tendría que separarse la familia, que mi padre tendría que permanecer, también mis suegros, que con toda probabilidad no podríamos sacar más de lo que cupiera en un veliz. Que mis hijas tendrían que cortar de cuajo también y que todo lo que este país significa para nosotros habría desaparecido. Así también, por el contrario, si decidiéramos quedarnos.

♦

Anoche llegaron Gardea y Garay. Querían que les contara lo que había sucedido en la uni con la presentación de Pancho Barrio. No querían saber en realidad, más bien querían decirme que ellos no estaban de acuerdo con que éste hubiera acudido a los EU para presentar un problema político interno mexicano. Me dieron a entender que consideraban su acto una traición y un caso de abierta solicitud al intervencionismo norteamericano, cosa que no es necesaria ya que

la política exterior gringa de por sí se basa en ese principio. Yo les explicaba que para mí el problema político ahora se reducía a situaciones muy concretas como que a uno le limiten la libertad de movimiento o de expresión y es que muchos sufrimos porque intervienen los puentes. Ayer también me puse a pensar que nuestra situación es mucho más endeble de lo que pensábamos. Muchos tenemos intereses de los dos lados, desde el trabajo hasta la familia, el comercio y todo lo demás imaginable que pueda ocurrir con las personas que están acostumbradas a la vida en ambas ciudades. Y es que en realidad, desde que yo me acuerdo, nunca nos habíamos enfrentado a una situación concreta de bloqueo. Nunca se nos había puesto a decidir de una vez por todas si quedarnos o exiliarnos ni a medir las consecuencias que podría traer una decisión así. Tendríamos que dejar la familia o llevarnos a la familia, los padres, los suegros, tíos, tías, primos, sobrinos, los cuates, pero conociendo a mi raza, a muchos no los podríamos sacar de su origen. Se terminaría la dulce posibilidad de cambiar de país, de mundo, de todo, a volición, ahora tendríamos que dejar a un lado el prejuicio a los odiados gringos, y todo lo que eso significa, en menos de diez minutos, de cualquier y por cualquier medio, hasta caminando, salir de Suiza y entrar a México, salir de la pulcritud y el orden y entrar al caos *sui géneris* y al desmadre más sabroso. De repente mucha gente piensa igual, de repente se descubren nuevas pasadas, nuevos caminos, que por Anapra, que por Caseta, que hasta Guadalupe y en el último de los casos hasta por Palomas. Sobre el puente está la gente. Sudan, duermen, comen, juegan al dominó, discuten bajo las carpas multicolores que enarbolaron desde los primeros momentos, ante las banderas blanquiazul anaranjadas y las mantas inmensas que dicen PAN. Te acuerdas de que Lorenzo en su juventud le entró a la polaca, que se lanzó a una regiduría por el PAN, cuando Arronte y el ahora casi difunto Luis Alvarez, ahora te dice que hay que tener mucho cuidado con andarse apasionando pues una vez a él lo dejaron solo sus compañeros ante el ataque de la oposición. A veces pienso cuándo les va a suceder lo mismo a Pancho



Barrio y a los ayunantes. De repente se convirtió el puente en lugar por donde se pasa lo más rápido posible como si fuera una especie de trampa para oso que hay que pasar antes de que nos atrape, nos corte las piernas, nos chupe la sangre, nos deje en un limbo temporal, lo han convertido en puerta, en cama, en sala, en recámara, en baño, en todo lo que no es ni puede ser. Y todo mundo pregunta —¿Y qué piensas que va a suceder?, como si uno fuera bola de cristal, como si uno supiera, pudiera adivinar alguna lección pizcada de la historia y pudiera predecir lo que el maldito gobierno, o los locos fanáticos de cualquier partido pudieran en cualquier momento provocar. Si no es tan fácil. Los móviles de esta bronca son complicadísimos. Quién sabe en realidad qué intereses, qué dinero, qué caprichos cumplen nuestros puentes. Yo me temo dos cosas. Una, que el gobierno siga haciendo caso omiso de todo el desmadre y ningunee a quien protesta, que considere que no es importante el pueblo, o el segmento del pueblo que se queja, pues todos sabemos qué les sucede a los gobiernos que presten oídos sordos a las clases medias que se rebelan. Dos, que se mueran los ayunantes y eso provoque un estallido.



En Juaritos pasa de todo, hasta esto que algún reportero chingonométrico sacó en un periódico de acá. Catorce pájaros bohemios, entre gorriones, chirinos y turcos, viven libremente en un bar de la localidad, en donde conviven con los parroquianos por las noches y duermen en el día. Fue una tarde de hace cuatro años cuando Henry Canales, un veterano de la Segunda Guerra, compró todas las aves al pajarero que entraba con las jaulas al Bar Montecarlo.

—Te los voy a comprar todos, hombre, pero sueltas a los pájaros ahorita mismo, dijo en aquella ocasión el militar retirado y desde entonces los pajarracos alternan entre las copas y el humo del cigarrillo.

—A fuerza de la costumbre, dice el dueño de esta taberna, —los clientes llegan al bar provistos de una lechuga, de un tomate o de pétalos de rosa para dar de comer a los

gorriones y chirinos.

—Nos gastamos más en los pájaros que en las bebidas, tercia uno de los clientes.

—Mire, señala don Raymundo Apodaca, aquellos pajarracos que están parados en los cuernos de ese venado se llaman turcos, pero aquí la gente los apoda los cholos, porque les dan mucha carrilla a los gorrioncillos.

Las aves duermen por la mañana y después de mediodía se bañan en unas latas de sardina que se encuentran sobre una cornisa de la puerta de entrada de la cantina que desde hace medio siglo se ubica en la esquina de la antigua Calle F (ahora Anáhuac) y 16 de Septiembre.

Cuando llega "Chinto y sus violines", una parvada vuela sobre los parroquianos y los pajarillos se paran cerca de los músicos. Allí permanecen hasta entrada la noche, puesto que después llega la guitarra de Max Ponce, Lázaro de Santiago y Manolo Parra.

—Pero los pájaros no toman licor, acota don Abel Quintero, quien desde hace 35 años atiende en esa enorme barra ovalada.

—No somos pervertidores de aves, interviene un cliente que recarga su pie en el canal de la barra, a donde posteriormente lanza un escupitajo.

Mientras tanto los jugadores de dominó que revuelven las fichas en la mesa que está en la esquina, se quejan de que una necesidad fisiológica acaba de ser satisfecha en los aires. Pequeños inconvenientes.

—Los emplumados han atestiguado las grandes decisiones que la clientela toma en el Montecarlo, dice don Raymundo retomando la palabra.

—Como aquella vez que Felipe del Hierro, ex-basquetbolista de los Dorados de Chihuahua, y Pablo Durán, gran ciclista que el año pasado ingresó al Salón de la Fama, se retaron para una carrera del Montecarlo a la Iglesia de San Lorenzo.

—Pero don Pablo, no obstante que Felipe andaba en los sesenta años, argumentó la edad para que lo sustituyera



en la justa su compadre Abraham Mata. La carrera se arregló para un domingo a las siete de la mañana.

Para cuando llegaron los competidores al Montecarlo, ambos con más de medio siglo a cuestas, la clientela habitual se había reunido para apoyar a su favorito.

—Los fondistas arrancaron por toda la 16 de Septiembre, pero Mata sólo pudo llegar hasta la vieja estación de bomberos que está en el Parque Borunda. Allí su compadre le dio un jaibol al exhausto hombre y después lo llevó en su bicicleta, recuerda don Raymundo.

En este momento llega a la taberna Chicho Arellano, el puntero oficial en las corridas de toros. Aunque deja la puerta abierta, ningún pájaro hace el intento por abandonar el lugar.

Al momento que un gorrión se posa sobre una cuba abandonada en la barra, el dueño de la cantina recalca que estos animales son abstemios; —Hay aves que cruzan los pantanos... Parece que aquí en Juárez los pájaros expresan nuestro deseo colectivo de libertad, los de la jaula inmensa de la casa de mi abuela, las parvadas negras que en invierno cubren el cielo y terminan cubriendo los árboles el monumento.



Los pies y las orejas congelados, el cielo más blanco que azul, todos arropados se apuran a llegar, no quieres levantarte, dejar el calor de las cobijas, sientes que te raspa la garganta y no puedes tragar bien, compraste pañuelos de lino y calzones de chota como los rojos que usaba tu abuelo en la sierra pero aquí el frío corta pues no hay mucho que lo detenga, como el que sentía de marinero en el Atlántico del norte, el aire corta la cara como navaja de doble filo, todavía traigo los pies entumidos, el piso helado, las ventanas se ahúman por dentro cuando les llega el calor de la estufa, ya no hay leña, ¿qué sucederá cuando se acaben los mezquites? Te proteges agachándote y subiendo las piernas ante el vampiro, la gorrita griega te cubre la pelona pero no las orejas, la greña se te levanta con el aire gélido y se queda parada como planchada en esa posición, tanto relajo para

nada, no hubo cola, recuerdas lo incómodo y frío de aquel viaje a Casas Grandes en el motor de vía al descubierto sentado de lado sobre una almohada en las rodillas de tu abuela Josefina, pero sabes que pronto te acostumbrarás, te curtirás de nuevo y no sentirás nada o menos.

◆

Ayer, el día del ventarrón, tuve mucho cuidado pues la moto se me hacía para todos lados, como si de un momento a otro me fuera a caer. No sé qué suceda con la llanta de atrás, parece no hacer tracción y resbalarse. Me llamó la Rosi para avisarme que los cromañones del CDP estaban en la plaza y que no fuera a pasar por ahí. Pasé el puente y me di la vuelta por la Chapultepec, me fui bien despacio hasta la Justo Sierra y llegué a la casa. Pité para que me abrieran el portón. Salieron Rosita y la Gabi. Al querer entrar, aceleré y solté el embrague. En el preciso momento en que iba entrando, un soplo violento cerró la puerta de metal, se me interpuso, se me incrustó en la pierna izquierda, me dejó viendo estrellitas, paralizado, empecé a sangrar, el hueso descubierto, me recargué sobre el manubrio, no podía seguir adelante del dolor, por fin aceleré, ya me habían quitado la puerta de encima, quise gritar de desesperación. Por fin me dejó de doler un poco y entré a la casa. Me bañaron de alcohol, otro tipo de dolor, éste ardiente. Hoy me vine de nuevo en la moto, cuando llegue a la casa voy a dejar la moto sobre la banqueta. Hoy anunciaron la muerte de Leonid Bresnief. Hoy también anunciaron que los trogloditas de ayer rompieron todos los vidrios del auditorio.

◆

Nublado, húmedo y frío. Me duele el cuello, la reuma nos atacó a todos. La Rosi tiene mucho que le duelen las rodillas, las manos, los pies, tanto que a veces no puede ni caminar. Yo le digo que es la bola (de años) pero ella no quiere aceptarlo. Dice que está dispuesta a aguantar.



◆

Está nevando, no me pude traer la moto. Extraordinario, no hubo cola en el puente y eso que ya está muy cerca la Navidad, porque sucede que después de que las continuas y procrastinadas devaluaciones le han dado en la madre al poder adquisitivo del mexicano nos vemos inexorablemente inundados de chilangos, la nieve llegó con fuerza inesperada a causar inundaciones y desmadres callejeros, el lodo y la profundización de los ubicuos hoyancos, nos aguarda un invierno como los de antes, el verano fue demasiado leve, pues estamos acostumbrados al infierno de julio y agosto y ahora no, como si mayo suave se hubiera quedado tres meses y ahora el frío, pero la oficina está ardiendo, de tener que abrir la ventana para balancear, nunca me explicaré el sistema de calefacción de este edificio, cuando más frío hace, más caliente, de sudar está el asunto y cuando más calor, más frío adentro, con razón nos pegan fuegos, resfríos y gripe continuos y eso que la universidad debe obedecer los mandatos del gobierno federal que estipulan la conservación de la energía —qué sería si no, me invitaron a la posada de Estudios Chicanos y hay champurrado y tamales, allí se reúne la disidencia a echar la platicada y a acordarse de cuando las cosas andaban mejor, lo malo es que inviten a los administradores gabachos pues tiene uno que estar de cumplimiento y eso impide relajarse, es el desmadre perfecto pues uno sale a las sutiles provocaciones, al insulto del agresor —¿Y qué te has hecho, Ricardo? —Pues trabajar. —Ah, ¿de veras? ¿Haciendo qué?, puro coraje vano, el cinismo gratuito y la frustración —Sí mano, en esto es en lo que ha degenerado el asunto.

◆

Me siento la muela quebrada con la punta de la lengua y no quiero pensar en la jeringa y el taladro del Pirraco, a ver cuándo me empieza a doler para que se me quite el miedo. Paso en la moto por un lado del monumento y me topo con

parvadas de pájaros chileros. Eso sí que no cambia, eso y los gorriones que han tomado por suyas las bancas jardineras y los uniformes de las niñas que salen de la escuela, eso y el cielo limpio después del aguacero que ha dejado todo oliendo a cántaro, como en Cuauhtémoc o Casas Grandes, oliendo medio a alfalfa o a pasto recién cortado o a la goma dulce con que se pegaban las estampitas en los albums de primaria.

◆

Qué raro es febrero de veras. Hace dos días los ventarrones hicieron su desastre, hacía calorcito, hoy pronostican lluvia y nieve tal vez y el frío comienza. Lo siento en los pies sobre la moto de la casa al trabajo, las cinco millas. Venía pensando lo que decía el periódico de ayer en la primera plana. Que un *ilegal*, un loco de ésos de película romántica, se largó a Alaska, pero a la punta, al Estrecho de Behring, y que pasó a Siberia caminando por el hielo, caminado, porque tenía ganas y se enojó mucho porque nunca lo dejaron irse caminando hasta Moscú. Hasta Moscú. ¿Qué se imaginaría el pelado, que lo iban a llevar en avión, que se robaría un trineo y pasaría las congeladas estepas siberianas en patines? Se le hizo chiquito el mapa, se metería Asia en un bolsillo, qué desplante, carajo, qué increíble suceso. Hasta mítico reandar al revés o desandar la peregrinación chichimeca...

◆

Nos levantamos temprano con la humedad sobre el filo de la nariz, el cabello de las sienes y la nuca empapado de sudor, no recuerdo que aquí hubiera llovido tanto nunca ni tan tupido, nuestro calor siempre ha sido seco pero este año el nivel de humedad se ha mantenido a una altura insospechada durante todo este mes, se te pega la ropa, te bañas por segunda vez para la hora de la comida y luego a las cuatro pues te sientes todo pegajoso, cubierto de aceite y te dan ganas de largarte a un clima donde no tengas que buscar la refrigeración para refugiarte, mantener la cordura, ella ya sufre mucho de su reuma, desde antes de que llueva ya siente las punzadas, amanece con los dedos hinchados, las articulaciones, las rodillas, le duelen tanto que no puede caminar ni levantar nada con las manos, a veces es peor, inaguantable, y el calor no admite tregua, llueve y ataca a los que estamos acostumbrados a escondernos bajo la sombrilla y a beber agua con hielo para bajarle unos veinte grados al hervor, pero con lo mojado sólo es posible estar metido en el agua, bajo un abanico o el manto negro de la noche nublada, es el colmo que de tanto llover hasta los cerros pelones están cubriéndose de verde pues eso aquí no sucede en ninguna época del año, dicen los gringos que está cambiando el clima para siempre, a mí se me hace que vamos a tener que encontrar otro desierto.



◆

La Rosi ya tiene varios días que no me pela, le molesta que esté leyendo a todas horas —*es que llegas, te encueras y te acuestas a leer, le prendes al abanico y dios guarde al que quiera platicar contigo, le mientas el gallo de inmediato, ¡baja las patotas! vas a ensuciar la pared recién pintada, pobre del que llegue a visitarte o te llame por teléfono porque te enfureces, por eso ya nadie quiere platicar contigo, ¿qué no puedes hacer una vida normal? Yo creo que lo haces todas las tardes sin faltar una para no tener que atendernos, para escapar la responsabilidad...*

—*¿Que por qué me comporto así? Será porque lo único que ustedes pueden platicarme son problemas, problemas y más problemas, ¿quién que resuelve problemas todo el día quiere resolver otros cuando llega a descansar? La verdad es que me hacen falta vacaciones, estar solo un rato nomás, largarme por ahí a cualquier parte sin tener que responderle nada a nadie, como tú dices, una especie de retiro, tal vez así se me quite un poco lo gruñón, todos se han ido solos, aun tú te das vacaciones de mí a diario, cuando menos unas ocho horas, yo sigo tratando gente, aquí estoy de nuevo, me dicen que debo reformarme, renovarme,*

*desagriarme, despreocuparme, desresponsabilizarme y ¿cómo le hago? con la deuda externa de la familia en la nuca, los planes como mapas eternamente desplegados, y entiendo que tú también necesitas un apoyo cuando merma tu actividad con el tardado, constante flujo de una etapa a otra y otra vez la falta de dinero, de más dinero, de más y más dinero para todo y yo que no lo tengo ni sé de dónde sacarlo, conseguirlo, fabricarlo y traerlo a la casa para aventarlo a la pipiluya, arreglar los caños y las paredes y los techos y los carros y la ropa y para viajar y para sentir que no nos estancamos para siempre en este agujero, bueno, otra vez voy a tratar de reencontrarme, de sonreír con más frecuencia, de limpiarme del cotidiano pesimismo, como dices, esperemos que funcione ...*

Ya hace muchos años que no hace tanto frío, la Rosi se despertó como siempre, antes que yo, porque le duelen los huesos, reumas, por el frío y la humedad, me señaló la candelilla que colgaba del alambre de la luz, dijo el meteoro que la temperatura bajaría a dieciocho Farenheit, antier se nos congeló el tubo del agua caliente y temblamos de miedo que nos fuera a pasar lo que hacía una semana cuando ella me despertó para que investigara la causa de un ruido que provenía de la llave del agua de la cocina.

—*No te preocupes*, le dije, *ha de ser el tren,* me vio con cara de "estás pendejo" y me contestó —*Pero si las vías no pasan por la cocina...* Me asomé por la ventana y había un reguero de agua que corría en las cunetas por toda la cuadra hasta la Insurgentes y, claro, estaba brotando desde nuestra casa, llamamos a un plomero equivocado de siglo y le pedimos nos dijera de dónde salía el chorro, encontró un pequeño manantial bajo el pavimento que yace directamente a la entrada de la cochera, hizo añicos a marrazos el cobertor de madera gruesa que habíamos colocado cuidadosamente sobre el registro después de que amaneció desaparecido a manos de uno de la infinidad de güeyes que se



dedican a chingarse todas las tapaderas metálicas y los señalamientos de las calles de la ciudad para venderlos como fierro viejo y luego, con cara de yo no fui, nos dijo que ya estaba seguro de que la fuga no estaba dentro de la casa pero que él no podía hacer nada, que era cosa de la tubería de la ciudad y que llamáramos a la Junta de Aguas, nos cobró como si hubiera puesto tubo nuevo de cobre finísimo y se alejó muy orondo con rumbo a disfrutar plenamente su sabadito alegre subsidiado, llamamos, dejaron el reporte y nos pusimos a esperar el diluvio, inconcebible pero para las seis de la tarde se presentó la camioneta de guardia y dejó a dos tipos que de inmediato se abocaron sañudos a acabar de romper el resto del pavimento, encontraron el tubo roto, apagaron el agua, nos avisaron que no podrían conseguir la parte el día siguiente, dejaron los agujeros inmensos abiertos, los montes de tierra y el agua regada por todas partes, los carros se quedaron adentro de la cochera pues con el brete no nos dieron chance de sacarlos antes de cavar el gargantuesco boquete, después se quedaron tres horas en el pinche frío esperando que los recogieran, frente a la casa encendieron una fogata para calmar los temblores, en la mañana recurrimos a los vecinos para bañarnos, salimos a lo helado con la cabeza mojada seguros de que nos pegaría, si no bronquitis o pulmonía, sí cuando menos una gripe de esas cabronsotas que llegan una vez al año, milagrosamente llegaron como a las doce, se metieron al agujero llevando un aparato que parecía medusa de cobre, nos enseñaron otro viejo, roto, que ya había cumplido sus treinta años de servicio según el jefe de cuadrilla, de puro gusto les dejé caer una lanilla para que se echaran un cáfiro, el jefe me la aceptó pero muy a güevini... —*Oiga*, empezó, *nosotros no cobramos por este trabajo, entiéndalo, lo que pasa es que andamos de guardia, esto le toca al municipio pero mucha gente cree que tiene que pagarnos y no, lo peor es que algunos sí cobran y nos dan mal nombre a todos, pero ya que insiste sí se lo agradecemos porque ya ve cómo está la crisis...* los ojos cuadrados y mudo, le extiendo un Winston porque el Raleigh con boquilla que iba a encender se le cae de la mano sobre

un montón de lodo y se le moja... —*Gracias*, dice, *sí, nosotros trabajamos en el frío, entre el agua helada, sin botas y a todas horas, ya ve, hoy domingo aquí andamos, dígame usted, ¿quién chingados trabaja los domingos? Pero para que vea que no todos somos corruptos, la moneda se devalúa, nuestro trabajo no, lo que pasa es que los ingenieros no nos comprenden, son rete irresponsables, no revisan el trabajo, ahí se andan nomás haciéndole al monje pero eso sí, cuando se trata de una queja, vóitelas contra nosotros ¿qué gacho, no?* Por fin acabaron de soldar la tubería, les pregunté si iban a tapar el hueco y me contestaron que no, que no se podía volver a echar la tierra mojada porque se doblaban los tubos, que tendríamos que aguantarnos un día más porque tenían que venir otros a llevarse el lodo, a traer tierra seca y a tapar los hoyos, bueno, cuando menos ya pudimos bañarnos aunque se tardaran más, ahora es un desmadre, llueve y se enlodan los huecos, nieva y se enlodan, paras los carros y se hacen más profundos por las rodadas, ahora que vi la candelilla me acordé de cuando se congelaron los tubos del agua caliente y que mi jefito nos la pasó al costo, que para que no se congelara la dejáramos chorrear un poquitito pero constante toda la noche...

El meteoro avisó por la mañana, dieciocho grados Farenheit y chiflón de tres millas por el este de la montaña bajo cielos despejados, posible precipitación, aguanieve por la tarde, cuídense bicicletos, peatones y motocicletos... pendejo meteoro, ni dieciocho ni tres millas sino cero y veinticinco millas cuando menos, las ramas pelonas de los olmos chinos testigos son con la fina arena, el hielo sobre el puente y el lacerado cachete rojo de exponerse a la ventana abierta, si fumas te congelas pero fumas, escuchas *Duke, Duke, Duke, Duke of Earl* sobre el 92AM mientras temes que pronto la ley de inmigración te obstruya de nuevo el paso, tal vez las colas se hagan más largas o en el trabajo te pidan pasaporte mientras que tus colegas gringos te sigan preguntando cómo



puedes vivir en un país tan corrupto, tan violento, tan lleno de inmundicia y aguantarte todas las chingaderas, fastidios y pendejadas que a diario se les ocurren perpetrar, tal vez por puro aburrimiento, a todos los agentes de la autoridad, para qué lo haces si eres *american* y no tienes ninguna necesidad de aguantarles nada, si con la ciudadanía se te ha ungido la crisma y se te extienden todas las oportunidades y la obtención de todas las marcas de productos existentes para que goces de una vida rica, plena en comodidades y momentos tranquilos, acá de este lado... no das crédito ni cesas de preguntarte cómo es que estos miopes intelectuales han llegado a obtener el rango de profesor universitario y tiemblas cuando te imaginas lo que habrán de enseñarles a sus alumnos, la mayoría chicanos, no es posible que nadie viva ignorante ante una realidad que aúlla su peligrosa carencia de todo aquí y ahora, en el salón de clases, en los periódicos, en el programa de radio que escucho donde el racismo y la ignorancia anglosajona, sureña, tejana, advenediza, usurera, chiganaquienpuedas-para-sacar-tajada-y-acomodarte-mejor-no-vayas-a-dejar-que-ningún-pinche-*wetbackgreaser-espickfuckingmesskin*-vaya-a-casarse-con-tu-hija-ni-te-vaya-a-dar-sangre-cuando-ingreses-enfermo-al-hospital-que-te-corrompes-y-después-cómo-po-drás-vivir-contigo-mismo-sabiendo-que-has-perdido-la-pu-reza-de-sangre-y-la-altiva-ascendencia-que-te-heredaron-tus-padres... pinches minorías "mongrelized" como los perros callejeros, sí, así, sin respirar ni quebrar las sílabas, lo dicen ellos, los JohnWaynes, DavyCrocketts, JimBowies del New West, Sun Belt, Bible Belt, Aryan Nation Brotherhood, los que piensan, quieren creer, que el otro lado de la línea no existe, que como lo indican sus mapas meteorológicos, etnocéntricos, más allá de la frontera existe un gran abismo donde ni siquiera importa el estado del tiempo ni la temperatura, esos mismos y mismas que carecen de toda noción de historia o geografía, hecho comprobado por el presidente de la National Geographic quien en entrevistas nacionales sobre el tema se encontró con el caso de un estudiante de la escuela de derecho de la *World Class* Universidad de Texas que dio testimonio

de que Nicaragua colindaba con Texas, ésos mismos son indistintamente racistas hombres y mujeres, niños y niñas, ésos los que preguntan, que opinan como si supieran, como si el cerebro no les rodara en el cráneo como rueda una munición dentro de un carro de ferrocarril, no debemos confundirlos, ésos son los que gritan a los cuatro vientos sus sandeces, ante el frío cruel de esta mañana de invierno infernal: ¡Que se larguen de nuestra casa todos los mojados, chicanos y desamparados, léperos, desnudos, que se regresen a donde vinieron, que Hitler y los Ku Klux Klanes tuvieron y tienen razón de masacrar, linchar, asesinar, violar y chingarse sobre negros y judíos, que bien merecido se lo tenían y se lo siguen teniendo!, y además —*¿Who needs the niggers, spicks, wops, kikes, greasers, coons, chinks, gooks and slopeds anyway?* El frío sigue soplando desde el antiguo oeste sin tocarse el corazón, mañana, bajo la tutela de los partidos, de los sistemas, de los gloriosos tricolores habrán de amanecer diez niños paralizados, helados sobre el umbral de algún comercio maltapados con periódicos, un paquete de Chiclets entre los dedos ofrecidos al transeúnte desde las dos de la mañana y amanecidos también quedarán los ancianos y los borrachos pasados de antifriz y los que acabaron de llegar del sur y tuvieron que encontrar algún rincón donde velarla, no estoy seguro pero creo que la población de cementerios también deberá crecer al ritmo del aumento de cristianos, habrá que iniciar una nueva disciplina para determinarlo, será la demografía funeraria o mejor la necrografía malthusiana empujacifras ya no por causa de accidente o enfermedad sino por hambre o frío, ¿que el meteoro se habrá vuelto republicano y le habrá entrado en sociedad con este pésimo gobierno para imponerse como un quinto poder irrefrenable y así *poder* implementar sus leyes aún más a capricho? Y si eso funciona entonces ¿qué habrá de ser del viento cuando estalle el invierno nuclear? ¿Qué de la soberanía de las naciones, de fronteras y de puentes?



◆

¿Y qué si inventaran una bomba de neutrones que sólo destruyera la ropa? Iba apurado, quería llegar rápido a la caja de correo, no queda lejos desde la oficina, serán un par de minutos, pero echo a correr para llegar a tiempo a la clase de las diez y media donde me esperan los muchachos, un día, muy serios, me la cantaron, advirtieron que quieren convertirse en escritores, desarrollar sus ondas, terapizarse, que eso de ser escritores es una magnífica idea, una imagen sabrosa, que mucho les gusta, aseguran que de veras entienden lo que les digo acerca de lo que significa escribir y la forma pinchurrienta en que se vive haciéndolo, juran que no les importa, que ellos tienen la mente abierta y que no quieren más que se les permita vivir imaginando lo que sea, están agüevados a vivir en el mundo de los sueños, de la fantasía perdida en medio de los vientos solanos y favonios de frialdad, yo entré, les dije lo que me preocupaba, lo de la bomba de neutrones y la reacción fue el griterío, ¡Maestro!

◆

Ayer nos echamos una copa con el Ben, platicamos que hacía falta escribir un cuento acerca de la guerra de las tortillas, de lo que pasó hace poco cuando en Juárez hubo una gruesa escasez y todo mundo se lanzó a El Paso a comprarlas pero que será necesario plasmar lo exagerado del problema, la avaricia de los surtidores, de la raza que llega, pone su changarro y trata de vender más bara que el vecino para hacerse rico de volada y de paso darle en la madre a todo mundo, como siempre, queriendo establecer un monopolio tortillero y controlarles la vida a todos los tortillófilos de este pinche rancho grande a través de la imposición arbitraria de precios y demás, tal vez luego lo hagamos pero ahora hay varias ondas que hay que trabajar antes de que se pelen, una es un cuento del tranvía que ya quitaron pero que desde principios de siglo, primero jalado de mulas y luego con motores eléctricos, transportó a innumerables fayuqueros, raza que iba de compras, otra que lo

usaba para llegar a su trabajo y muchos más, como una chavalada enorme entre la cual iba tu servilleta montado con los ojos bien abiertos; otro es el de la cueva de las carretas —*¿que qué? ¿Cuál cueva de las carretas? —Mira ése,* le dije, *ya hace mucho que sé de una leyenda que dice que cuando Carlota se dio cuenta que en México la iban a perder y antes de que los juaristas o el pinchísimo general Bazin se chingara sobre el tesoro, se supone que aún lo hubiera, que incluía sus joyas y otras ondas de valor, Carlota decidió mandarlo todo al norte bárbaro e inmenso en donde se escondería para que nadie lo encontrara y así poder recuperarlo después, claro que como ni Max ni Carlota pudieron nunca regresar, uno por causa mayor y la otra por el destrampe, se supone que el tesoro se quedó escondido, enterrado en alguna cueva, mina o cañada de cualquier cerro cacarizo de este desierto, no hace mucho, hará unos cinco años, se generó un desmadre al sur de Nuevo México, para más señas a un lado de la carretera que va de El Paso a Alamogordo, por ahí como a la altura de Orogrande, y todo porque empezó el runrun de que unos gambusinos modenos, de ésos que usan aparatos electrónicos para encontrar metal bajo la tierra, habían dado con una cache de tesoro que, según decían, no podía ser otro que el mítico de Max y Carla, pues excuso decirte que el día después de anunciado en el pinchurriento, desleal y abusivo Herald Post, se hicieron presentes miles de locos desesperados en carros, jeeps, 4x4's, helicópteros y hasta raza de a pie, todos listos para hacerse inmensamente ricos y famosos, con decirte que hasta se echaron encima a los soldados culones del Fuerte Bliss pues también el Army andaba en chinga queriendo quedarse con el oro que, según ellos, les pertenecía dado que el cerro identificado como ground zero estaba dentro de la reserva militar, ni madre, no pudieron contra la multitud, el maremágnum de codicia FC (fuertemente cabrona) que movía a todos y cada uno de los voraces exploradores se impuso, claro que todo el borlote se esfumó cuando, ya rasgado medio cerro hasta la entraña, descubrieron que les iba a costar muchísimo dinero sacar el oro y como en realidad nunca fue más que una cachonda calentura, mejor desistieron y se largaron para el entero gozo de los sardos, aunque también es cierto que un irvingwallazo, de ésos que deberían venderse en las farmacias junto con los remedios para el estreñimiento ya que son magnífica lectura de excusado pues distraen la mente lo suficiente como para soltar la más artera mierda y llegar así a la plena satisfacción, se encuentra una reseña acerca del mismo y famosísimo tesoro donde se presenta la leyenda de que Max y Carlota se aventaron a mandarlo todo para acá, simón, Ben, pero lo que me ha causado más impresión ha sido encontrarme leyendo una notita titulada "La cueva de las carretas" en el diario local, y me hubiera pasado desapercibida si no es que el autor describe cómo, cuando era chiquillo, un familiar que estaba trabajando en una obra quebrando piedra y sacando cascajo sobre la falda del Cerro Bola, se lo llevó para que se anduviera jugando allí cerca y dejara de joder a su familia con sus constantes travesuras, no dice muy bien si por la falda oriental o al poniente pero cuenta que al andar jugando al explorador se metió en muchas de las cuevas que por allí abundan y que antiguamente fueron minas de cuarzo, en eso andaba cuando al penetrar en una se encontró con varias carretas antiguas medio escondidas como arrumbadas a propósito, el muchacho corrió a dar aviso pero nadie le hizo caso pues pensaban que lo había inventado para romper su aburrimiento y que quería seguir jodiendo a los jornaleros con sus travesuras, cuenta que después quiso regresar a encontrarla pero no pudo, se le había olvidado donde mero era pues ya había desaparecido hasta el pueblito de Palo Chino desde donde se subió a la falda, que por fin, ya de grande, anduvo buscando mucho pero ya no la encontró.*

◆

Los alumnos me preguntan y yo a contestar. Que escribir para el que escribe no se trata de que te caiga suave o no, que es una necesidad, una terapia, que es además una forma de bregar en el oficio, que hay que cultivarlo, que no se puede escribir sin Roget's, Webster's, Larousse, Cirlot, Charbonier y Gheerbrant, Casares y muchos otros diccionarios de sinónimos, de familias de palabras, que la palabra es indestructible pero moldeable, que no estén chingando, que como me dijo Saúl, le pongan 90% de nalgas y 10% de cabeza, que es trabajo como cualquier otro y que no se madruga, que, de los quinientos y tantos poetas que dice Zaid, sobrevivirán la friega unos *sincuenta*. Que sí hay buena poesía pero no tanta ...

◆

No es posible comer de lo que escribes, ejemplo claro el de los periodistas, Efraín lo dijo muchas veces antes de que se fuera. Ya para cuando los dedos le dolían de tanto golpe contra la máquina, de exprimirse la choya para sacar diez o quince cuartillas, un mínimo de cuatro o cinco horas, pues no es lo mismo inventar o hacer correr el texto que pasar en limpio, hasta entonces se daba tiempo de hacer lo suyo. Franca y sanamente, yo admiro la fuerza de espíritu y voluntad de esa gente, la disciplina estricta y la negación personal y familiar que les exige. Ayer, después de clases, después de las seis, después de presentaciones, descomposturas y desmadres de todas las máquinas que me rodean, y aún la corrección de algunas pruebas, no me quedaron ganas ni de dormir de lo cansado que estaba. ¿Y luego cómo le hago para empezar a escribir a esa hora, cómo me pongo a trabajar de nuevo?

◆

Me da mucha flojera que mis alumnos de acá de este lado estén tan tapados, tan domesticados, tan dormidos y desin-



teresados de todo lo que no sea la parranda y el desmadre y que no quieran comprender nada del mundo en que vivimos. Siempre me encuentro conque la sensibilidad de mis alumnos de Juárez es mucho más fina, más aguda y penetrante, a pesar de que parece que tiran más barra que los de El Paso, que llegan tarde a la clase, que no quieren entregar las tareas, que se les hace fácil ponerse a hablar con sus compañeros en el salón y que quieren divertirse a como dé lugar, esas interrupciones constantes y la lucha en el salón, la lucha por tomar la palabra, lucha con su maestro, me señala sin lugar a dudas que ellos están vivos, conscientes del proceso de su educación. Sus trabajos e intervenciones siempre lo más serios posible según sus limitaciones y las de la uni, además, lo hacen con ganas. En El Paso, las clases me resultan muy difíciles pues me encuentro conque después de esforzarme bastante por explicar y presentar un material, por demás sencillo, que además no se debería estar viendo a ese nivel, los alumnos no se interesan, aun cuando se les presenta desde el punto de vista más conflictivo, ¿cómo es posible, cómo puede ser que la flor de la juventud, la belleza en pujanza, la generación de choque, de cambio, de invención, de rebeldía, de aparente fortaleza física y virtud moral, la generación que habrá de suplirnos dentro de muy, pero muy poco, no se interese en la injusticia, por ejemplo. No quisiera ni escribirlo en forma de enunciado pero me estoy convenciendo de que ellos están allí (porque sí están) para divertirse, para idiotizarse con la obviedad, para acudir a las fiestas y echar novio, y está bien, también entiendo que tenemos que llenar nuestras necesidades anímicas, biológicas y hasta nuestra necesidad de escaparnos, pero no siempre y a toda hora, ni todos los días, no cuando te toca hacer el (al parecer) increíble esfuerzo de echar a andar las ruedas del pensamiento, ya ni el discurrir, sólo el reaccionar. No interesa aprender nada nuevo, no interesa aprender tampoco nada viejo, la historia, por ejemplo, es motivo de desdén para ellos, para quienes no saben cuántos Césares hubo en el imperio ni qué patas metieron ni cuáles son la capital de Indonesia, de las Guyanas, de

Paraguay... cuando te pones a explicarles, a recordarles (si es posible que recuerden, si existe el registro en su memoria) algo acerca de sus propios valores culturales, los de nuestro pueblo y es que somos raza todos, los desprecian como ajenos y de poca valía, como algo anticuado e incompatible con las tendencias walt-disneyescas del vacío cultural en que se han desarrollado, de la música y danza enajenantes, signo de su asimilación a extrañismos destructores de su propio movimiento hacia la madurez, de su razón de ser, de su misión o *Weltan-schauung*. Desde luego que tampoco hacen la tarea, pero nunca, y en los casos extraños en que la entregan, salta a la vista que no la hicieron por aprender o por solidificar su entendimiento de lo que les es de vital importancia para su desarrollo, no, sino simplemente para completar el requisito. Sí, enseño en dos lugares, en dos países, en ambos lados de una frontera de contradicciones. Cuando me subo a la moto en la fría mañana de noviembre, después de ponerme el casco, la chaquetona, los guantes, las botas montañeras, la bufanda y los lentes, de echar a andar, esperando a que caliente un poco antes de arrancar, me pregunto si valdrá la pena el choque diario, el cruzar a diario, aquí en Juaritos las satisfacciones son padres, me gusta la clase de las ocho, me despiertan con sus preguntas, con sus retos, con los amables buenos días y con las composiciones que me narran cómo llegan tomando tres camiones, corriendo, haciendo mil maromas porque siento que en todos, y son gente trabajadora casi todos, hay una sed, un hambre, una gran necesidad de aprender, de aprovechar. En El Paso la de las once me trauma, me desvela, me desdibuja, es todo lo contrario, la de acá no paga y la de allá sí ...

♦

Hoy es la junta del departamento, aquí está la mayoría de los *colegas* de *este cuerpo colegiado*, algunos son cuates, los menos, la mayoría una bola de pendejos y sangrones creídos de lo que no son ni nunca serán, ya tengo muchos años de asistir, por inercia, al aburrimiento, aquí el sistema es repetir las cosas hasta el cansancio como si fuéramos un grupo de



retrasados mentales que necesitan se les lleve de la mano, me pregunto si no sería mejor grabar un video del informe y dejarlo en la oficina para que cada quien lo vea o lo ignore a discreción por ser de total inutilidad ya que no se trata de dialogar sino de decírnoslo y a callar, sí, que este semestre se han matriculado tantos, que las clases están repletas de verdaderos cretinos, que a un técnico lo ha fulminado un infarto y no se sabe qué hacer con los boletos de fútbol que ha dejado el semiocciso pero que sí hay quien corra la maquinaria del laboratorio paleozoico de lenguas y que es otro militar retirado así que las cosas andan bien pues ambos son especialistas en la obediencia ciega, que veremos qué sucede con las cintas magnetofónicas y las agujas de diamante para diciembre para decidir si se les sacrifica o se les erige en parte integral de un altar a la dualidad de la inercia y la ignorancia, se observan las caras, los visajes de todos, absortos, como si les estuvieran instruyendo en un método infalible para sacarse la lotería o para quebrar la banca de Montecarlo, las manos cerradas en puño, sostienen la barba, los lentes firmemente colocados sobre el filo de la nariz, toman notas detalladas de lo que habla la aburrida voz del maestro director (por obra y gracia de su carácter inocuo) que prosigue a informar acerca del robo de una cámara y unos proyectores, la violación del recinto sagrado y la blasfema actitud de los rateros de no dejar su nombre y dirección sobre la mesa para que cuando menos se les consultara, se rascan la cabeza, paulatinamente se jalan los lentes como si fueran a quitárselos, los sostienen en el aire como si consideraran la grave posibilidad de que los atacara el sida en masa y buscaran la solución a ése y a otros problemas terribles que atacan al globo, prosigue el ronroneo a preguntar quién se los habrá chingado y para dónde se los habrán llevado, el grave y aburrido murmullo les pide paciencia mientras encuentran a las ratas y prosigue a anunciar trivialidades aún menos interesantes pues ni siquiera les conciernen a los ahí reunidos, invita a todos a la tradicionalmente aburridísima *soirée* del departamento poliglótico, misma que tiene la audacia de perpetrar en su propio

domicilio, lugar donde se repetirá esta reunión de idiotas, donde se congregarán alrededor de la mesa del comedor a las 19:30PM en punto, beberán cerveza barata y vino peor aún, se hartarán del ambigú multiculinario y competido y se dedicarán a decir y repetir la sarta más larga de sandeces posible, seguido de un enésimo recorte despiadado y de preguntarse las más terribles boberías personales y hasta íntimas que sin escrúpulo alguno habrán de contestar en coro todos y cada uno de los presentes, todo sigue su curso a la perfección hasta el momento en que comienza a televisarse el partido de fútbol entre los equipos de una universidad desconocida contra la gloriosa nuestra cuando, nuevamente en masa, todos sin excepción desfilan silenciosamente hasta la oscuridad de una sala del aposento, allí toman asiento alrededor del aparato observando un profundo respeto ante la voz del anunciador y el vislumbre de la imagen que permean la casa entera y se dispersan a través de puertas y ventanas por el barrio entero, pero aún prosigue el monólogo, ya casi convertido en ritual, del maestro hablante, después de una larga y bizantina digresión por fin termina, yo quiero gritar, insultar, brincar del pupitre y correr por los pasillos, llegar a mi oficina y cerrar la puerta a piedra y lodo, pide que los maestros besamanos de españoles y franceses le pregunten lo que quieran, que se atrevan a sondear su vasta, interminable experiencia, alguno al fin se atreve, pregunta la hora, el monólogo prosigue...

♦

Por la tarde de invierno, cuando está calientito, lo encontramos tirado en su silla larga del jardín. A veces se ha quedado dormido, otras está muy agitado discutiendo de política con alguien. *—Dígame usted, señor, ¿cómo es posible que sigamos todos los mexicanos eligiendo a esta bola de ratas? No le parece que ya estuvo bueno de timar al pueblo y sin que haya ya valientes que se levanten para remediarlo. Mire nomás cómo tienen todo, el país entero está despostillado y sucio. Si metieran a todos al bote no habría quien cerrara la puerta y fíjese usted nomás aquí al otro lado, qué lindo, qué*



*limpio y qué ordenado. Ya quisiéramos ver aquí, como allá, cómo trabajan los millones que pagamos de impuestos. ¡Qué esperanzas!*

♦

Aquí estoy dentro del agua tibia de la alberca, acabo de despertar, salí de la habitación de puntillas para no despertarla, alrededor del patiecito hay una cerca de trueno verde oscuro, esa planta no la conocía, las florecitas rojas que le brotan por todas partes no las tiene el trueno de la casa de mi mamá. El cielo azul, limpio, el día ya caliente y húmedo, tan distinto al de allá al norte. Estoy flotando, observo la villita en donde están las tres habitaciones, allí todavía duermen mis hijas y sus maridos y mi mujer. El arco, las paredes estucadas y los pisos de ladrillo ennegrecidos de algas me traen flashazos de Jalapa y La Habana. El piso rojo de azulejos me llevaría momentáneamente a mi casa de Juaritos. Los brazos y las piernas flotan lánguidos, el pecho y la barriga entran y salen del agua sin que perciba mucha diferencia de temperatura, allá voy. De repente estoy viendo a mis abuelos, Hilario y Josefina, al padre y a la madre de Hilario, papá Chito y mamá Toña, papá Chito es un viejo alto, quemado del sol. Bajo el sombrero de ala ancha relampaguean unos ojos verdes, las manos grandes y calludas de trabajar en el campo muchos años. La voz de mi padre me cuenta cómo era la tienda de Pearson, ahora Mata Ortiz, que atendía papá Chito, amplia y oscura, los costales de grano acostados contra las paredes, el mostrador de fondo y tiliches de toda clase aquí y allá. A la salida mi padre niño detiene el caballito de madera que le había construido papá Chito, el palo entre las piernas, la cabeza sostenida de riendas que lleva en las manitas. Mete el hociquito del caballo a un costal de maíz, para que coma *—¡Mira, papá Chito! ¡Está comiendo!*, grita tipludo y le muestra un grano que se ha quedado atrapado en el hocico. La casa solariega y serrana donde las mujeres se sientan a platicar por la tarde, mamá Toña, gordita, chaparrita, muy tostada, los ojos saltados de los Aguilar que no vienen de Aguilar sino del apellido de Toña que nadie recuer-

da, Toña la abuela, la madre de Ruperto, de María, de Hilario. —*Emigrados de la Hacienda de la Salada, de allá en Zacatecas, cerca de Tetillas*, rememoraba Hilario retorciéndose los bigotes a la Káiser. La voz de mi padre enfermo, recién operado del corazón, sigue contándome. Me dice que a él y a su primo Ruperto les hizo un carrito, casi un bogue papá Chito, un carrito que enganchaba tras el carro de mulas en que los paseaba por Pearson. El recuerdo de mi padre se extravía, salta, ahora el niño, observa el cadáver de su abuelo, papá Chito, que yace en su lecho de muerte y su nuera Josefina, la madre de mi padre, esparce alcohol alrededor. Es verano y hace muchísimo calor, los ojos del niño parpadean, ahora va con el funeral que sube un cerro muy alto, hasta la cima donde está el panteón, allá, entre las cruces que quiebran la silueta de la cumbre se ha excavado la tumba de papá Chito. Me levanto en el agua, me tiro de frente y me zambullo un rato. Los sonidos del líquido me traspasan, tan tenues y hermosos como las florecitas rojas, salgo a tomar aire y observo la cerca de trueno, así de pronto, sin avisar, por entre las hojas verde oscuro y las nuevas más tenues, inmóvil, me observa un camaleón. Lo descubro sólo porque salgo del agua precisamente allí, frente a él. Una pata en una rama, el cuerpo y la cola hacia dentro del trueno, me tiene en la mira, elevado, como listo para correr si me muevo. Permanezco completamente estático, observo los colores de este cocodrilo miniatura, son exactamente iguales a los verdes de la planta. Me reclino sobre los escalones, el agua me cubre todo el cuerpo. Siento un poco de calor en la calva, me pongo el sombrero de palma suavecito. Sobre la palmera real y el cielo azul surgen las caras de mi abuela, de su padre Consolación y de mis tíos de la sierra, de la Babícora, del Río Papigóchic. La nariz puntiaguda de mi tío Chon, los rostros blancos de mis tías Juanita y Carolina y de mi abuela Josefina, los Sáenz, antiguos serranos españolados, rancheros. Mi tío Pepe, paralítico de piernas que vive en una casita del llano cerca de Yepómera, sale de su casa, se reclina en la puerta, los muñones de las piernas sobre la tierra lisita de tanto aplastar, la



puerta inmensa abre a una larga sombra por detrás. Sonríe bajo la tejana churida que tira a blanco, los ojos azul rayo me penetran hasta el alma, después de un rato de platicar nos despedimos, él se arrastra con unos brazos que de lo fornidos y fuertes más bien parecen piernas, llega a donde lo espera el alazán tostado, jala la rienda del palo, se agarra de un estribo con la derecha, jala muy fuerte y con la izquierda pesca por atrás la montura, suelta el estribo y se jala para agarrar la cabeza y en un giro que te cuesta creer, se columpia sobre la montura y cae sentado, agarra las riendas y se va galopando, no ha tardado más que unos segundos en hacerlo, sientes que has aprendido una importante lección de un maestro de la maña. Respiras profundo, huelen la madreselva, los nardos, allá lejos oyes las olas que se rompen en la playa y te llegan los gritos alegres de los bañistas que se mezclan con los de las hordas de pájaros, de pericos y guacamayas, de cenzontles que no han dejado de piar y cantar desde que saliste de la habitación, a tu lado escuchas platicar al jardinero con la mucama, alguien pasa caminando sobre la baldosa del callejoncito de atrás, me zambullo de nuevo y siento fresco el agua sobre la calva, mojo el sombrero y me echo a la mitad del agua, los zaguanes de las habitaciones están entreabiertos y sopla el aire meciendo las cortinas blancas. Como el camaleón, observo alrededor, los cocos cuelgan en racimos copiosos, los platanares también sostienen sus pencas verde claro. El manglar tiene mucha fruta pero aún está muy verde, las hormigas diminutas marchan en una larga fila a lo largo del labio de la alberca...

◆

Tendría unos seis años cuando mi papá me llevó a casa de mi suegro. El viejo traía unos pantalones de bombacha color café clarito y unas botas de montar, nos llevó a las caballerizas que estaban en el patio de atrás, en fila por la Justo Sierra, con las puertas cortadas a la mitad de las que salían las cabezas de algunos caballos, creo que uno era pinto blanco y café. En medio había un portón grande que daba a la Justo Sierra ...

Mucho me preguntan los alumnos del bloqueo del escritor, cómo se le hace cuando uno tiene un chance de dejarse cai algunas líneas y no sale nada, como ahorita que tengo tiempo y quiero pero que por más que trate no hay nada. Les digo que tal vez sea porque están demasiado nerviosos o porque hay algo que impide que se enganchen al río de ideas y voces y lugares y gestos y música y colores, olores, sabores y sensaciones que pasan continuamente y a madres por el consciente profundo, casi el subconsciente. Ahorita me estoy acordando que esta misma situación la estaba analizando mientras me bañaba el otro día, que a veces lo que hay que hacer es empezar a escribir de lo que sea, lo que sea para calentar la mano, que salga la tinta y ayude a que el rollo, el casete dijo otro amigo, el que a muchos se les borra con lo viejo, con el olvido, se junte con la mano, se calienten los dos y salgas tú a madres a echarte lo que puedas, lo que logres coger de ese río y vertirlo sobre la página. Ese mismo día, le decía a alguien, hay que echar a andar, a que se desborde la fuente del recuerdo, de todos los recuerdos, de imágenes y sentidos y dejarlos así, así nomás sobre la página, hasta que te duela la mano, hasta que sientas una terrible calentura que se apodera de ti cuando lo haces y te quedas allí singular-mente concentrado en tu voz, o la voz de ese otro dentro de ti que te dicta lo que debes escribir. Tal vez por eso se habla de que Dios le dictó la Biblia a los profetas.

Hoy cumplo cincuenta años. No lo puedo creer. Ahora sé que ya ha pasado demasiado el tiempo y me estoy poniendo ruco. Yo, el rebelde que ha batallado toda la vida en contra del anquilosamiento de a devis envejecido ahora, no quiere pero pierde la batalla como el viejo del poema de Machado. Cincuenta, se dicen fácilmente pero la intensidad con que los hemos vivido ha sido enorme. Ahora son la Gabi y la Rosi quienes se baten contra el mundo a chingadazos con el carácter que le tocó a cada una y con el característico pavoneo que marca a nuestras familias. Son cinco décadas de eventos significativos y pruebas duras a todas luces, veinte de vivir en casa de mis padres y en dos barcos y treinta de vivir con Rosi y las nenas en muchas ciudades en los dos países, de viajes largos y cortos, de conocer a mucha gente y hacer muy pocos amigos, los mismos hasta la fecha, siete casas y muchas, creo que once, mudas. Hoy me tocó trabajar, observar desde lejos los festejos, para variar escribo mientras les doy una prueba a estos pobres. Hoy es un día largo, aquí me quedo hasta las siete y media, salgo noche, entro de noche. Hoy me llamó mi padre para felicitarme, también mi madre, pensé que tal vez ellos cuenten el paso de sus vidas por las marcas que mis hermanos y yo vamos dejando. Mi padre ha cumplido los setentaicuatro, mi madre dos menos. ¡Qué tal!

Hace una semana que Angélica me diagnosticó la diabetes. Me explicó los efectos terribles que puede tener si no me cuido, que puede venir un paro renal, un coma diabético. Que me puede desmejorar los riñones de tal forma que requiera de la diálisis continua para no morir, de eso murió Michener esta semana, de negarse a la diálisis, que me puede venir una enfermedad del corazón, que el cigarro me eleva el contenido de azúcar en la sangre, que estoy por arriba de trescientos lo cual es pésimo pues lo normal es de ochenta a cientoveinte, que anda también alto el colesterol, que tengo que hacer un régimen y empezar a hacer ejercicio a diario. Hace una semana que me levanto, me lavo la cara y los dientes, me visto de carácter, me pongo la mochila, arreglo la música y me largo a caminar de aquí a la Missouri, vuelta a la izquierda y bajo hasta la Locust, vuelta a la izquierda y me voy hasta el Spirit Winds donde hay café. Hoy seguí derecho hasta mi oficina. Medí la distancia y son dos millas al primer descanso y dos millas hasta mi jale. Toda la semana la Rosi me ha picado el dedo y me ha medido el azúcar con la máquina electrónica. Para abajo y para arriba y para abajo. Hoy vino Angélica, me recetó unas pastillas que

debo tomar religiosamente de aquí hasta siempre para que mantenga en regla el azúcar. Desde que cumplí los cincuenta se me ha venido encima la mortalidad. Como que uno no quiere creer, no quiere aceptar la edad. Sí, uno se dice que se está haciendo viejo, que hay que aceptar los años con gracia y todo lo demás pero cuando llegan los chingadazos que ésta trae, como que se nos frunce, como que cuando pensábamos de hacernos viejos se tratara de otra gente. Qué débiles somos, la verdad. Hoy fuimos a visitar a Junio, lo encontramos en su oficina nueva. Muy lindo el edificio, elegante y colorido. Estaba muy tranquilo, no como otras veces que ni platica a gusto con uno de lo inquieto, de lo preocupado. La Rosi chica le había llevado un cuadro enorme y hermoso que iba a colgar en las paredes. Me preguntó que a dónde iría en España ahora que viaja con Margarita en noviembre. Yo mañana salgo a un congreso a Acapulco, de literatura chicana. El puerto ha quedado hecho un desastre después de que le pegó el huracán Paulina, el peor de la historia, dicen. Hoy reportaron en la tele que van más de quinientos muertos y que hay epidemia de cólera. La verdad es que aunque sólo vamos dos días el José y yo me da bastante miedo. Me acuerdo que así también viajamos la Rosi y yo en octubre del ochentaicinco cuando acababa de pasar el temblor en el DF y que todo estaba derrumbado. Cuando fuimos a recoger la edición de mi antología a Katún pasamos por los barrios del centro y nos quedamos azorados, aún recuerdo los pisos de hormigón caídos uno sobre otro, de entre las planchas ondeaban las cortinas, cientos y cientos de cortinas, cuadra tras cuadra, como banderas fúnebres que anunciaban la terminación de la catástrofe. Las fotos y los cortometrajes de Acapulco muestran a las personas desfilando por las calles con máscaras de cirugía verdes sobre el rostro, las calles ateridas de lodo como también un paso a desnivel completamente cubierto, se habló del derrumbe total de una iglesia que había sido construida sobre un canal o arroyo, se fue enterita con el agua, de qué tamaño habrá sido la corriente. Carros y trocas sepultados totalmente y el absurdo más grande, que aunque todo está



muy mal, la zona hotelera no ha sufrido daños, que venga el turismo, que lo necesitan, que los jodidos fueron los de siempre, los jodidos, por eso los organizadores del congreso insistieron en que siguiera siendo allí el evento. Pronto habrá de pasar todo y nadie lo recordará más que como un dato interesante para comparar con otros huracanes, con otras tragedias como el Andrea que pasó por la Florida. Le echan la culpa al Niño, le echamos la culpa. Ahora se nos pronostican los efectos del Niño en reserva que vendrá después y que han dado por llamar la Niña. Acá lo cierto es que ha sido un verano húmedo y fresco. Hemos comentado, hemos observado con curiosidad lo verde que está el desierto, lo poblados que están los cerros que normalmente están completamente pelones, que en Denver este año cayó granizo del tamaño de pelotas de béisbol, que Yuma se inundó y que se espera bastante nieve en el invierno. Se pone uno a pensar que si no estarán sucediendo las profecías del Apocalipsis, pero luego hacemos memoria y nos ponemos a pensar que en otros años sucedieron cosas peores y la gente se preguntó lo mismo, se pronosticó el fin del mundo, los famosos tres días de tinieblas con los que nuestra madre nos asustaba, sería el inviemo nuclear que se esperaba sucediera si explotaba la inexplotable bomba que nunca explotó pese a las amenazas, y tampoco se dieron las famosas tinieblas pero sí nos arrugamos, tuvimos nuestras familias, nos hicimos viejos, nos enfermamos, nos achacamos y achatamos y sufrimos nuestros pequeños Apocalipsis individuales, nuestras pequeñas muertes, nuestros fines privados y el mundo sigue girando. Y es que nos encanta especular hasta de lo que nunca sabremos ni nos toca saber. Ahora no sé ni qué voy a comer. Con el cuento de que todo se vuelve azúcar adentro. Lo que sí tengo prohibida es la cerveza. Tal vez un vinito en vez de pan o tortilla o un whisky que tiene menos calorías, ah, se me olvidaba que hoy también me compré un libreto como diccionario que te dice cuántas calorías tiene absolutamente todo.

◆

Me escribió el Aga(pitou). Me saludó de *buenas nachas* y yo le contesté de *buenas las tengas tú* mi socio. Dice que a ver si nos vemos en Navidad. Yo tengo muchas ganas de verlo al vato. Ojalá se pueda. Ahora ya el Aga es Vice Provost de su universidad. Qué loco, cómo se pasa la vida. Ahora lo platicábamos la Rosi y yo cuando cumplimos los treinta años, como si el asunto estuviera en poder pararla o no, en poder echarla para atrás, nada de eso, la Rosi chiquita es ya toda una maestra, lo que menos esperábamos y uno cae, uno lleva el tiempo, la muerte por dentro, —*Ya está grande*, me dijo la Rosi, y sí, ya está hecha toda una mujer como también y tal vez más asombroso suceda con la Gabi, la rebelde y juguetona, ahora se queja de las ineficiencias y de la burocracia y te endereza las cosas en un dos por tres. Ahora nosotros ya somos los abuelos, los que algún día ya estaremos completamente encanecidos, de lentes de fondo de botella y olvidadizos de a montón. Como ya no podemos salir de viaje tanto y como seremos una especie de eje familiar, vendrán los nietos a jugar, a joder y a encariñarse y a que nos encariñemos y tomaremos el tiempo que sea necesario para construir la memoria, ésa tan importante como película a colores que se quedará en la mente, en el consciente, el subconsciente de esos niños para cuando seamos sólo eso, imágenes en la memoria.

◆

Nos fuimos a comer un lonche de barbacoa al Tony's de la Myrtle y Dallas. Estaba el hijo del Tony, igualito a su padre con quien cursé la marina durante los años del NAM. Luego pasamos por los departamentos de la calle San Antonio, los del gobierno, la última morada de las múltiples de mis abuelos Sam y Aurelia, luego regresamos por la calle Magoffin, al complejo gris de apartamentos donde vivieron antes y donde conocí a los padres de Rubén Salazar. El barrio ya está cayéndose, tirado, hay una que otra casita aquí y allá pero



los edificios, se caen de lo viejo, abundan los lotes baldíos donde hubiera casas y familias, la ciudad ha crecido alrededor de la ciudad antigua, después empezará la *gentrification*, —*El tiempo pasa y no te puedo olvidar*, dice la canción, sí, el tiempo pasa pero por arriba de las cosas y de nosotros y sólo queda lo que hiciste con tu gente y con la gente que se te acercó de alguna forma alguna vez: la construcción del espíritu. La de la materia..., pues sólo hay que pasearse por cualquier sitio arqueológico para saber lo que con ésta última sucede.

◆

Llueve. En Albuquerque está nevando. Me duele horrible el ciático y la rodilla. Parece adrede. Hace un par de días venía caminando desde mi casa, calientito, sin dificultades y hoy llegué renqueando al salón que no está ni a una cuadra de mi oficina, y eso que traigo la malla de plástico puesta sobre la rodilla y me mantiene calientito.

◆

Fuimos a Juárez ya sin esperanza de encontrar al Güero, con el cuento de que puso su propia bolería allá en la colonia Libertad y como los otros boleros no lo quieren porque él es el que bolea mejor y el que se queda con todas las propinas. Pues di vuelta a la izquierda en la Ochoa yendo al sur sobre la Lerdo y por mero me estampo con dos carros que se habían ido por el carril izquierdo, el mío, sacándole la vuelta a una chava que hacía su alto sobre el carril derecho. Me fui pensando que ahora sí ya nadie respeta los señalamientos ni le teme a tránsito y como que con la violencia, la ineptitud de las autoridades y la crisis, a nadie le importa madres de cualquier forma. Seguí por la Ochoa, me paré frente a la bolería como a media cuadra antes de llegar a la Madero, la Rosi me señaló la casita de al lado recién estucada de color café bajito con sus bordes café oscuro y una rejita muy bien puesta, con su puertita y candado sobre un medidor de la luz. Salió en eso el Güero, más que güero es pelirrojo el

chavo pero ya se le quedó lo de Güero, como no son muchos, a cualquiera de tez o pelo claro, lo dijo el maestro Villa, se le dice güero. Salió el canijo a la puerta, a asomarse nomás y le dio el sol sobre la mata de cabello verdaderamente zanahórico, como relumbre sobre la cáscara de una mandarina. Se le partió la cara en una sonrisa y se apuró a recoger los zapatos. Pronto oí el ruido de las latas de grasa, de los frascos de betún y de la máquina, ingenio quijotesco, invento de boleros creadores de aquí y de allá de la frontera, que consta de un motor eléctrico de unos dos caballos, un eje metálico perfectamente acoplado, balanceado y apoyado sobre las puntas y varios cepillos redondos atornillados al mismo a cierta distancia de separado. Cuando el bolero acerca su arte grasera y betunesca metida la mano en el zapato, los cepillos, unos negros y otros cafés, para los zapatos ídem, hasta rechina el asunto. Huele a lo que sólo esos lugares pueden oler, a bolería mexicana auténtica, ya me dio el Güero su nueva dirección, allá por arriba de La Pila, derecho por la Miguel Ahumada hasta la León Duarte y luego a la derecha dos cuadras. Allí en la esquina está el chantecito, el que tiene unas puertas de fierro de ésas que se enrollan como cortina. —*Allí estoy después de las cinco y los sábados todo el día y es que ahora tengo que jalar en una maquila todo el día para sacar lo suficiente para darles de comer a mis chavos.* Así es la vida y uno tiene que reconocer al artista desposeído y despreciado por su arte, como cosa que no vale: *Sic transit gloria mundi ...*

♦

Pasamos a los abarrotes y a la frutería de la colonia Hortensias, la Rosi compró azúcar morena, yo una botella de agua. Observé todas aquellas cosas que siempre me despertaron las ganas de comer, los dulces mexicanos de todos tipos, los mazapanes, las obleas, los barrilitos y los salados como son los cacahuates con chile y las semillas de calabaza al lado de los charales enchilados. Ahora sólo observo la forma, el colorido y me imagino, quiero recordar a qué saben los cacahuates garapiñados. La señora gordita y sonriente me cobró



por tres kilos, un periódico y una botellita y ni se fijó, ni se dio cuenta del peso con que pagaba mi falta, mi exilio portátil, mi creencia. La Rosi se volteó y me dijo —*Y es que allí tienes todo el frutero para hacer un ponche*, pensando seguro en los tejocotes y la caña de azúcar, las guayabas y el azúcar —*Sí*, le contesté, *incluyendo el país*. Cruzamos la calle, después de comernos un lonche de miedo, pues has de saber que no comimos en ningún restaurante, por primera vez en la vida, porque tuvimos miedo de que entrara un narco y nos balaceara. Ayer anunciaron en la tele que van cuarenta y tres muertes ya este año. Entramos a la frutería. Entre el olor a los plátanos, limones, jícamas (¿cuántas calorías llevará una onza de jícama?), manzanas, naranjas, aguacates y chiles anchos muy bonitos, casi negros, para rellenar, bajo los retratos de Clinton y Kennedy en actitud de oración y con las manos juntas, la mirada fija en una imagen de la Guadalupana que va al centro. Se levanta el señor, gordito y sonriente, toma el cuchillo antiguo y corta medio kilo de queso menonita que ha pedido la Rosi. —*¿Algo más, señora?* pregunta, acostumbrado a que llevemos mucha fruta y mucha verdura. Casi avergonzados contestamos que no.

♦

Qué cosa. Uno sale de viaje y lo primero que se lleva son la cámara y muchos rollos de película pues hay que documentar nuestros paseos, frente a las maravillas arquitectónicas del mundo, la Torre de Pisa, el Coliseo, el Partenón, el Empire State y hasta los monumentos menos importantes, la Casa Blanca, Los Pinos, la Diana Cazadora pero nunca sale uno a su propia ciudad a tomarle fotos a su propia geografía, a su más importante arquitectura, la que lo define a uno, el Monumento a Juárez, el Cine Alameda, el Puente Internacional, las calles de acá, de allá. Luego desaparece algún edificio, algún lugar importante y uno se queja de que ya no está y de que ya no se acuerda cómo era aquello. Seguro que no. La memoria es así, selectiva, caprichosa, pero uno tampoco hizo lo mínimo por ayudar, nunca le sacó una pinche foto.

♦

Hoy me fui caminando despacio pero con ganas de reconocer a la ciudad, pronto, muy pronto, me di cuenta del número de gente que está en todas partes muy de mañana ya parados sin hacer nada frente a los lugares, las tiendas, los pequeños establecimientos. Hace mucho frío, se me olvidaron los guantes, iba frotándome las manos. Por toda la Vicente Guerrero desde aquí hasta el parque Borunda. Con un poco de miedo salí como a las ocho, las siete mías, pues mi padre me dijo, como que no quería la cosa, que al compadre Esquinca lo acababan de asaltar en la Bolivia e Insurgentes, le quitaron el reloj y unos billetes, a eso de las nueve de la mañana. Me vestí de mezclilla y me puse mis tenis negros y mi chaqueta azul, así no creo ni que me voltee nadie a ver y sí, la raza esperaba no sé qué, un pie sobre la banqueta y la suela del otro contra la pared de atrás, recargados platicando, observando, como esperando a que abrieran o a que les dijeran que ya entraran a desayunarse, ni me pelaron, pero un ruquito que acababa de abrir su abarrote y apenas acomodaba las cajas de vegetales y fruta sobre sus estantes se me quedó mirando como diciendo —*Ojalá que éste no entre a joder o a robar o a chingar o a lo que fuera. Mejor sigue tu camino y haz de cuenta que no te volteé a ver.* Seguí caminando y un poco después, al cruzar una calle, me divisó una monjita que daba la vuelta a la esquina, pronto se volteó, se tomó las solapas del suéter cruzando los brazos sobre el pecho y empezó a caminar muy de prisa, si no fuera yo tan buena onda diría que esa mujer huía de mí, de mi apariencia, de mi aparente peligro, de regreso pasé por una primaria. Nunca cambian, frío y todo los chavos como pollitos calientitos entraban a sus salones, divisé los suéteres rojos y las faldas cuadriculadas grises y azules de las niñas y escuché la multitud de sus voces, como el gorjeo de los gorriones que en otoño se abalanzan en nubes negras sobre la ciudad y caen por las tardes sobre los olmos pelones del Monumento. Después salí por el lado norte, frente al Monumento, por la Constitución, me encontré a otras tribus de



hombres sin oficio aparente, parados en las esquinas y por toda la orilla del parque, se me quedaban viendo como diciendo —*¿Y tú qué chingados ves?* o —*¿Y tú qué quieres?* Pasa rápido y no jodas que no estamos para nin-guna molestia. Frente al cerco de malla ciclónica, como medio metro de basura, más basura, así nomás tirada en la banqueta, en una esquina, ni bolsa ni nada, como si cualquiera hubiera salido con el bote lleno a la calle y lo hubiera vaciado allí, así nomás, por joder, seguí a paso seguro, volteé por la Ignacio de la Peña, iba contando las casas desocupadas, cuando llegué a la Ramón Corona ya llevaba unas diez, pasé por el Edificio Continental, ya no está ni el barcito del crucero de adentro, ni el relojero, ni la señora del puesto de revistas de la salida a la 16. Don Ramón ya enrejó su librería de a devis y el Cine Variedades ya no es eso ni nada, como que está entre destinos, hace poco supe que había sido una iglesia protestante, pues ya nadie sabe ni nadie supo quién es quién ni cuál es cuál, allí en la calle Ferrocarril o si quieres Francisco Villa empieza el pavoroso desmadre, uno de los muchos que echó a andar el cretino de Galindo, según él presidente municipal panista, yo suponía que era pendejo y los reportes de los periódicos y los insultos a sus colegas damas me lo confirmaron pero lo del centro es un verdadero absurdo que me cuesta trabajo calificar. Ahora sí que, si uno es peatón, no sabe ni cómo pasar, si por las banquetas rotas, por las recién colocadas, brincando zanjas, pisando lodazales, por arriba de alguna tarima insegura que puso alguien de pura compasión, si eres automovilista está más fácil, no pasas, ¡qué poca madre!, como dice mi jefito, yo no entiendo cómo hizo eso, si es universitario esa bestia peluda, para qué jodió todo de una vez siendo que pudo ir haciéndolo en pedazos, pues ni modo, ahora a aguantarse, como siempre, hasta que les parezca bueno, hasta que se les antoje, quesque los panistas son unos angelitos, a mí no me la pegan, son iguales o peores que los otros pero se las dan de santuchos, cuando menos a los otros ya los conocemos y no se andan con chingaderas, por fin bajé por la calle De la Paz, volteé a la izquierda, pasé a la Plaza de Armas,

seguí hasta la calle Ugarte entre olores a drenaje y otros parecidos, volteé a la derecha, donde estuvo el Cine Edén hoy es una moderna mueblería, la gente de los negocios había salido a la calle a regar y a barrer muy tempranito, allí sigue ya muy piojito el Café Madrid... —*Qué pinche agüite*, me dijo la Coquis cuando le platiqué, —*Sí, a mí me sucede lo mismo*. Pobre Juaritos, y es que nadie quiere a la ciudad y es que nadie es ya de aquí, puro pinche chilanguerío.

♦

Hoy entré a la casa de la Constitución, donde viví de niño, en seguida de la de mi abuelita y a un costado de la de mi tía María, mi madre me dijo ayer que estaban arreglando algunas de las casas viejas de por ahí para venderlas y sí, hay dos, la que era de los Estrada y otra que está en seguida donde no sé quién vivía, los apartamentos o dúplex donde vivieron mi tío Ruperto, mi tía Tencha y su familia se están cayendo, pero la casa vieja nuestra de la Constitución, aquí a la mitad de la cuadra entre Insurgentes y 18 de Marzo, es ahora una peletería, entré después de más de cuarentaitrés años a lo que había sido la sala y al principio no la reconocí, en mi memoria infantil era habitación enorme, allí ponía la música de Marino Marini, los discos italianos de mi mamá y allí aprendí que entendía algo de lo que decían en ese, aquel, italiano napolitano un poco españolado, allí sobre el machimbre que aún rechina al entrar pasamos alegres Navidades mi hermano Lorenzo y yo, Oscar llegó chiquito a la casa de la calle Anáhuac, frente a la casa de los Correa, creo que rentábamos de los Balderrama, ahí fue donde el señor Torres le salvó la vida a mi mamá, pero aquí esta sala ahora está cubierta de anaqueles que muestran suelas, tacones, chinelas y toda clase de artículos de cuero para botas y zapatos y huele mucho a vaqueta, pero también ahí están los artículos para el bolo, las grasas de diversos colores en sus latas de rayitas según el tinte, las tintas fuertes y las suaves, los cepillos y las motitas para aplicar las tintas y demás. Allí estuve parado unos minutos queriéndome acordar, queriéndome regresar, queriendo encontrar alguna huella y sí, ahí estaban, el arco caprichoso de puntas y curvas que divide la salita del comedor o de lo que fueron ésos antes, hoy el comedor es una bodega, ahora me acuerdo que después vivió allí Quico Núñez, ahí también estaba la chimenea que nunca usamos pero sí que servía pues la tronera era auténtica, allí arriba de esa sala, allí en el techo nos agazapamos de muchachos con globos llenos de agua en el verano, desde allí los aventamos a los camiones que pasaban con las ventanas abiertas y luego corríamos a escondernos, allí en esa calle, aprendí a andar en la bicicleta del mudito Genaro que le enyesaba la casa a mi mamá y se la pintaba, la casa nueva, entonces, hoy ya tiene más de treintaicinco años (de ocupada) y nos enseñó a comunicarnos con él a gestos y señas pues Genaro tampoco oía, pero curiosamente no faltaba nada en nuestra comunicación, hoy compré unas cinco motitas en la peletería que fue la sala de mi casa más de cuarenta años después y nadie lo supo más que yo.



♦

Hoy salí a caminar, como todos los días, como lo hago en Las Cruces, pero allá yo soy el único que va caminando y se ve que lo estoy haciendo como deporte o porque tengo necesidad de caminar para hacer el ejercicio y sí pues, tal vez desde mi casa por el hospital hasta la disquera Hastings de El Paseo, me tardé cuarenta minutos y me topé, me crucé o divisé a unas dos personas que vienen o van a pie, acá salgo a la calle y ya vamos o venimos o nos cruzamos seis o siete gentes que caminan porque van o vienen de algún lado, anoche salió en la tele una estadística del uso de transporte y del número de viajes que hace al día la gente aquí, pues resulta que, aunque más de la mitad anda en carro y un veinte por ciento en camiones, un buen diez por ciento de los dos millones de viajes los hace la gente a pie. Ya van más de cinco días que camino y camino por todas partes, para todos lados y veo que eso de que en la calle asalten, cuando menos durante el día, es la excepción, ya pardeando será otro cuento, me lo confirmó don Ramón Villaverde, —*De día para cualquier*

*lado, ya en la tarde no*. Hoy jalé por la Juárez hasta la Mejía, allí no ha cambiado mucho la cosa, los mismos compas que quieren venderle o jalar algo a algún turista despistado, hoy también divisé varios gringos que parecían drogos en busca de arreglo, me regresé por la Ferrocarril buscando solecito, el frío sigue estando cabrón a pesar de que ya es menos, donde estaba la zapatería La Fornarina es un local vacío, donde la compañía de luz es una agencia de Tupperware, en la librería de la esquina del correo compré un poemario de Antonio Machado por cuarenta y seis pesotes y en el correo unos sobres, a la entrada sigue estando el mismo señor, la gasolinera de Noriega ya está muy modernizada y ahora ya incluye el tricolor de PEMEX que antes, como buen panista, se negaba a pintar, pero me dicen que él ya no está, que a él y a su hermana, la Sra. viuda de Mora, les ha dado el Alzheimers y ya no saben de sí, sigo por la Lerdo hasta el Hotel de Luxe y llego al monumento por el otro lado, sí, sí hay uno que otro malandrín por ahí ¿y policía? pues hasta ahora sólo he visto los que dirigen el tráfico en la 16, sigo adelante, voy a ver a mi papá que está trabajando en su changarro...

◆

Hace falta el radio, la voz del locutor de la radio mexicana que habla con las personas que lo llaman por teléfono, canta a capela seguido sus canciones favoritas, baila con una tía ficticia que viste de formas distintas según su antojo y cuya estación se ubica frente a lo que era la Farmacia San Antonio por la Insurgentes y Panamá, todo el santo día está puesto el radio en esa estación en nuestra casa de Las Cruces y dice Rosi que esa misma estación era la que siempre oía cuando vivíamos aquí en Juaritos. Cuando ella ha estado fuera visitando a Rosi o a Gabi yo he prendido el radio y lo he dejado puesto allí sólo mientras trabajo, leo o cocino y es como si el gran sentido de la soledad que de otra forma oprime, con eso se disipa rapidito, con el cuento de que ya no distingo muy bien lo que me dicen de lejos, tengo que acercarme para ver si me están elogiando o insultando, el solo timbre de la voz conocida es suficiente, tal vez eso sea lo que siente la gente que ama a los gatos o a los perros.



◆

Hoy anduve renqueando de aquí para allá y de allá para acá por todo Juárez, anoche me torcí otra vez y ya esto es cosa de nunca acabar, voy a ir con doña Cristina para que me truene los huesos. A ver si así me curo. Queriendo que no y por irme fijando por donde iba y como pisaba no pude dejar de observar las banquetas, como ayer y antier anduve caminando en Las Cruces tampoco me fue difícil hacer una comparación de los lugares a caminar. Aquí veo que hay partes en donde han echado cemento nuevo y hasta mosaico, como que los dueños se preocuparon porque su casita se viera más o menos por fuera, casitas recién pintaditas, viejas pero arregladas en seguida de otras que están desocupadas, en ruinas, como que alguien salió de allí corriendo dejando tiradas prendas de vestir por todo el suelo, cajas de cartón, todo observado por el hueco de una ventana medio pintada, el vidrio quebrado, tras una reja y un cerco chaparro, un jardincito todo jodido y seco, sucio, como aceitoso y terregoso, lo observo desde la banqueta que ya está hecha añicos que parece producto de un movimiento de tierra, unos picos de cemento para este lado y otros para otro, los fragmentos multiformes orientados a todos los ángulos que parten de lo que fue una fosa cuadrada de un olmo chino que ha echado raíces enormes. No sé cómo la gente no sufre más accidentes cuando camina pues más que caminar se trata de un ejercicio de balanceo, hay otras partes, pocas, pero las hay que me recuerdan las banquetas de Las Cruces, allá la mayor parte son perfectas, recién construidas, muy aerodinámicas con sus entradas para carros y sus bajadas para sillas de ruedas perfectamente trazadas, hasta hay algunas que están rodeadas de pequeños jardines públicos, de piedritas de colores y de curvas estrambóticas en el cemento, por otras partes son una combinación de canales para el flujo del agua durante la lluvia y forman parte del sistema de drenaje pluvial de emergencia pues allí se ha inundado fuertemente la ciudad, acá también pero nadie hace caso, pero hay lugares, unos lugares allí mismo, como

en medio de los barrios, como entre una sección o zona donde aún no se finca o donde por mucho tiempo ha habido baldíos o pequeñas granjitas o campos labrantíos, sí, en medio del poblado y de repente está el cordón de la banqueta y luego nada, vil tierra donde debería haber banqueta, allí en Mesilla ni banqueta hay, no porque no haya dinero para ponerla sino que, como ya se ha hecho una especie de trampa para turistas manicurada a lo Santa Fe, pues están haciendo lo posible por conservar el ambiente de pueblito, de patio rural, así que nada de banquetas, si quieres vete por allí por el lodo, viendo contra el tráfico que pasa a cincuentaicinco mph, claro pues aunque nos gusta verte caminar pues contribuyes a la imagen campirana de nuestra pequeña Disneylandia, no queremos que te maten, te atropellen, te machuquen o te dejen allí aplastado en lo que la gabachada ha tomado en llamar road pizza, acá las banquetas van llenas de gente, hasta hay lugares en donde se dificulta el paso y hay que seguir las reglas de urbanidad al transitar en público, los caballeros por la izquierda, contra el cordón y si vienen más de tres damas y no cabes pues a bajarse a la calle para permitir el libre tránsito, allá ni aunque uno quiera hay ese tipo de problemas pues tú eres el único que camina, toda la demás raza va en su carro, eso sí, al cruzar la calle hay que estar muy al alba y no bajarse de la banqueta sin tener enorme cuidado de vigilar quién viene, va o quién va a dar vuelta para qué lado pues como te pueden dejar pasar también te atropellan no porque se lo hayan propuesto sino porque son una cantidad pavorosa de ruquitos con permiso para manejar, verdaderos peligros al volante. Acá ya sabes, tienes que andar super sobres porque no se paran punto y bueno, sobre aviso no hay engaño. Aun para caminar sobre las banquetas, las reglas son diferentes, acá los perros no respetan a nadie ni a nada, se cagan sobre el cemento en cualquier lugar y tú eres quien debe ir muy avispado para no meter la pata, allá no hay perros en la calle, la ley lo prohíbe, a menos de que vayan amarrados de un cinto o de una cadena a sus amos y deben de cagar sobre lugares no abanquetados, si se cagan sobre la



banqueta los amos son responsables de recogerles los mojones, hay hasta quienes se pasean con sus canes por la calle y cargan un recogedor y una escobeta para levantar la mierda, primer mundo/tercer mundo: *cave canem*. Las fisonomías de las construcciones son muy distintas también, acá las rejas enormes como jaulas inmensas que cubren toda la casa, rejas ornamentales muy gargoleadas y bien puestas como filigranas sobre las ventanas y ventanales de las casas popof y como cercos o barandales de éstas y de otros edificios, otras son rejas tejidas, de varilla de acero, como sacadas del cemento armado, allí mismo configuradas, antes de que se seque, para ahorrarse dinero, rejas sobre tragaluces, rejas en los consultorios, en las oficinas de abogados, en el changarro del peluquero, en la librería, en el correo, en los hoteles, en la catedral, en las tiendas, en los cines, en los estacionamientos, en las cantinas de la ciudad. Es una ciudad enrejada, prisionera de sí misma; acá luego que ves unas ventanas sin rejas te ponen a pensar: —*Chin, por allí se pueden meter.* Allá ves una casa con rejas y dices: —*Chin, qué peligroso. A la hora de un incendio, ¿por dónde se van a salir?* Allá lo consulté con el señor que nos tiene todo asegurado, me preguntó que sí había muchas ventanas. —*Muchas y muy buenas*, le dije, —*Pues bien*, me contestó, —*Todo lo que está dentro de su casa está asegurado y ninguna de esas cosas vale la pena como para que arriesgue su vida, así que deje que se queme o que se la roben, usted sálgase por la ventana y corra con los vecinos a llamar al 911.* Acá la casa era un búnker, los travesaños eran de a metro o metro y medio por treinta cm; para meter un tornillo o colgar un cortinero tenías que pagarle a un barrenador de minas o de plano llamar a Supermán (o sea a Galindo) para que hiciera el agujero y las casas como allá son de cartón y de palitos, pues la gente le tiene horror al gas, acá todo es de gas, allá sí sale agua, cuarenta libras de presión por cualquier caño, tanta que te rompe cualquier aditamento para regar, acá el chorrito del grueso de un dedo chiquito si te va bien y grítales que no agarren agua cuando te estás bañando porque te das unas quemadas del carajo,

la gente habla mucho de lo que es o no es la frontera y más si es chilanga descúbrelotodo y sábelomejorquenadie para engrandecerse ante los demás, la verdad es que uno que de veras la conoce de primera y muy primera mano se da cuenta de ella, aquí, en la minucia.

Por la Justo Sierra se nos aparecía de noche generalmente, iba a checar el bote de la basura de la esquina, le gustaba el bote, lo tenemos constatado, por el desecho de azúcar de pastel que ahí tiraban los del Café de Europa del centrito comercial, no creas, tratábamos de darle de comer bien, la Rosi sacaba un plato de la comida que estábamos cenando y se lo llevaba allí en frente con cubiertos y todo pero nada, no quería comida salada, sólo el dulce del bote de la basura, a veces llegaba todo revolcado con el pelo hecho plasta, como si se hubiera untado aceite y luego se hubiera rociado tierra, los pantalones rotos de atrás, se le salía una nalga, a veces calzado, a veces descalzo, pero siempre muy enérgico y original, se nos quedaba viendo largo rato, como si quisiera preguntarnos algo, a veces se acostaba sobre una plancha de cemento como cama que salía de la pared del edificio, a veces a media calle como desafiando a que un carro le pasara por arriba y acabara con su sufrimiento para siempre, en invierno desaparecía por largas temporadas, en el verano siempre estaba, luego, como a las dos de la mañana, se soltaba cantando con una voz clara, dulce y melodiosa, tangos, boleros, canciones románticas y así para de repente cambiar al inglés y seguir con canciones americanas, pero sin acento, como si fuera de allá y el inglés fuera su primera lengua, una noche lo oímos gritar, salimos a ver qué sucedía, estaba peleándose con alguien, gritaba: —*Pero yo qué les he hecho para que me traten así, ya váyanse y déjenme en paz, órale Migra, ya estuvo...* y luego tiraba chingadazos y patadones al aire... Me acuerdo de lo que nos platicó Alfredo de su novela *Infierno Grande*, que cuando estuvo de Director del siquiátrico del Hospital General de Chihuahua, muchos de sus pacientes eran exmojados o inmigrantes que habían



regresado así, ya enfermos de la mente, de sus correrías por Gringolandia, que le narraban las terribles circunstancias y eventos que habían vivido del otro lado y de cómo por allá se habían destrampado, tampoco veo al loquito maricón que corría por las calles principales vestido de colores fuertes haciéndose como que alguien lo venía siguiendo para enamorarlo, hacía muecas como de vergüenza y recato, se sonreía y luego seguía adelante, mucha raza para burlarse de él le silbaba y éste seguía peor la comedia, tampoco he visto a la loca gordita que siempre estaba en misa de una los domingos, entraba a la hora del ofertorio cuando todo mundo sacaba los centavos para echar en la canasta y ella también pasaba, botas, pantalones y chaqueta verde olivo militares, un costal de triques en la espalda chamagosa y apestando a rayos, pasaba extendiéndote la mano con una cara como diciéndote —*Pos órale, déjate cai, si eres muy cristiano, aquí está una persona muy necesitada, mucho más que los que están pasando las canastillas esas, déjate cai o grito para que todos vean lo hipócrita que eres... a la hora del Yo me confieso, muy arrepentido, te das unos golpes de pecho que hasta afuera se oyen pero ahora que puedes de veras ayudarle a alguien te haces el desoído y es que eres puro culeid...* a muchos chavos que estaban parados atrás los nalgueaba antes de salirse corriendo a carcajadas, a mí y a mi carnal Oscar nos tocaron las nalgadas... ya también se murió el don Varillas, el papá de la Sra. Rachides que vive atrás de la casa de mis papás, a todos nos tenía azorrillados, le teníamos pánico aunque nunca le hizo nada a nadie, era todo sólo por su apariencia, siempre vestido de negro con un abrigo muy largo, botas y un sombrero arriscado, se metía muchas garras en los pantalones y bajo la camisa y en la mano llevaba una varilla larga que le servía de báculo y que continuamente golpeaba contra el suelo y contra las paredes, toda la noche y a todas horas del día caminaba por el barrio, para mí era la personificación de los monstruos con que nos asustaban de niños en casa de mi tía María, era el chirlos birlos, el patas de catre o el gorra prieta que nos contaban, venía de noche a robarse a los chavos malcriados, nos pro-

vocaba miedo no el saber y conocer a esos personajes sino más bien el misterio de no saber qué les pasaba a los niños que se robaban... he preguntado que dónde están esos locos de hace poco y me han dicho que han desaparecido pero nadie sabe a dónde, sólo que ya no están, como aquí no hay manicomio...hubo uno hace tiempo por la calle Hospital, donde antes era el Hospital Civil pero ya no es, José Manuel me dijo que allá por atrás del Panteón Municipal hay un manicomio, que es privado, que él lo divisó un día que fueron a entrevistar a no sé quién pero que no pudieron entrar, que está en una hondonada, como entre cerros, que por los lados del recinto hay tres pasadas de malla ciclónica y que un lado está sin cercar, que no alcanzó el dinero para completar el trabajo, así que allí hay una línea marcada con gis en el suelo y que es muy raro pero que los locos tienen orden de no pasarla y no la pasan, como si fuera parte del mismo cerco...

♦

Pasé caminando frente a una ventana, el ruido me atrajo, paré un momento a divisar, era una mujer que estaba en su cocina y tiraba la masa de harina de trigo contra una bandeja de peltre, la empuñaba, la estrujaba, la doblaba y de nuevo la cacheteaba contra la lámina de la bandeja. Ya van varias noches que dormimos mal y es que las camas son muy distintas, la de allá es dura como un palo y ya tenemos la costumbre de que cada quien duerme para su lado, acá la cama es más blandita y estamos alrevesados de posición, parece que no pero eso es suficiente como para no quedarse súpito, allá no se oye nada, como estamos en el campo, como quien dice a unas tres cuadras está el desierto, acá pita el tren a las tres de la mañana y a las seis, ya se nos había olvidado, cuando vivíamos aquí a dos cuadras también pitaba y la máquina de patio hacía los mismos movimientos pero nosotros ya no la oíamos, estábamos totalmente acostumbrados, allá pasa la autopista a unas dos cuadras y no oímos nada, acá el tráfico de la otra cuadra es constante y se oye todo siempre, los camiones pasan por un bache o por el pavimento agrietado y suenan como baldes llenos de tornillos, a las siete se oyen las campanas de la iglesia que



llaman a misa y por el callejón pasa el señor del fierro viejo con su carrito y gritando su pregón, luego sigue el verdulero que empuja otro carrito lleno de frutas y verduras y salen las damas del barrio a comprarle al mini menudeo, una papa, una cebolla, un poquito de cilantro, unos chiles y así, desde lejos se oye el sonar de la zampoña del afilador, se para a trabajar bajo el sol aquí en la esquina, ahora suelda un agujero de una cazuela de la vecina de al lado y acaba de afilarme unas tijeras y el cuchillo viejo de la carne, tiene su antorcha antigua encendida y la pasa sobre el metal y la soldadura una y otra vez, —*Ya llegóóó, ya llegóóóó*, grita el señor del periódico que viene silbando muy contento desde la otra esquina, —*Un diario maistro*, y saca uno y te cobra cuatro pesos que te parece mucho pero no es ni tanto si te pones a ver que allá pagas sesentaicinco centavos gabachos por el mismo diario, ayer escuchaste la melodía de la troquita del camión de la nieve, paletas y dulces que se escucha a varias cuadras pues la bocina que trae sobre el capacete la pone a todo vuelo, esta mañana entraste al jardín de abajo y te sorprendiste de encontrar un pequeño radio del trabajador de la casa de tu mamá a todo lo que daba el volumen, tocaba música norteña, recordaste que hace uno o dos días, cuando venías de regreso por la Calle de la Paz, del mercado hacia abajo, te punzó en las orejas el mismo volumen y la misma música que se escapaba de bocinas que tenían empotradas afuera de los comercios, anoche te preguntó la Rosi qué era aquello que se oía, que parecían tiros, —*No*, dijiste, —*¿Cómo que tiros?* y escuchaste un momento más y tres o cuatro detonaciones de bala clarísimas, aquí abajo, —*Ah, qué Juaritos, ahora sí que ya no tiene nada de lo que era hace muy poco*, allá ni qué esperanzas, la gente es tan quieta que cualquier ruido los asusta, acá, ahí por la Plaza de Armas, ayer estaba un cieguito tocando la guitarra, cantando un corrido, tañían las cuerdas y chocaban con su voz aguardentosa y el estrepitoso chasquido de las monedas que le aventaba la gente al bote de metal que tenía sujetado entre los zapatos, luego pasé por una tortillería, allí la máquina que fabrica y cuece

las redondas masas rechina y rechina, fierro contra fierro y poleas y cintos contra sí mismos, constante, incesante, vibrante, acompañada del sonido que hace el papel estraza sobre el kilo o los dos kilos calientitos...

♦

Me llevó mi padre con doña Cristina la sobadora, la de una colonia más o menos lejana, allá por la orilla, como a unos tres kilómetros del camino periférico, en una calle sin pavimentar, en unas casitas chiquitas con un jardín medio serrano enfrente, allí fuimos a dar porque ya tengo como tres meses que estoy jalado de los nervios, desde el cuello hasta el codo derecho y desde el cuadril por detrás de las piernas hasta los dedos del pie, cuando voy caminando mis famosas caminatas diabéticas diarias, de repente se me empieza a jalar el nervio por detrás de la rodilla y ya no puedo dar paso pero luego es peor porque se me tuerce el nervio del cuello, no sé en qué artes, y me quedo tullido de todo el lado derecho y esto es muy importante porque tengo que caminar por la enfermedad, llegamos pues a las casitas aquellas siguiendo unas direcciones muy locas: —*Vete hasta el último poste alto de la derecha y luego dale a la izquierda, sigue derecho por esta calle hasta que llegues al último poste alto y dale a la derecha...* al pasar una esquina me fijé que la calle se llamaba Profesora Díaz de B. Rosita señaló el letrero y luego dimos vuelta, al entrar, desde el pasillito exterior, hay por un lado un tablón arreglado para que los que esperan puedan sentarse contra el cerco como respaldo, luego hay un recibidor pequeñito como porche con sillas y bancas, cuando entramos se iba una gente que nos dijo que seguíamos nosotros después de que terminara con el que estaba adentro, esperamos un rato y pronto me tocó entrar al consultorio, una recámara olor a benguey, la señora chaparrita, morena, de pelo negro con un mechón canoso, como de unos sesenta años, me preguntó dónde me dolía, yo le expliqué lo del nervio jalado y ella me pidió que me arrodillara sobre el filo de una camita, que luego me acostara con los



brazos a los lados, luego me aflojó la camiseta y me bajó el pantalón para comenzar a empujar con muchas ganas, sorprendente de lo fuerte, contra la columna y luego siguió con los hombros y los brazos, me tronó el cuello y luego siguió jalando y empujando los tendones de las piernas hasta llegar a los pies, de repente me tomó de una pierna y me la empujó hacia arriba, contra la espalda, y luego hizo lo mismo con la otra, me dijo que ya estaba, que no manejara ni caminara largo por tres días, que ahora en la noche no me sentara en sofás ni sillas blandas y que alternara estar sentado con la caminada alrededor de la casa y que no hiciera esfuerzo fuerte. Pues aquí me tienes, sentado, esperando a que me haga el efecto...

♦

Ya ando mucho mejor, no sé muy bien qué ni cómo pero seguro que me acomodó los tendones y los nervios pues, aunque me jalan un poco, después de calentarme un ratito ya dejo de pensar en eso y todo muy bien, a ver cuánto me dura pero si me quedo torcido otra vez, cuando menos ya se qué hacer, con quién acudir.

♦

Si te vas por la Insurgentes rumbo a la iglesia y das vuelta en la calle Uruguay, a la derecha, a unos pasos está una casa pequeña recién estucada de blanco con su puerta de fierro y alambre y en la ventana que da a la calle una hoja del mismo color, en el pretil, muy limpio y arreglado entre el vidrio y la cortina, alguien, una niña diría yo, ha puesto su colección de figuritas multicolores con mucho cuidado, como ordenadas en filas para que el que pase las vea todas juntas y se quede un momento contemplando, unas son de Walt Disney y otras de vidrio soplado. Eso sería muy diferente a lo que allá encontraría pues acá las ventanas de las casas dan directamente a las banquetas. Un poco más adelante por la Insurgentes, casi esquina con Colombia, hay como cuatro aparadores de una tienda de artefactos, repuestos o refac-

ciones para los aparatos de la casa, entre los que están en las ventanas se encuentran vasos para licuadoras de diversos tamaños, unos de vidrio y de plástico, otros de aluminio de colores, quemadores para estufa de gas y las parrillas para las mismas, una serie de artefactos desconocidos que supongo serán como repuestos para calentadores de agua, luego varios batidores para lavadoras de ropa, grises, blancos y color café con leche, en seguida ordenaditos en línea, están los ladrillos para calentones de gas, de ésos que siempre se quiebran con el calor y el uso y que juras que nunca vas a poder reemplazar, allí adentro observas que también tienen partes para máquinas de coser, para planchas y para barredoras y hasta rodillos para exprimir la ropa de ésos que van en una parte giratoria sobre los tanques de lavar y de enjuagar de las lavadoras, antiguas acá, pero que en México se siguen fabricando y que la gente muchas veces las prefiere a las modernas, pasando la iglesia está una ferretería inmensa, "El surtidor", que el aparador exhibe candados de todos tipos, de bicicleta, de acero templado, largos para puerta de barandal y pequeñitos para mochilas, velices y cajitas de cambio y joyeros, siguen las aldabas sencillas y con seguro, los rodillos para toda clase de muebles mexicanos a la antigüita, sencillos y de los que sólo tienen una protuberancia de metal y una rueda de plástico marrón y modernos plateados y dorados cuya rueda es más bien una esfera de hule, luego hay botones para radios y televisiones de todos colores y sabores, navajas, cuchillos y herramientras para el jardín, tijeras para cortar la orilla del zacate, podadoras y serruchos grandes y pequeños, los clavos y los tornillos como los desarmadores y martillos de manufactura nacional para gigantes y para enanos, —*Oiga, señor, vengo a ver si no tiene soleras de este tamaño...* pregunta un señor al dependiente que está del otro lado del mostrador con cara como entre impaciente por atender a éste y seguir conmigo y seguro de que cualquier cosa que pida allí estará, se quita el lápiz que ya casi no tiene de dónde le saquen punta de la cuneta sobre la oreja y hace como que va a escribir o a apuntar, se rasca la cabeza con el mismo mientras examina



la solera aceitosa y negra y responde: —*Mire, mejor venga para acá...* lo lleva a uno de treinta anaqueles con diez escaños cada uno y le dice: —*Búsquele en las cajas*, señalándole una hilera de cubos de cartón, en el segundo escaño del suelo para arriba... —*Sí, ¿en qué le puedo servirle?*, casi me grita acomodándose el lapicito sobre la oreja... en la Rosa de Oro los panes, todos de dulce, se asoman a la calle, allá están las empanadas de manzana y de piña y las conchas espolvoreadas de azúcar, acá las semitas, los polvorones y los marranitos de jengibre, las esponjas cafés, blancas y color de rosa, luego los moños y los polvorones seguidos de biscochitos que me recuerdan mucho el gusto de mi amigo Jim Sagel † y pastelitos de cereza, en medio del recinto está una caja vacía hecha de madera sobre unas patas largas que espera el pan bolillo y las teleras, para acá, para el otro lado están las papelerías, por la Ramón Corona, la Lerdo, entras a buscar una libretita de aquéllas como agenda que vendían en las tienditas del barrio, te acordaste porque viste en el aparador unas muestras de cuadernos de la línea Script, tamaño libreta, taquigráfica, para la escuela, con líneas, sin líneas, cuadriculadas para las clases de geometría, grapados o con espiral, bajo una serie de mochilas escolares, de cuero, de plástico, de tela, de colores y adornadas de calcomanías o muy serias para chavos de secundaria o prepa, todas previstas de sus correas para llevarlas colgadas sobre los hombros y unas nuevas que son como sacos más largos que llevan pintada una calavera o alguna caricatura grotesca para cargar en un solo hombro con una sola correa, te paras entre los anaqueles repletos de papel cebolla para máquina, de colores de madera, de plumas fuente y bolígrafos y hasta botellitas de tinta, borradores mexicanos de migajón, cartulinas y papel maché, papel chino, mapas, globos, reglas, compases, pequeños corchos para las puntas, tachuelas, gises y planillas de historia de México, de América y del mundo, de ciencias naturales, zoología y botánica, en algunas en agosto y en diciembre se desaloja todo el suelo y se montan pilas de libros de texto, a veces las colas de padres de familia y muchachos le dan la

vuelta a la cuadra, es muy característico ver a don Ramón tras la reja de su changarro dejando pasar a la gente en tandas pues ya en las aglomeraciones de antes lo han robado, allí en el centro no falta algún listo que se meta no a comprar sino a llevarse tu cartera o el contenido del bolso de alguna dama, las secundarias, preparatorias y algunas primarias publican la lista obligatoria de útiles y libros y desde el momento en que sale, la gente emprende una búsqueda por todas las papelerías y librerías de la ciudad, allí cerca, a una cuadra, a media cuadra, estaba una farmacia, otra farmacia, el aparador lleno de monos de peluche, jabones de lavanda, oliva, jojoba, leche de burra, del perro agradecido, despiojadores, de concha nácar, de carbón de hulla, de tepezcohuite, de aguacate, avena, neutro, manzanilla, sábila y lo que tú quieras y gustes, luego los talcos y las lociones, las aguas de colonia y perfumes americanos y franceses, todo junto a los cepillos para lavarse los dientes, los peines, los demás aditamentos como chavetas, broches y peinetas y después, allá detrás del mostrador las medicinas, entre las farmacias y la librería estaba el changarro del antiguo fotógrafo local, en los aparadores estaban los retratos retocados de la quinceañera más reciente, la novia del mes o del año, de la familia ejemplar, de la niña de primera comunión, por la puerta abierta se divisaba el recibidor, un escritorio metálico viejo con cubierta de vidrio que exhibía una muchedumbre de retratos debajo y a los lados sofás estilo victoriano color púrpura con adornos de madera tallada ya de tanto uso, detrás de una cortina que el viejo levantaba con un brazo extendido se veía la vieja cámara de recámara y bulbito de hule que apretaba para tomar la foto y las placas de vidrio que sacaba ruidosamente de su lugar para llevar al cuarto de revelados, después de terminado el jale: —*Sí, un depósito de trescientos pesos y vuelva el miercoles para que escoja el definitivo, ya para entonces estarán las pruebas...* Hoy pasé y el lugar está vacío, la mueblería de la esquina y las que siguen exhiben sus lavadoras y secadoras americanas, sus calentadores, refrigeradores IEM y estufas de cuatro quemadores y un



horno como la que tuvimos nosotros desde 1978 hasta 1990, unas recámaras, salas y comedores de lo más horrendos que te puedas imaginar, parece que se han impuesto la tarea de conseguir los estilos más rupas, negro con dorado y toscos como ellos solos, como que quieren ser copias de muebles chafones gringos de los que se inventan nomás en el chuco, duros como cemento, aunque se supone que son de esponja y resorte, e inmensos como si la pobre raza que los compre en abonos tuviera donde ponerlos, seguro que si los apartamentos donde viven son como el nuestro, la cama y un buró toman todo el espacio de la recámara, lo mismo el buquesofá y el lanchasillón y seguro que o caben las gentes o cabe el comedor, de ésos que tienes que meter la panza y escurrirte contra la pared para llegar a tu silla y luego, para servir la comida ¿cómo? será de *ahí te va* y *agárralo volando*, eso y otras cosas menos muebleras como escobas, trapeadores y recogedores, adelante una dulcería de a devis, en el ventanal se asoman unas cocadas de color dorado medio quemaditas, greñudas blancas color rosa mexicano, unos rollos de guayaba tamaño puro a la Churchill, cristalizados de limón, naranja, guayaba, calabaza, biznaga y camote, alegrías de semilla de amaranto pegadas con miel y sus acompañantes obleas de colores chillantes, el dulce que los aztecas consumían para las fiestas del nacimiento de Huitzilopochtli como para nuestro veinticinco de diciembre, el único dulce que se autorizaba comer a todos en aquella fecha, abajito están los garampiñados y los dulces de cacahuate enmielado, arriba las paletotas espirales de payasito que nadie nunca se acaba de comer, allá adentro los dulces de tamarindo, los de chamóis que no son dulces sino agrios y que les encantan a los chavos aunque cuando los comen hacen muchas caras de sufrimiento, los bombones, los jamoncillos de piloncillo y de azúcar hechos de leche quemada como también las cajitas de cajeta de Celaya por un lado, envinadas y solas, acá llegando a la casa, en la esquina de Insurgentes y Constitución está un mercadito nuevo sin ventanas pero es igual pues exhibe al aire libre multitud de racimos de flores, lirios blancos y rojos, claveles y nardos

y lo que esté de estación bajo unos toldos rojos que hacen voltear a todos los que pasan por allí...

◆

Sobre la 16 de Septiembre paralela al lado norte de la Catedral está la estatua que quedaba a un lado de lo que fue la Funeraria Pineda, bajo el busto un rótulo reza: *El respeto al derecho ajeno es la paz.* En la pared contigua del lado este hay dos placas, la superior dice: *Esta efigie del Benemérito de las Américas fue entregada al pueblo de Cd. Juárez por el C. Presidente de la República Don Adolfo Ruiz Cortines a través del Presidente Municipal Ing. Pedro N. García, XVIII-VII-MCMLV.* La placa inferior dice: *Aquí radicó el Gobierno de la República bajo la presidencia del Lic. Benito Juárez, 1865-1866. III Centenario de la ciudad. 1639-1959.*

◆

Este año la Villa de Nuestra Señora de Guadalupe del Paso del Norte de los Indios Mansos, nuestro Juaritos, cumple 359 años, 137 más que la USA, nada menos y nada más 146 de convertirse en frontera con los güeros. ¡Qué pedo! Si no se hubieran dado cuenta de que habían firmado el Tratado de Guadalupe Hidalgo contando las señas de la repartición de las tierras a partir de un mapa equivocado, la frontera estaría en Las Cruces o en Mesilla con más precisión...

◆

Hoy me metí a las dos tiendas que están donde era el lobby del Cine Plaza, quería ver qué les habían hecho a las estatuas de mármol blanco de hombres y mujeres desnudos y a las balaustradas *art nouveau* que corrían por los lados de las escalinatas al segundo piso. Alegre sorpresa me he llevado, allí están todavía, han construido las tiendas alrededor de ellas con paredes de cartón piedra, no me dejaron entrar atrás, al cine mismo, pero me dicen que ya no hay butacas, que sólo queda la pantalla, espacio vacío donde se reúnen



los fantasmas de Kurt Jurgens, del Angel Azul, de Gina Lollobrigida, Pedro Infante, María Félix, Pedro Armendáriz, Sofía Loren y los grandes de aquella época, de un cine que fue aquí como festival continuo al que acudíamos gozosos adolescentes y adultos sin pensar que aquello no era normal sino una raya en el agua cultural de nuestra pequeña ciudad, de una ausencia hoy digna de llorarse ante la porquería traducida mal y doblada peor, de la escoria de Hollywood que nos exportan, que nos dompean los nuevos ricos de la salle epoque americana ...

◆

*4B El Paso Times, Sunday, Nov.2,1997 Red haired woman, 26, wanted on theft charge. The El Paso Police Department each week releases photographs and descriptions of its most wanted fugitives. This week's most wanted: Yvonne Minerva Ortiz-DOB: 9-4-71; AGE 25; HEIGHT: 5 feet, 4 inches; WEIGHT: 120 pounds, FEATURES: red hair, green eyes; CHARGES: theft over $ 1500 (2counts).*

Llamó mi suegra muy alterada, creímos que algo muy grave había pasado, nuestros padres habían estado muy mal, mi suegro había fallecido y el espectro de la muerte nos seguía de cerca, nada, nos lo empezó a narrar desde el principio. La pelirroja había llamado al timbre de la casa de mis padres por la puerta que da al callejón. Como está bardeado con vidrios sobre la pared de tres metros y alambre concertina, del que los sardos gabachos exportaron por toneladas al sureste de Asia y que ahora utilizan en su frontera con México, las puertas son de fierro y más difíciles de abrir que un carajo, sólo se puede medio que entreabrir una ventana dentro de la puerta y el espacio entre el acero está cubierto de una malla de pequeños rombos metálicos soldada a los lados, y se mantiene continuamente cerrada con chapa de a tres vueltas de salsipuedes, salió la señora que le ayuda a mi mamá con el trabajo de la casa a contestar, le dijo a la pelirroja que no estaban los señores y ésta le contestó que no

los buscaba a ellos, que era una amiga de la Rosi y del Rica y que a ellos los buscaba, que la estaban esperando en casa de la mamá de Rosi pero que ella no sabía dónde era, que traía el teléfono, que si la dejaba entrar a llamar, la señora le contestó que no porque no tenía llave pero le dio la dirección de mi suegra y las señas para que llegara a su casa. Cerró la puerta y se olvidó del asunto, siguió pensando que era una monserga no tener llave de la puerta a la calle. A casa de mi suegra la pelirroja llegó haciendo aspavientos, que por favor se apurara, que Rosi y Rica estaban detenidos en el puente, del lado gabacho, pues les habían encontrado droga, que Rosi y Charlie y Gabi y David estaban muy nerviosos y se habían ido ya al puente, que mis papás ya estaban allí y que los gabas habían pedido una fianza de diez mil dólares del águila gabacha para soltar a los detenidos, que mis papás ya habían llevado cinco mil pero que la estaban esperando a ella para que llevara los otros cinco, que la pelirroja era muy amiga de la Rosi, que era de Las Cruces y que ya tenía que irse pero que si se apuraba la acompañaba al puente. Mi suegra, desencajada del pavor, salió corriendo, subió la escalera y sacó el poco dinerito que tenía, dejó el tocador donde mantenía sus cositas valiosas de par en par y volteó para salir, allí detrás estaba la pelirroja observándolo todo, mi suegra no pensó dos veces, le dijo que se fueran pronto, salieron las dos, mi suegra se acordó que el carro lo había mandado a arreglar y no se podía mover, paró un taxi y ya cuando acordó iba camino al puente y la pelirroja había desaparecido. Llegó a la garita corriendo a pie y preguntando por nosotros, los ofi-ciales revisaron las salas de detenidos y el recinto en general para ver si había o estaba la gente que la señora buscaba y nada. Regresó a casa muy confundida, frustrada, revisó sus cosas y estaba casi todo menos dos mil pesos y una pulsera de oro. Luego supo que la mujer había regresado unos momentos después de que habían salido juntas, le dijo al señor que le ayuda a mi suegra que había dejado arriba sus lentes en el ajetreo, que luego bajaba, antes de que dijera el otro nada ya había subido y cuando el señor se disponía a trepar la escalera



para sacarla, ya venía ella bajando. Se despidió y le dio las gracias. Como el señor la había observado platicando con mucha confianza con mi suegra, pensó que eran amigas, después lo supimos todo, otras personas ya la habían denunciado, la policía tenía unas seis y los expedientes todos coincidían, era chilanga, hacía su investigación rigurosa con los vecinos del barrio, tomaba notas, hacía muchas preguntas, generalmente los enemigos o los muy amigos eran quienes mejor le informaban acerca de sus víctimas, vestía bien, tenía una labia prodigiosa y dotes histriónicas nada desdeñables, tenía cara de gente conocida y adoptaba el acento de la región donde anduviera, ahora salió en el periódico, mañana tal vez salga de tu sala...



Ahora se me esconden para comerse un dulce, su pedazo de pastel, su chocolate y sí, no te digo que no me dan ganas a mí también pero no es para tanto, lo mismo con el cigarro, como si no pudiera uno controlarse nada nada, es más, yo en la bolsa del saco y en la mochila ya traigo dulces duros por recomendación de la médica, para un caso de urgencia en que me baje mucho el azúcar pues nomás me chupo uno hasta que ya no necesite y luego lo tiro, ahora traigo dos manzanas en la mochila y hasta me ha gustado y me sigue gustando el sabor que antes ni fu ni fa pero ya van más de tres meses que andan allá como cobija de Linus, de pura seguridad, sin que las toque, se lava la chaqueta, saco los dulces y los vuelvo a poner en la bolsa, es como traer una botellita de mace mientras caminas por el monumento a Juárez, no la necesitas ni la usas hasta que te ataquen pero entonces, cuando la necesites, cuando te ataquen, chíngale, a los ojos y a correr, de ahí no se recuperan en menos de veinte minutos si es que encuentran agua para lavarse, al cigarro le doy las tres, pero al principio y adiós, con todo me gusta el sabor. Hace como dos semanas vino la Rosita a Juaritos, estuvo con sus abuelitos y con sus amigas y luego me pasó a ver a mí, me trajo un puro H. Huppman, cubano de a devis, en su cajita de metal hermética, ahí lo traigo en mi mochila,

ya van más de dos semanas y nada, la verdad que no he encontrado el momento ni el lugar para sentarme a fumarlo y eso que no me lo tengo que echar todo pues de cumpleaños Rosi me regaló unas tijeritas para cortar la bacha y aun no las he podido estrenar ...

♦

Aquí en la esquina se para a vender sus cigarros muy sonriente, ahí está a todas horas desde muy temprano hasta muy noche, yo no veo que venda nada pues siempre trae la caja llena, será un truco que los cigarreros utilizan para destantear al que no sabe, como moi, casi casi como velador, siempre de pie verano o invierno, mi papá está muy contento de que esté allí porque dice que le cuida sin pagarle nada, yo no me siento tan seguro, de cualquier forma, un día me paré a saludarlo y me puse a platicar con él, no dije mucho, él solito echó a andar, que era del D.F., que allí tenía o había tenido muy buen jale, que se había visto forzado a venirse para acá porque su fiera es de aquí y como estaba muy enamorado y joven, que extraña mucho porque allá iba a sus clases de historia del arte, de cine y de italiano y francés e iba muy bien pues ya hablaba de los dos y hasta entendía lo que decían las películas, que leía mucho y asistía a recitales de poesía y cosas por el estilo y los extrañaba tanto porque acá son puros tájuaros que no saben nada, que carecen de toda cultura, yo le pregunté lo que pensaba de los que vivían del otro lado de la frontera y me contestó que aun peor estaban, que allá sí que estaban todos dejados de la mano de Dios, que había un vacío absoluto de cultura y que por eso no se había ido de mojado, en otra ocasión una de las trabajadoras de mi mamá le quiso sacar plática y le preguntó cómo le iba con su negocito, él muy indignado la corrigió, le dijo que no se trataba de ningún negocito, que lo que él tenía allí era una empresa como cualquiera, a la Rosi y a mí nos dio mucha risa la puntada chilanga a muerte, ahora desde que entramos al callejón por la Insurgentes y la Rosi divisa al tipo me dice —*Mira, allí está el francés*, me fijo y sí, allí está sonriéndose, relumbrante de lo prieto...

♦



Ser el jefe del departamento es como: manejar una bombera desde la dirección trasera o ganarse la vida echando la suerte o ser vigía en una de la carabelas de Colón o manejar un burro con dos cabezas y seis patas o llevar una bola de boliche en línea recta empujándola con la nariz o como quien decide si romper ya la ampolla o dejarla como está o como quien tropieza y cae de bruces por apurarse a llegar a tiempo o ser maestro de parvulitos cuando se tiene vocación de monje o viajar en el tiempo a velocidad de bólido o entrar en un régimen alimenticio sin habérselo planeado o hacer huellas en la playa o barrer las hojas durante marzo y abril o como ser taxista en Groenlandia o como armar rompecabezas de mil piezas o manejar en la nieve o en el lodo o como cruzar de Juárez a El Paso cualquier sábado de aquéllos o subirte en Aeromaybe o como quien quiere caber pero es demasiado grande para el agujero o casarse con una tigresa o una gorila o tratar de construir sobre la playa ...

♦

La casa nuestra siempre ha olido a nardos, a Rosi le gustan mucho, los cuida, los poda, los hace que duren mucho, hasta más de una semana. En la casa de Male hay nardos y siempre que estaban creciendo ella le llevaba a Rosi. Cuando viajábamos a México, Efraín Huerta le regalaba nardos, y si no, los comprábamos en el mercado de flores de la Río Lerma. A veces hacíamos el viaje hasta Xochimilco y ahí nos los empaquetaban en rollos de periódicos para podérnoslos traer en el avión sin que hubiese bronca, la señora a la que le comprábamos estaba muy experimentada en el asunto, empapaba los periódicos y luego metía el rollo en una bolsa de plástico, nardos teníamos fuera de toda estación en Juaritos, en diciembre. Acá en nuestra muy campirana casa de Las Cruces hemos sembrado diez varas, más bien raíces o túberos de nardos, creo que les dicen narcisus en este país y se han doblado mucho, este año hay que sacarlos y cortarlos y volverlos a sembrar en distintos sitios para que sigan creciendo. Lo cierto es que ya hay más de diez matas que nos florean desde julio hasta octubre y el olor se mete por todos los rincones de la casa, es dulzón pero

muy agradable y la mata es bella y placentera a la vista, las flores se parecen un poco a los azahares y se van cayendo desde abajo del tallo, ojalá y el mercadito de la esquina empiece a venderlos, en la casa de mi mamá no he visto y no sé si no ha sembrado o si no se le dan.

♦

Acá ni fu ni fa. Ayer me puse a ver en el super, ¿a qué huele? y me tuve que contestar que a nada, ni en la sección de pescado, como que el olor, a menos de que sea un olor para esconder los olores como los de los desodorantes, olor a sábanas limpias y almidonadas para tapar el olor a mierda, olor a hormonas masculinas con cierto perfume adecuado a las fosas nasales americanas para que no huela a sobaco, olor a rosa o manzana verde para que no huela a cebolla o ajo, olor a vainilla para que no huela a tabaco. Allá he estado reacostumbrándome a los olores normales, a tinta, a naranjas pasadas y frescas, a chile tostado, a pan recién horneado, a tortilla de maíz, a bolo de zapatos y a grasa marca Oso, a vaqueta, a madera recién cortada, a creosota y aceite cerca de los rieles del tren y por las calles, a nafta al pasar por la lavandería y a pintura por todos lados, a carnitas y a flautas en las esquinas y esos olores que sólo se puede decir que huelen a delicioso y se escapan de todas las casas como una hora antes de la hora de comer, de merendar y de cenar.

♦

Siempre han estado allí, por la Lerdo, cruzando el puente y antes de llegar al semáforo de la Mejía, entre dentistas y hoteles de segunda, pero eran dos o tres y todas del lado este de la calle, ahora ya son más y por ambos lados, una se llama La Popular como la famosa tienda de El Paso, imitando la tipografía del logo de la segunda, la primera ha sobrevivido, la de El Paso no. Ahí en los aparadores se encuentran vestidos de novia y de madrina, evidentemente confeccionados por modistas(os) locales o más que locales pues son como que chic de lo extremadamente camp, como que son de tan pero tan mal gusto que cabrían bien en un aparador supermoderno de Soho, ahí están aquellos



vestidos de seda chillona que no chillante, ranchera hasta morir, unos hasta se pasan de fuerte, en una época tanto los de novia como los de madrina lucían unos sombreros como de caballero de la guardia de honor del cardenal Richelieu, hechos de seda y alambre y adornados de plumas enormes de avestruz, en otro momento había cambiado el diseño de los vestidos a una tela como de agujeritos con muchos bordados por todas partes y novia y damas lucían sombreros vaqueros, uno diría que qué ondas, que pobres, que así no venden nada a nadie pero no, hay un público enorme cautivo y uno de aficionados que se extiende a toda la región, si tomas el periódico o los periódicos de Juárez cualquier día, te vas a encontrar con que en las páginas sociales, igual que en estos aparadores, se exhiben los vestidos de dichas casas, claro también a veces uno que otro de una boda popof comprado en el chuco pero no muy seguido y claro, los baratitos allá cuestan como setecientos del águila gabacha, son de un solo talle y te los tienen que ajustar, los de acá son sobre medida, nomás para esta novia y de acuerdo a un estilo muy particular y único que es el que se reviente en el momento de confeccionarlo el modisto juarense, por cierto que siempre que paso por allí están parqueados un chingal de carros de Nuevo México, Arizona o Colorado, de Texas ya no se sabe qué onda pues la raza de acá anda con placas de allí también. Ayer los conté, son veintinueve negocios ya.

♦

Le platicaba a mi amigo Ray que en Juárez durante un tiempo hubo una metáfora física representativa de lo que le ha pasado a Juárez, nosotros fuimos testigos oculares del suceso y hasta la fecha no entendemos muy bien por qué sucedió de la forma en que sucedió, el caso es que toda la vida, desde que éramos niños, vimos, observamos, asimilamos y nos identificamos con la casita de dos pisos, de teja y reja, jardincito y cerco de piedra y barrotes de fierro, o cuando menos así quedó grabado su color crema sobre mezcla en mi memoria, algo así como un marcador histórico que me habla de un lugar conocido, nuestro lugar, un tiempo cono-

cido, nuestro tiempo y una serie de sucesos o situaciones que sucedieron allí o cerca de allí que nos definen como personas, estaba situada en la esquina suroeste de 16 de Septiembre y Guatemala, durante el tiempo que esa casa estuvo en pie Juaritos era pequeño, o cuando menos lo suficientemente pequeño como para poder reconocerse uno como juarense y a los demás como tales, de repente, hará unos veinte años, se empezó a construir un edificio de varios pisos allí mismo en ese terreno pero sin tirar la casa, te digo que nosotros observamos día a día cómo se elevaba la obra negra alrededor, cómo se levantaban las paredes y se colocaban las vidrieras modernas de lo que hoy es un hospital mientras que la casa permanecía adentro, lo extraño es que a medida que aquello sucedía yo pasaba por allí y me enojaba pues sentía que aquélla era también mi casa y que ahora estaba secuestrada dentro de una estructura un poco chilanga y modernosa que me la tapaba y que si se levantaban suficientes paredes me la quitarían definitivamente, empecé a sentir lo que uno siente cuando le sacan una muela y no le han puesto un puente, que la lengua busca y busca el diente y siempre está un vacío extraño que no conoce y que no entiende, la casa ya no está, por fin la destruyeron y con ella perdí, perdimos una más de esas mojoneras o marcadores donde uno anhelaba la mirada de aquel Juaritos que aquí está, que todavía existe si uno se fija, si uno sabe cuál es cuál, lo malo está en que nuestros jóvenes, los de aquí y los que han llegado, o de padres que han llegado, muy seguido ignoran la pequeña historia, la historia particular, la geografía o tal vez mejor sería llamarla la subgeografía, la arqueología reciente del lugar, a ver, ¿quién me puede decir dónde estaba la tiendita donde se vendían los mejores raspados de la ciudad y se llamaba La Batalla?

◆

Hoy fuimos a comer a la cafetería Rigel que está dentro del edificio del Hospital San José, el edificio de hormigón y vidrio que cubrió la casa de dos pisos de la 16 y Guatemala, ahí venden una comida corrida de segunda que ya me está ha-



ciendo daño, la sonrisa de la gente que labora ahí parece genuina, lo que sí, no tienen memoria de lo que ahí fue ni nada por el estilo, los ha cubierto una amnesia terrible como cobija de nieve, o tal vez una esquizofrenia que ha venido creciéndonos a todos paulatinamente, hoy también encontré que la amnesia se extiende a la nomenclatura de las calles pues las placas que marcaban sus nombres en tiempos antiguos y modernos no están ya y la gente se para a preguntarte a ti que llevas años de exilio ¿dónde está la calle Honduras? o ¿cuál es la calle Argentina? Y tú les dices según recuerdas y ellos siguen como ciegos tus indicaciones ¿y si en lugar de ser alguien que de veras te preocupas por decirles algo cierto fueras un chilangazo de ésos que te mandan a cualquier parte sin importarles que te pierdas, sólo por aparecer muy sabihondo? —*Sí, señor, mire, para llegar a la calle Colombia tome la 16 de Septiembre y siga hasta pasar la Catedral, luego a las tres cuadras ...*

◆

No me había fijado, no sé cuándo sucedió ni por qué, mi Rosi chica dice que por furia o porque ya ni las películas pornográficas atraían a la clientela morbosa, lo cierto es que ya el Cine Victoria está en ruinas, hoy por la mañana pasé por ahí y lo vi de cerca, como se observan los viejitos en las casas de cuidado o en los asilos de ancianos, aquella entrada doble abierta a la calle hoy está enrejada y cerrada con doble candado, el piso de baldosas rojas encerado y brillante que reflejaba la luz del lobby que se escapaba por las puertas de vidrio de la entrada ahora está lleno de tierra, de cartones y papeles tirados y de sombra, el lobby de techos altos, siempre iluminado y colorido, adornado de azulejos y de frisos por todos lados ahora es una boca de lobo, allá adentro quedaron los murales hermosos representativos de sitios de la geografía mexicana y de elementos culturales importantes, a la derecha estaba uno de los pescadores de Janitzio, las redes agarradas a los lados de las canoas como mariposas, los hombres con sus sombreros de paja de ala ancha y copa baja que exhibían su típica ranura central y las

camisas michoacanas de tela gruesa, como cabeza de indio, con pliegues muy de guayabera, por el otro lado una representación de la danza del venado, el indígena yaqui en posición de salto, cuernos sobre el tocado de la cabeza y ovillos de mariposa secos como instrumentos de percusión alrededor de los chamorros, allí donde antes exhibían siempre películas para niños, ahí donde una vez, cuando era adolescente, la Rosi salió corriendo al grito de ¡fuego! Dejando extraviados los zapatos en el carrerón y el desmadre, claro que no hubo fuego y después tampoco pudo encontrar los zapatos, allí donde permanece únicamente la memoria del drama y la alegría que todos vivíamos en aquellos días...

◆

—*¿A qué hora sale el pan seño?* Preguntó una niña de uniforme, su pelo negro muy restirado y sujetado en dos colitas muy paradas con ligas de bolitas coloradas, las calcetas medio chorreadas, seguro que ha andado corriendo todo el día, y los zapatos de moneda muy polveados pero aún poco brillantes del betún de en la mañana, —*Ya mero sale, m'ija, espérate unos cinco minutos hasta las siete y te lo llevas calientito, sientate aquí, mira*, y señala un banquito de madera que está repegado contra la pared, la nena se sienta y empieza a mover las piernas para enfrente y para atrás pues le cuelgan entre los barrotes, ya somos varios los que estamos parados esperando sin hacer nada, estoy seguro que a todos se nos está haciendo agua la boca, el panadero que había salido a tomar aire entra y saca una paleta larga de madera, abre la puerta del horno y sin decir —agua va— saca una hilera de bolillos humeantes de vapor y con la misma paleta los echa a la caja, sigue sacando y sacando hasta que llena el recipiente que ya para entonces ha soltado tanto calor que hay que abrir la puerta de la calle, la nena toma su pan, paga, toma la bolsa y sale brincando y arrastrando el pie de contento como deben hacerlo todos los niños...

# Los juarenses que todavía somos, el Juárez que ya no es

Por José Manuel García

## Introducción: Lo que el viento a Juárez

Ricardo Aguilar Melantzón, traficante de la contracultura, vuelve invicto después de nueve años de ausencia narrativa. Su nuevo libro se llama *A barlovento*, y es acerca de la frontera, su familia, viajes y nostalgias. Los personajes y los lugares son los que fueron en *Madreselvas en flor* y en *Aurelia. A barlovento* es la culminación de una trilogía casi una década aplazada. Por fin los atacabos se sueltan, los perfiles se esfuman y queda en el centro la historia de la familia Aguilar, protagonista de una ciudad que cada día nos empobrece al ser cada día más rica e inaccesible. Ciudad Juárez cambia y nosotros, exiliados, la conocemos cada vez menos. La razón de ser de *A barlovento* es precisamente ésa: asir lo fugaz, el recuerdo de lo que ya no es para afirmar lo que todavía somos o no podemos dejar de ser. En *A barlovento* está la intención de proseguir el inventario íntimo que se sabe público. La descripción avasallante del ayer juarense impone al lector de *A barlovento* un juicio provisorio: con nostalgia todo presente puede ser mejor.

# BIBLIOGRAFÍA

(TODO CABE EN UN ARCHIVO)

Ricardo Aguilar tiene 16 libros publicados que por puro afán académico podemos agrupar en:

**Antologías:**


1. *Palabra Nueva*: Cuentos Chicanos. El Paso, TX. Western Press, 1984.
2. *Palabra Nueva*: Poesía. México, D.F. Dos Pasos Editores, 1985.
3. *Palabra Nueva*: Cuentos Chicanos II. El Paso: Dos Pasos Editores, 1987.
4. *Traven para jóvenes*, México: CoNacultA, INBA, 1990.
5. *Cuento Chicano I* (antología). Montevideo: Editorial Signos, 1991.
6. *Antología del cuento chicano*. Toluca: UA del Estado de México, 1992.
7. *Cuento chicano del siglo XX*: Breve antología. D.F, UNAM, 1993.


**Libros de carácter académico:**


1. *Efraín Huerta*. México, DF: Sainz Luiselli Editores, 1984.
2. *Glosario del caló de Cd. Juárez*. Las Cruces, N.M. J.B.R.I, NMSU, 1989.


**Traducciones:**


1. *Siempre corriendo: La vida loca o los días de la ganga en L.A.* México, D.F. Planeta 1996. (Es una traducción del libro de Luis J. Rodríguez).

2. *La vida loca: El testimonio de un pandillero en L.A.* New York: Simon & Schuster, 1996.

**Libros de poesía y de prosa:**

1. *Caravana enlutada* (poesía). México, D.F. Pájaro Cascabel, 1975.
2. *En son de lluvia*. México, D.F. Editorial Trasterra, 1980.
3. *Madreselvas en flor*. Jalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, 1987. Hay una traducción al inglés publicada por Puerto del sol, 29:1, Primavera 1994.
4. *Aurelia*. Ciudad Juárez: UACJ, Programa Cultural de las Fronteras, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.
5. *A Barlovento*, 1998.



## REPASO DE RESEÑA

Reseñemos las obras de Aguilar:

Las tres antologías de *Palabra nueva* son guardamemorias de una época, archivos que informan de los nuevos escritores chicanos de medidados de los ochenta. En estos libros están los nuevos y los establecidos, los de la ruptura y los de la tradición: Alice Gaspar de Alba, Lucha Corpi, Miguel Méndez, Willivaldo Delgadillo, Agapito Mendoza, Rolando Hinojosa Smith, José Antonio Burciaga, Jim Sagel y Luis Maguregui, entre muchos otros.

En *Antología del cuento chicano* aparecen los nombres famosos que se mezclan con los desconocidos: Alice Gaspar de Alba, Fausto Avendaño, Alurista, Tomás Rivera, Jim Sagel, José Antonio Burciaga, Miguel Méndez, Agapito Mendoza, Sergio Elizondo y otros más.

En *Cuento chicano del siglo XX: Breve antología* Ricardo selecciona a los chicanos de más firme trayectoria literaria: Rudolfo Anaya, Sergio D. Elizondo, Rolando Hinojosa, Miguel Méndez, Tomás Rivera, Benjamín Alire Sáenz, Fausto Avendaño, Juan Bruce-Novoa, Denise Chávez, Alice Gaspar de Alba, Agapito Mendoza, Lucha Corpi y Jim Sagel, entre otros. Es ya un libro clásico entre los clásicos de antologías chicanas.

El libro *Efraín Huerta* es de crítica literaria, Ricardo estudia las técnicas y las estrategias poéticas de este escritor mexicano. Quiere recuperar para la Memoria de las Letras al Efraín Huerta que Octavio Paz ninguneó.

El *Glosario del caló de Cd. Juárez*, le sirve a RAM de homenaje a la jerga fronteriza, proponiendo un diccionario idiosincrático.

Los libros traducidos: *Siempre corriendo: La vida loca o los días de la ganga en L.A.* y *La vida loca: El testimonio de un pandillero en L.A,* son dos versiones de la misma novela, *Always Running* de Luis J. Rodríguez. La primera versión es más "estándard" en su español; la segunda, tiene los sabrosos giros coloquiales del caló juarense de RAM.

En cada uno de estos libros, Ricardo busca recuperar el lenguaje fronterizo (*Glosario del caló, La vida loca*) y las voces marginales (*Efraín Huerta* y las antologías chicanas). Y buscará también en sus poemas y narraciones, construir un álbum colectivo desde una mirada personal, íntima de lo que somos los juarenses (todavía).

NOTA QUE FUNCIONA COMO INTERLUDIO

Ricardo ha publicado dos libros de poesía: *Caravana enlutada* y *En son de lluvia*. Y tres de narración: *Madreselvas en flor, Aurelia*, y *A barlovento*.

*Caravana enlutada* es un poemario escrito en Albuquerque, tiene una alta carga de nostalgia y de amargura que se transforma en desesperación. *En son de lluvia*, se intensifican esos sentimientos, se hacen más íntimos, confesionales, dolorosos; el escenario es ahora Seattle.

*Madreselvas en flor*, *Aurelia* y *A barlovento*, es la trilogía dedicada a recuperar un presente hecho de recuerdos, el hoy es un ayer, palimsesto nostálgico, razón de ser y tener identidad.

ENTRE/VISTAS:
CARAVANA ENLUTADA, CARAVANA MORTAL

Le pregunto a Ricardo la razón del título de su primer poemario. Me dice que tiene que ver con una imagen que soñó varias veces: estaba en un cementerio de Cd. Juárez, y él era testigo de un rito macabro; una fiesta donde celebraban la muerte de dos recién casados. ¿Y el alacrán y la mariposa en la portada? El alacrán antes de matar, también hace su caravana.

Pero *Caravana enlutada* no es un libro gótico. Es un poemario experimental surrealista, con ritmos de poesía negrista y dibujos y parodias de canciones y decires mexicanos.

*Caravana* se divide en dos partes, "Las cortinas de Aurelia" con ocho poemas; y "Dolor" con 13 textos.



El primer poema está dedicado a la abuela materna de Ricardo y se titula precisamente "Las cortinas de Aurelia". Dice de ella el poeta: "come sandía a la sombra de un árbol / y goza / su vida reposada / vieja y buena / satisfecha de comer y de vivir / y de ser ella" (11). Aurelia será el personaje más importante en la narrativa de RAM.

En *Caravana* Ricardo dibuja personajes con los que ha mantenido una fuerte relación emotiva. Sus hermanos aparecen desdibujados entre juegos fonéticos y metáforas, a veces, acusatorias. Incluye también personajes como la señora "Abeja" que "descuartiza a mordidas a su esposo" (18), y habla con sorna de un grupo de viejas que acosan a Rosi embarazada. En *Caravana* Ricardo incluye un poema donde sueña con el hijo que nunca tuvo: "Voy a comprarme un guante de beisbol / para que el día que crezca esa alcancía / se quede por ahí / tirado entre mis pipas..." (17).

En "Dolor", la segunda parte del libro, RAM logra una intensidad a flor de piel. Es el mexicano en un ambiente de hostilidad gringa. Lejos de su patria chica se duele de las calles de Albuquerque: "Siento las calles / rojas blancas vivas /... / Jarras de murmullos / de castradas mariposas / que estornudan / convulsiones / de / dolor... / beso de alacrán / maduro / calla / (me escondo) / bajo / maleza / asfixiante / de / dolor"... (32). Al exilio, se suman las noticias que vienen del infierno: la amenaza nuclear, el golpe de estado en Chile y el dolor de comprender que la poesía es un acto epifánico que duele.

Efraín Huerta escribió en la contraportada de *Caravana*, el siguiente comentario: "Así debe ser, más que colérico, irónico... [Ricardo] ricardea con la poesía y la traza con luminosa y sarcástica familiaridad... navega "con la bandera más limpia, que es la honrada bandera de la muy agresiva poesía".

Un ejemplo de la poesía pubicada en *Caravana enlutada* es "Muecas" que habla de la intolerable condición de la pérdida de la augusta ignorancia:

# INDICE

Norte, ártico, septentrión
INVIERNO ..... 13

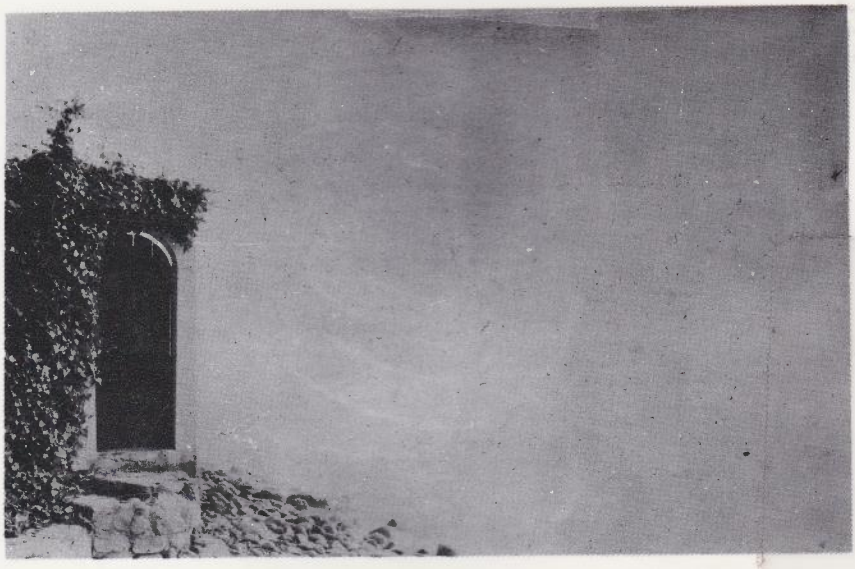
Oeste, poniente, ocaso, occidente
OTOÑO ..... 47

Sur, antártico, mediodía
VERANO ..... 125

Este, levante, oriente
PRIMAVERA ..... 155

Los juarenses que todavía somos
El Juárez que ya no es ..... 229

No son frecuentes los casos como este de *A barlovento*, de Ricardo Aguilar Melantzón, en que un libro es, por su forma y contenido, muchos libros. *A barlovento* constituye, a la vez, entre otras cosas, una íntima novela fragmentada sobre la segunda edad de un padre de familia, un vivo testimonio sobre la condición no tanto chicana como fronteriza de su protagonista, un lúcido ensayo con fuertes soportes líricos y narrativos que indaga la llamada eterna condición humana, un duro alegato sociocultural que advierte sobre los avances y despojos de la modernidad, un detallado inventario antropológico que busca rescatar para el futuro las señas de identidad de una ciudad (Juárez) y un estilo de vida que están perdiendo... Toda la varia obra anterior de creación y de investigación de Aguilar Melantzón confluye magistralmente en este texto, cuyo valor no menor es mostrarnos una faceta más del complejo sentimiento de exilio interior y exterior que viene marcando buena parte de la experiencia humana de fines del siglo XX.



nimbus
ediciones

LA VERDAD NOS HARÁ LIBRES
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA
LAGUNA